Capitán Swing LIBROS

pf



Vida de un esclavo americano

escrita por él mismo

FREDERICK **DOUGLASS**



Presentación de

Angela Y. Davis

Capitán Swing LIBROS | pf

Vida de un esclavo americano

escrita por él mismo

FREDERICK **DOUGLASS**

Presentación de

Angela Y. Davis

Traducción de

Carlos García Simón
Íñigo Jáuregui Eguía

Presentación

Angela Y. Davis

Hace más de un siglo y medio que se publicó por vez primera *Narrative of the Life of Frederick Douglass, An American Slave*. Este texto tuvo una gran cantidad de lectores entre los abolicionistas contemporáneos de Douglass en los Estados Unidos y Gran Bretaña y más tarde llegó a considerarse el paradigma de la narrativa esclavista americana.

Se sabe que Frederick Douglass escribió su primera autobiografía en 1825 en parte para despejar las dudas sobre su condición de esclavo fugitivo. En el círculo abolicionista, las audiencias compuestas por blancos a menudo quedaban tan impresionadas por la elocuencia y la fuerza expresiva de Douglass que le creían un hombre negro libre y que había disfrutado de una educación reglada. Según un artículo del *Liberator*, el periódico abolicionista más importante de la época:

> Muchas personas del público parecían incapaces de dar crédito a las afirmaciones que hacía sobre sí mismo y no se creían que realmente hubiera sido un esclavo. No podían concebir cómo un hombre, sólo seis años después de conseguir la libertad y que no había ido a la escuela en toda su vida, podía hablar con tanta elocuencia, con un lenguaje tan preciso y un pensamiento tan poderoso.[1]

Algunos estudiosos han defendido también que William Lloyd Garrison y otros líderes abolicionistas esperaban que Douglass limitara sus comentarios a su propia experiencia como esclavo y dejara el trabajo analítico a oradores blancos. Al escribir su autobiografía, Douglass sintió que no sólo podría presentar pruebas irrefutables de su pasado como esclavo, sino también abordar

con más libertad el análisis de la esclavitud y la causa abolicionista en sus discursos y artículos.[2]

H. Bruce Franklin ha calificado a la narrativa esclavista como el primer género literario específicamente americano.[3] Se publicaron varias docenas de narraciones de este tipo antes de la aparición de la autobiografía de Douglass y se ha descubierto que se publicaron y reimprimieron un total de doscientos de estos relatos durante y después del periodo en el que la esclavitud fue legal en los Estados Unidos. Eso incluye otras dos autobiografías de Douglass, *My Bondage and My Freedom* y *The Life and Times of Frederick Douglass*, así como múltiples autobiografías de otros autores.

El primer ejemplo de este género es la obra de Olaudah Equiano, *Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano* y en esta nómina se incluyen obras como *Confessions*, de Nat Turner, *Narrative of the Life of Moses Grandy*, de Moses Grandy, *Late a Slave in the United State of America*, *Narrative of Henry Box Brown, Who Escaped from Slavery Enclosed in a Box 3 Feet Long and 2 Wide*, de Henry Box Brown, y la famosa *Up From Slavery*, de Booker T. Washington. Como muchas feministas expertas en el tema han señalado, la narrativa esclavista rara vez se estudia desde la perspectiva de género. No sólo hubo pocos relatos de este tipo escritos por mujeres —una piensa en la obra *Narrative*, de Sojourner Truth, pero sobre todo en *Incidents in the Life of a Slave Girl*— sino que revelan cómo el género estructuraba la forma de narrar las historias sobre la esclavitud. Los *Incidents* de Jacobs, por ejemplo, demuestran que su autora defendió y combatió al mismo tiempo la influencia de la novela sentimental de aquella época. Jacobs cierra su libro con un llamamiento a sus lectores recordándoles que su objetivo era la liberación y que, por lo tanto, no se conformaba con el desenlace convencional de las novelas sentimentales ni con las expectativas de las mujeres blancas: «Lector, mi historia culmina con la libertad; no con el acostumbrado matrimonio».[4]

De las innumerables ediciones de la *Narrative* de Douglass que se han publicado en los últimos cincuenta años, algunas han intentado ayudarnos a

captar el marco genérico de su historia y por extensión, del propio género. La editorial Random House publicó en el año 2000 las obras *Narrative* de Douglass e *Incidents in the Life of a Slave Girl* de Jacobs, con una introducción de Kwame Anthony Appiah. Al destacar la función que la masculinidad violada de Douglass desempeña en la formación de su idea de libertad, Appiah señala que «el motivo principal del libro es la necesidad de Douglass de vivir no sólo como una persona libre, sino como un *hombre* libre. Y se convierte en un hombre… en parte derrotando a otros hombres, como Covey, el negrero, en una pelea».[5] Lo que no está tan claro en la afirmación de Appiah de que para Harriet Jacobs, la autora del relato que acompaña al de Douglass, «escapar de la esclavitud era la búsqueda de una vida no sólo como una persona libre, sino como *mujer* libre»,[6] es que definir la libertad de los negros como la reclamación de la masculinidad negra es la supresión forzosa de la feminidad negra.

Deborah McDowell escribió una profunda introducción a la edición de la *Narrative* de Douglass publicada por la Universidad de Oxford en 1999, donde llamaba la atención sobre los presupuestos patriarcales del texto. Cualquier lector de las autobiografías de Douglass —ya sea la *Narrative*, *My Bondage and My Freedom*, o *The Life and Times of Frederick Douglass*—, recuerda la apasionante escena de la lucha entre Douglass y el negrero Covey. Douglass escribió que en el periodo que precedió a esa pelea,

> El Sr. Covey consiguió destrozarme. Me destrozó el cuerpo, el alma y el espíritu. Mi elasticidad natural se quebró, mi intelecto languideció, me abandonó mi predisposición natural a leer, el alegre brillo de mis ojos se apagó; la noche oscura de la esclavitud se abatió sobre mí; y he ahí un hombre transformado en bestia.[7]

La posterior descripción de su pelea con Covey se anuncia en este aviso al lector: «Habéis visto cómo un hombre se convierte en esclavo: ahora veréis cómo un esclavo se convierte en un hombre».[8] Según McDowell, el objetivo de ese pasaje es:

> …subrayar que «esclavo» y «hombre» son términos tan contradictorios entre sí como «americano» y «esclavo»… Douglass… deja intacta la oposición estructural: hombre y mujer, porque sujeto y

objeto están convencional y rigurosamente diferenciados desde el punto de vista del género a lo largo de toda la *Narrative*. En otras palabras, dado que «libertad» y «masculinidad» funcionan en el discurso de Douglass sobre la esclavitud como términos coincidentes, su paso de la esclavitud a la libertad deja a la mujer como la representación lógica de la esclavitud. La negativa de Douglass a ser azotado representa no sólo una afirmación de «masculinidad», sino de superación de la esclavitud, una opción que su *Narrative* niega a las mujeres.[9]

Una de las implicaciones de la definición de «libertad» en términos de «masculinidad» es que lo más cerca que podían llegar las mujeres negras de la libertad era a obtener el estatus, no de hombre libre, sino de mujer blanca sumisa. Harriet Jacobs pudo haber tenido en cuenta esta idea cuando decidió llamar la atención sobre el hecho de que su libro se cerrara con la obtención de la «libertad» y no del «matrimonio».

McDowell subraya que en la *Narrative* de Douglass, los cuerpos mutilados, azotados y violados de las mujeres negras son las piedras angulares de su descripción de la esclavitud.[10] «La *Narrative*», dice, «está literalmente poblada de cuerpos azotados de esclavas».[11] Una de las referencias de McDowell es el apaleamiento de la «tía Hester» descrito por Douglass al comienzo del libro. «A menudo me despertaban al amanecer los gritos estremecedores de una tía mía, a la que el capataz solía atar a una viga y azotaba su espalda desnuda hasta que se cubría literalmente de sangre.»[12] A esto se refirió Douglass como «la puerta manchada de sangre, la entrada al infierno de la esclavitud».[13]

Evidentemente, Frederick Douglass no fue el único que evocó los cuerpos femeninos como objeto de la horrible violencia esclavista y sería injusto señalarle a él por emplear esta convención o no comprender que las representaciones literarias de los cuerpos de las mujeres negras como objeto de las formas más aterradoras de violencia esclavista podían «cosificar» a las mujeres esclavas y privarles discursivamente de la capacidad de luchar por su propia libertad. Los abolicionistas —negros y blancos— conocían bien el efecto que causaban en el público las descripciones de la violencia contra las mujeres, así que emplearon con frecuencia ejemplos de este tipo en la narrativa antiesclavista. También suponían que la emancipación de la esclavitud traería

consigo en primer lugar la libertad para los hombres negros. Es más, pensaban que la represión violenta de las mujeres negras era indirectamente un ataque contra los hombres negros, a quienes no se les permitía proteger a «sus mujeres» igual que los blancos protegían a las «suyas».

Como lectores del siglo XX, nuestra posición histórica quizá sea más compleja y nuestra lectura, más matizada. De la misma forma que conocemos y aplaudimos los logros del movimiento por los derechos de la mujer en el siglo XIX, aun reconociendo que, a pesar de las buenas intenciones de sus participantes, dicho movimiento estaba profundamente imbuido de racismo, también podemos tener a Frederick Douglass en la más alta consideración, aun admitiendo también su incapacidad (y la de su época) para concebir la plena igualdad de la mujer, especialmente de aquellas sojuzgadas en virtud del género y la raza.

El análisis de McDowell en ningún sentido rebaja la importancia de la obra de Frederick Douglass. De hecho, aunque él, como todos sus contemporáneos, fue un producto de su tiempo y se vio influido por muchos de los presupuestos ideológicos imperantes en aquel tiempo, sin embargo fue capaz de interpretar de manera crítica las ideologías falaces que justificaban la inferioridad de los negros y las mujeres. Como subraya enfáticamente McDowell, Douglass tuvo la intervención más destacada de todos los hombres presentes en la primera Convención sobre los derechos de la mujer, celebrada en Seneca Falls, Nueva York, en 1848 y eligió como eslogan para su periódico: «Los derechos no dependen del sexo, la verdad no depende del color».[14] No obstante, no se podía esperar de él que reconociera todas las ramificaciones de las ideas que reforzaban la supremacía masculina e impregnaban el entramado institucional e ideológico de su tiempo. De modo que, aunque McDowell critica lo que entiende como una explotación retórica del cuerpo de las mujeres negras, también destaca la importancia que tuvo Douglass en el incipiente movimiento por los derechos de la mujer. La edición de la *Narrative* que cuenta con la introducción de McDowell incluye varios artículos del periódico de Douglass pidiendo a la gente que apoyara los derechos de la mujer, incluido el sufragio

femenino.

Cuando leí la *Narrative* de Douglass por primera vez aún no había aprendido a comprender hasta qué punto la equivalencia de «libertad» y «masculinidad» implicaba que las mujeres quedaban excluidas por definición de todos los beneficios que daba la libertad.

De hecho, hoy me siento un tanto incómoda al darme cuenta de que mis conferencias sobre Douglass en la Universidad de California están basadas en una noción de libertad implícitamente masculina, y al mismo tiempo ilusionada, al comprender cuánto hemos madurado en lo que concierne al análisis feminista desde entonces. El estudio de la filosofía alemana me proporcionó herramientas intelectuales que me permitieron analizar la compleja trayectoria de la esclavitud a la libertad (para lo cual utilicé, por ejemplo, la interpretación hegeliana de la relación entre amo y esclavo en su obra *La fenomenología del espíritu*), pero sólo cuando empecé a trabajar en «The Black Women´s Role in the Community os Slaves» (La función de las mujeres negras en la comunidad de esclavos) un año después, durante el tiempo que estuve en prisión, comencé a comprender la importancia fundamental de desarrollar los análisis de género.

La idea esencial que desarrollé en el curso que di en la Universidad de California, al que llamé «Recurring Philosophical Themes in Black Literature» («Temas filosóficos recurrentes en la literatura negra»), era el concepto de liberación. Mi intención era reflexionar sobre la liberación en términos filosóficos en sentido amplio, así como en el modo en que este tema impregna toda la historia literaria de los negros norteamericanos. Aunque los acontecimientos de aquel tiempo no formaban parte de los objetivos del curso, esperaba que los estudiantes tomaran nota de los diferentes compromisos con las teorías y prácticas de liberación de los círculos activistas. Después de todo, estábamos en 1969, apenas un año y medio después del asesinato de Martin Luther King, que había reavivado el debate popular y la organización de las estrategias de liberación.

El enfoque de esta cuestión que intenté desarrollar en dicho curso relacionaba

las teorías filosóficas de la libertad con la historia de la lucha política de los negros y de la producción cultural, cuyos ecos se dejaban oír en las tentativas contemporáneas por entender y ampliar el significado de la libertad. ¿Qué otro texto mejor para empezar que este de Douglass? Los estudiantes seguirían un trayecto desde la esclavitud a la libertad que les ayudaría a entender mejor la esencia de la libertad, tal como la forjaron aquellos que participaron más activamente en esa lucha.

En las décadas de los sesenta y setenta, las urgencias de la situación política llevaron a muchos lectores de la narrativa de Douglass a proyectar en las perspectivas de liberación del siglo XX lo que habían leído sobre su búsqueda de la libertad en el siglo XIX. La condición de Douglass como la voz más representativa del movimiento negro antiesclavista hizo que mucha gente buscara en sus escritos las claves acerca de cómo dirigir las luchas de liberación en el siglo XX. Uno de los pasajes más reconocibles de su obra, que continúa citándose frecuentemente, procede de un discurso que pronunció en agosto de 1857 con ocasión del Día de la emancipación de las Indias Occidentales, en el que hace referencia al treinta aniversario de la abolición del comercio de esclavos en Gran Bretaña.

> Sin lucha no hay progreso. Aquellos que dicen estar a favor de la libertad pero desprecian la agitación política son hombres que quieren cosechar sin haber sembrado; quieren la lluvia sin el rayo y el trueno; el océano, sin el horrible estruendo de sus caudalosas aguas.
>
> Esta lucha puede ser moral, física, o de ambos tipos, pero en cualquier caso ha de ser una lucha. El poder no concede nada si no se le exige. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Averiguad lo que un pueblo acatará sin protestar y habréis descubierto la medida exacta de la injusticia y el oprobio que caerá sobre él. Y esa situación continuará hasta que el pueblo se resista con el puño o la palabra, o con ambos. Los límites de los poderosos los marca la resistencia de aquellos a quienes oprime. Según esta idea, se cazará a los negros en el Norte y se les recluirá y azotará en el Sur mientras se sigan sometiendo a esos ultrajes diabólicos y no opongan resistencia, ya sea física o moral. Quizá los hombres no consigan todo aquello por lo que pagan, pero ciertamente deben pagar por todo lo que consiguen en este mundo. Si alguna vez conseguimos liberarnos de la opresión y la iniquidad que se nos imponen, tendremos que pagar por ello. Sólo lo conseguiremos con esfuerzo, sufrimiento, sacrificio y, si es preciso, con nuestras vidas o las vidas de otros.[15]

Este mensaje caló en los activistas y en los defensores de los diversos

movimientos de liberación de los años sesenta, tanto los que surgieron en África, Asia y Latinoamérica como los que se desarrollaron en el interior de los Estados Unidos pidiendo el fin definitivo del racismo.

Dado que esta insistencia de Douglass en que el progreso siempre entrañaba conflictos y que la libertad no la regalan, sino que ha de lucharse y ganarse, ha sido uno de los principios recurrentes de los diversos movimientos de liberación desde los años sesenta, deberíamos poder establecer nuevas conexiones con la vida y la obra de Douglass en la actualidad.

¿Cuál sería entonces la vigencia de los escritos de Douglass —y en particular, de su *Narrative*— cuando estamos asistiendo a la primera legislatura del primer presidente afroamericano de los Estados Unidos? Barack Obama estableció indudablemente una conexión entre la trayectoria política de Douglass y la suya propia. En varios de sus discursos electorales hizo referencia implícitamente a afirmaciones de Douglass, con especial énfasis en la idea de que «el poder no concede nada sin luchar», además de aludir, en el discurso que pronunció tras su victoria, a «las luchas y el progreso» de las últimas décadas.

Es curioso que escriba esta introducción mientras el presidente Obama vuelve de su primer viaje oficial a Ghana, durante el cual él y su familia visitaron el Castillo de la Costa del Cabo. La cobertura que han hecho los medios de comunicación del encuentro de su familia con la histórica trata de esclavos africanos —incluido un paseo por el túnel que iba a dar a la puerta del no-retorno— ha suscitado numerosos comentarios retrospectivos sobre la esclavitud, incluida una investigación sobre los posibles antepasados esclavos de Michelle Obama. No deja de ser una coincidencia el que, poco antes de que los Obama viajaran a Ghana, el senado estadounidense aprobara una resolución por la que se pedía oficialmente perdón por la esclavitud, coincidiendo con la resolución de la Cámara de Representantes de 2008. Al mismo tiempo, el gobierno de los Estados Unidos, junto con otros gobiernos occidentales, boicoteó la Conferencia mundial sobre el racismo de 2009, con lo que no reconocía los vínculos entre esclavitud, colonización y la situación actual de los

palestinos.

Entonces, ¿cómo leer hoy la narrativa de Douglass? ¿Cómo pensamos acerca de las herencias de la esclavitud que siguen conformando las instituciones y las prácticas contemporáneas? ¿Qué hemos aprendido de los muchos años transcurridos desde la primera edición de la *Narrative* que pueda ayudarnos a desarrollar lecturas más ricas, profundas y complejas de este texto sobre la esclavitud, la resistencia y la rebelión? ¿Qué podemos decir, por ejemplo, sobre la obsesión con las mujeres negras como objeto de las más atroces formas de violencia? Al suscribir las críticas propuestas por las estudiosas feministas, no dejamos de reconocer que esas descripciones del sufrimiento de mujeres negras se emplearon para dar a conocer los horrores de la esclavitud. Debido a las jerarquías de género dominantes —que también influyeron a los negros— la mujer negra torturada se interpretó como un ataque implícito contra el hombre negro. La instrumentalización de la violencia contra las mujeres esclavas era tal que podía ser materialmente efectiva para mantener el sistema e ideológicamente útil para consolidar las jerarquías de poder en lo que respecta al género, incluso en círculos negros abolicionistas.

Así, al criticar la abundancia en este texto de imágenes de mujeres negras esclavizadas, vejadas o torturadas, no deberíamos leerlas como si hubiera que expurgarlas de la *Narrative*, sino que deberíamos desarrollar un marco que considerara las complejidades de la violencia de género durante la esclavitud y las posibles estrategias de género con el objetivo principal de conquistar la libertad. Podemos empezar analizando la instrumentalización de la violencia esclavista de género, que no fue producto de responsables individuales intrínsecamente malvados, sino que más bien se diseñó para favorecer al propio sistema esclavista. En numerosos relatos de esclavos encontramos descripciones de formas específicas de castigo reservadas a las mujeres embarazadas, a quienes se les obligaba a tumbarse sobre un agujero en el suelo destinado a «proteger» el feto como futura propiedad del amo mientras el capataz las azotaba. Las palabras de Moses Grandy indican que esa violencia era tal que a veces excedía su propio objetivo y causaba la muerte de la madre y el feto.

> A una mujer que comete una infracción y está encinta, se la obliga a tumbarse sobre un agujero lo bastante grande como para albergar su corpulencia y se la azota con el látigo o se la golpea con un palo agujereado; cada golpe produce una ampolla. A una de mis hermanas la castigaron tan duramente que precipitaron el parto y el niño nació allí mismo. Ese mismo capataz, el Sr. Brooks, mató así a una chica llamada Mary.[16]

Al mismo tiempo, el hecho de estremecernos por la magnitud de esta violencia no debería hacernos olvidar que su objetivo es un sujeto que merece ser libre. En otras palabras, no deberíamos permitir que emociones como la piedad hipotequen perspectivas de solidaridad. Las historias reales de hoy en día sobre la coerción y los abusos sexuales a reclusas nos remiten a la esclavitud y nuestras respuestas ante eso resumen las que dieron los abolicionistas en el siglo XIX.

Entonces, ¿cómo podemos leer la *Narrative* de Douglass de un modo que pueda ayudarnos a comprender la esclavitud tal como él la vivió y a entender cómo el legado de la esclavitud pervive en múltiples formas de violencia contra los hombres y las mujeres? Comprender la herencia de la esclavitud nos ayuda a identificar mejor los complejos retos del presente.

Las teorías de la liberación de los años sesenta y setenta, aunque fueron importantes en su momento, no lograron captar hasta qué punto la esclavitud dejó una huella indeleble en las prácticas tanto individuales como institucionales. Muchos de nosotros pensábamos que la liberación era simplemente una cuestión de organizarnos para quitarles el poder a quienes considerábamos los opresores. Frederick Douglass nos ayudó a conceptualizar esto, pero la historia, desde luego, no acaba ahí. Los lectores actuales de Douglass, tanto los estudiosos como los activistas, hacen justicia a su relato al ampliar el sentido de lo que significa luchar por la liberación, una liberación que no sólo incluya a las mujeres de color, sino también a comunidades sexualmente marginadas y a aquellas que están sometidas a formas de coacción y represión en virtud de su condición de emigrantes. Es igualmente importante que, al mismo tiempo que reconocemos la influencia que tuvieron sobre Douglass las ideologías de su tiempo, aprendamos a identificar y combatir las que limitan nuestra idea de liberación en el presente.

---

[1] Philip Foner, ed., *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. i, Nueva York, International Publishers, 1950, p. 59.

[2] Ver Jr. Martin, E. Waldo, *The Mind of Frederick Douglass*, Chapel Hill y Londres, North Caroline University Press, 1984, pp. 22-25.

[3] H. Bruce Franklin, *Prison Literature in America: The Victim as Criminal and Artist,* Nueva York, Oxford University Press, 1989.

[4] Harriet Jacobs, *Incidents in the Life of a Slave Girl Written by Herself*, ed. de Jean Fagan Yellin, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1987, p. 201. De próxima publicación en la colección *Matrioska* de Capitán Swing Libros. (*N. del E.*)

[5] Frederick Douglass y Harriet Jacobs, *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an American Slave*, introd. de Anthony Appiah, Nueva York, Modern Library, 2000, p. xxv.

[6] *Ibid*.

[7] *Ibid*., p. 102.

[8] *Ibid*., pp. 103-104.

[9] Frederick Douglass, *Narrative of the Life of Frederick Douglass*, Intr. de Deborah McDowell, Oxford University Press, 1999, p. xx.

[10] Aquí McDowell se basa en el artículo: Jenny Franchot, «The Punishment of Esther: Frederick Douglass and the Construction of the Feminine», en Eric J. Sundquist, ed., *Frederick Douglass: New Literary and Historical Essays*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[11] McDowell, *introd*., p. xxi.

[12] *Ibid*., p. 61.

[13] *Ibid*., p. 61.

[14] McDowell, *introd*. p. xxv.

[15] Discurso sobre la emancipación de las Indias Occidentales, 3 de agosto, 1857.

[16] Ver Angela Y. Davis, *Women, Race, and Class*, Nueva York, Random House, 1981, p. 9.

Prefacio

William Lloyd Garrison[17]

En el mes de agosto de 1841, asistí a una convención antiesclavista en Nantucket en la que tuve la suerte de conocer a Frederick Douglass, el escritor de esta *Narración.*[18] Douglass era un extraño para prácticamente todos los miembros del organismo, pero al haberse escapado de una plantación de esclavos del Sur y tras descubrir los principios y métodos de los abolicionistas —de los que había escuchado alguna vaga descripción cuando era esclavo— le convencieron para asistir al citado congreso, pese a vivir en ese momento en New Bedford.

¡Suceso este afortunado! Afortunado para millones de hermanos encadenados, que aún anhelan la liberación de su espantoso yugo. Afortunado para la causa de la emancipación del negro y la libertad universal. Afortunado para la tierra donde nació, por cuya suerte y salvación tanto ha luchado Douglass. Afortunado para un enorme círculo de amigos y conocidos, cuya simpatía y afecto se ha ganado por los muchos sufrimientos que ha soportado, por las grandes cualidades de su carácter, por no olvidarse nunca de aquellos que están encadenados, como si él estuviera encadenado con ellos. Afortunado para muchas personas de distintos lugares de nuestra república, a quienes ha iluminado sobre la cuestión de la esclavitud y que han llorado conmovidas por su dolor o se han indignado contra los esclavistas, movidas por su elocuencia. Afortunado para sí mismo, ya que ese suceso le trajo al ámbito público, «le dio al mundo la promesa de un hombre», despertó las energías dormidas de su

alma y le consagró a la difícil tarea de romper la vara del opresor y dejar en libertad al oprimido.

Nunca olvidaré su primer discurso en la convención: la extraordinaria emoción que provocó en mi mente, la poderosa impresión que dejó en un auditorio repleto y al que cogió completamente por sorpresa, el aplauso que siguió a cada uno de sus certeros comentarios. Creo que nunca odié la esclavitud con más intensidad que en ese momento; sin duda alguna, mi percepción de la enorme atrocidad que suponía para sus víctimas, hijas de Dios, se me reveló más clara que nunca. Allí estaba una de ellas, imponente de estatura y complexión, con un intelecto superior, una elocuencia natural prodigiosa, y un alma «sólo ligeramente inferior a la de los ángeles», pero esclavo al fin y al cabo, ¡así es!, un esclavo fugitivo, que temía por su seguridad, poco dispuesto a creer que se pudiera encontrar en tierra norteamericana a una sola persona blanca que pudiera hermanarse con él en todas sus penalidades por amor a Dios y a la humanidad. Capaz de altos logros como ser intelectual y moral, necesitado tan sólo de un poco de educación para convertirse en un bien para la sociedad y una bendición para su raza; y sin embargo, por la ley del país, la opinión de la gente y las condiciones de un código esclavista, era tan sólo una propiedad, una bestia de carga, un mueble.

Un buen amigo de New Bedford convenció al señor Douglass para pronunciar un discurso en la convención. Se dirigió directamente a la tarima con vacilación y timidez, ineludibles compañeras de una mente sensible en tan novedosa situación. Tras disculparse por su ignorancia y recordar a la audiencia que la esclavitud es mala escuela para el corazón y el intelecto humanos, pasó a narrar algunos de los hechos de su propia historia como esclavo y expresó en el transcurso de su intervención muchos nobles pensamientos y apasionantes reflexiones. Tan pronto como tomó asiento, lleno de esperanza y admiración, me levanté y declaré que Patrick Henry,[19] famoso revolucionario, nunca había pronunciado un discurso tan elocuente por la causa de la libertad como el que acabábamos de oír de labios de este fugitivo perseguido por la Justicia. Así lo creía entonces y así lo sigo creyendo ahora. Recordé a la audiencia los peligros que acechaban en el Norte a aquel joven prófugo, incluso en el mismo

Massachusetts, la tierra de los Peregrinos,[20] entre los descendientes de los Padres de la Revolución y, pregunté al público si permitiría que le obligaran a volver a la condición de esclavo. La respuesta fue unánime y atronadora: «¡NO!». «¿Lo socorreréis y protegeréis como a un hermano, como a un habitante del viejo Massachusetts?»; «SÍ», gritó la masa al completo con una energía tan impactante que los despiadados tiranos al sur de la línea Mason & Dixon[21] casi pudieron oír esa increíble explosión de sentimientos y vieron en ella la firme promesa de los que afirmaron que nunca traicionarían al fugitivo, sino que le encubrirían y aceptarían las consecuencias.

De repente, se me grabó profundamente en la mente que si se pudiera persuadir al señor Douglass para que consagrara su tiempo a la empresa de alentar el movimiento antiesclavista, le daría a este un poderoso ímpetu y, a su vez, asestaría un duro golpe a los prejuicios norteños contra la piel negra. Así que me esforcé en infundir en su mente esperanza y valor para que se atreviera a dedicarse a una vocación tan anómala y cargada de responsabilidad para una persona en su situación y en este intento me secundaron amigos de buen corazón, especialmente el difunto agente general de la Sociedad Antiesclavista de Massachusetts, el señor John A. Collins, cuya opinión coincidía en este caso completamente con la mía. Al principio, Douglass no se mostró muy dispuesto. Con una falta de confianza no fingida, expresó su convicción de que no era la persona adecuada para llevar a cabo tamaña tarea. Nadie había emprendido ese difícil camino. Temía sinceramente hacer más mal que bien. Tras mucha deliberación, sin embargo, aceptó hacer un intento; y desde ese momento, ha impartido conferencias bajo los auspicios de la Sociedad Antiesclavista Norteamericana o de Massachusetts. Su labor ha sido abundante y su éxito combatiendo prejuicios, ganando adeptos y agitando a la opinión pública ha superado las expectativas más optimistas que pudieron surgir al comienzo de su brillante carrera. Era de naturaleza tranquila y dulce y sin embargo poseía un carácter absolutamente viril. Como orador poseía un patetismo sobresaliente, inteligencia, el don de la comparación y de la imitación, fuerza en el razonamiento y facilidad de palabra. En él se hermanaban cabeza y corazón, algo indispensable para iluminar las mentes y

ganarse los corazones de la gente. ¡Que no merme nunca su fuerza! ¡Que siga creciendo por obra y gracia de Dios para ponerla al servicio de una humanidad condenada, tanto en su tierra como en el extranjero!

Es un hecho verdaderamente notable que uno de los mayores activistas en favor de la libertad para los esclavos sea un esclavo fugitivo, Frederick Douglass, y que la población de color y libre de los Estados Unidos esté igualmente bien representada por uno de los suyos, Charles Lenox Remond,[22] cuyos elocuentes llamamientos han merecido el aplauso de las multitudes a ambos lados del Atlántico.

Que los calumniadores de la raza de color se desprecien a sí mismos por su vileza y espíritu intolerante y dejen de hablar en lo sucesivo de la inferioridad natural de los que no necesitan más que tiempo para alcanzar las más altas cotas de excelencia humana.

Quizá sea justo preguntarse si existe algún pueblo en la Tierra que hubiera podido soportar las privaciones, sufrimientos y horrores de la esclavitud sin degradarse cada vez más en la escala de la humanidad, como ha ocurrido con los esclavos descendientes de africanos. Se ha hecho todo lo posible para castrar sus intelectos, oscurecer sus mentes, corromper su naturaleza moral, borrar todo rastro de la relación que les une al género humano. ¡Y, sin embargo, de qué modo tan prodigioso han soportado las cadenas de la esclavitud, bajo las cuales han estado clamando durante siglos! Para ilustrar los efectos de la esclavitud en el hombre blanco, para demostrar que carece, en tales condiciones, de una capacidad de resistencia mayor que la de su hermano negro, Daniel O'Connell,[23] el distinguido defensor de la emancipación universal y poderoso adalid de la postrada pero todavía no conquistada Irlanda, relata la siguiente anécdota en un discurso que pronunció en el *Conciliation Hall*[24] de Dublín ante la *Loyal National Repeal Association* el 31 de marzo de 1845. «No importa», dijo el señor O'Connell, «bajo qué términos concretos se oculte, la esclavitud es siempre repugnante». *Tiene una tendencia natural e inevitable a degradar todas las facultades nobles del hombre*. Un marinero norteamericano que naufragó en las costas de África, donde fue esclavizado

durante tres años, se convirtió después de ese periodo en un hombre embrutecido y embotado; había perdido la capacidad de razonar y, al haber también olvidado su lengua materna, tan sólo podía balbucir una jerga salvaje entre el árabe y el inglés que nadie era capaz de entender y que incluso él tenía dificultad en pronunciar. ¡He aquí la influencia humanizadora de la esclavitud!

Admitiendo que se trata de un caso excepcional de deterioro mental, al menos demuestra que el esclavo blanco puede caer tan bajo en la escala de la humanidad como el esclavo negro.

El señor Douglass ha elegido acertadamente escribir la narración de su propia vida, con su propio estilo y haciendo uso de sus mejores capacidades antes que encargárselo a otro. Así pues, es un producto exclusivamente suyo, y teniendo en cuenta el largo y tortuoso camino que ha recorrido como esclavo, las pocas oportunidades que ha tenido de cultivar su mente desde que rompió sus grilletes de hierro, opino que eso dice mucho de su mente y su corazón. Aquel que pueda leerlo sin llorar, sin que se le encoja el pecho y se le aflija el espíritu, sin que le invada un profundo sentimiento de repugnancia hacia la esclavitud y todos sus instigadores y no se sienta impulsado a luchar por el derrocamiento inmediato de tan execrable sistema, el que no tiemble por el destino de su país en manos de un Dios justo, que siempre está del lado del oprimido y cuyo brazo es ineludible, tiene un corazón de piedra y es cómplice de los traficantes «de esclavos y almas humanas». Estoy seguro de que Douglass es esencialmente sincero en todas sus afirmaciones, que no hay nada que haya sido inspirado por la malicia, que nada hay exagerado, nada que sea fruto de la imaginación; creo que se queda corto en comparación a la realidad, y no agiganta ningún hecho cuando habla de la ESCLAVITUD TAL CUAL ES. La experiencia como esclavo de Frederick Douglass no es peculiar ni especialmente trágica; su caso es un ejemplo más del trato que reciben los esclavos en Maryland, en cuyo Estado se reconoce que están mejor alimentados y se les trata con menos menos crueldad que en Georgia, Alabama o Lousiana. Son muchos los esclavos que han sufrido infinitamente más, mientras que son pocos los que en las plantaciones han sufrido menos que el propio Douglass. ¡Y sin embargo, qué deplorable fue su situación! ¡Qué terribles castigos sufrió en carne propia! ¡Qué horribles

vejaciones hubo de soportar su mente! ¡Con todas sus nobles cualidades y aspiraciones, le trataron como a una bestia, incluso aquellos que afirmaban llevar dentro de sí el espíritu de Jesucristo! ¡Fue sometido a terribles cargas! ¡Estaba completamente desprovisto de ayuda y afecto! ¡Qué oscura era la medianoche que envolvía en sus tinieblas el último rayo de esperanza y llenaba el futuro de terror y pesadumbre! ¡Qué anhelos de libertad albergó en su pecho y cómo aumentaba su miseria conforme crecía su reflexión e inteligencia, demostrando con ello que un esclavo feliz es un hombre acabado! ¡Cómo pensaba, razonaba, sentía, bajo el látigo, con los miembros encadenados! ¡Cuántos peligros afrontó en sus intentos de escapar de su horrible condena! ¡Y qué insigne ha sido su liberación y supervivencia en medio de una nación de enemigos implacables.

Esta *Narración* contiene muchos episodios conmovedores y pasajes de gran elocuencia y vigor, pero creo que el más emocionante de todos es la descripción que Douglass brinda de sus sentimientos cuando se pone a monologar a orillas de la bahía Chesapeake sobre su destino y la oportunidad de llegar alguna vez a ser un hombre libre, al ver cómo se alejan los navíos desplegando sus blancas alas al viento y dirigiéndose a ellos como si estuvieran animados por un espíritu vivo de libertad. ¿Quién puede leer este pasaje y ser insensible a su grandeza y patetismo? En él se condensan los pensamientos, sensaciones y sentimientos de toda una Biblioteca de Alejandría, todo lo que puede y debe exigirse en forma de protesta, ruego o crítica contra ese crimen de crímenes, convirtiendo al hombre en una mera propiedad para sus semejantes. ¡Desventurado este sistema, que sepulta el espíritu sagrado del hombre, desfigura la imagen divina, reduce al nivel de bestias cuadrúpedas a aquellos que fueron coronados por la creación con gloria y honor y exalta al traficante de carne humana por encima del mismo Dios! ¿Por qué habría de prolongarse su existencia ni una hora más? ¿No es maldad, sencillamente maldad lo que se perpetúa? ¿Qué es su presencia sino la ausencia de cualquier temor a Dios, cualquier consideración para con el hombre por parte del pueblo estadounidense? ¡Que el cielo permita su eterna destrucción!

Hay personas tan profundamente ignorantes de la naturaleza de la esclavitud que se muestran obstinadamente incrédulas cuando leen o escuchan cualquier relación de las crueldades que a diario se inflinge a sus víctimas. No niegan que se considera a los esclavos una mera propiedad. Pero este terrible hecho no parece suscitar en sus mentes ninguna idea de injusticia, ultraje o barbarie. Hablémosles de crueles azotes, de mutilaciones y marcas a fuego, de escenas de corrupción y sangre, del destierro de toda luz y conocimiento y fingirán una gran indignación ante tan enormes exageraciones, tan inmensas tergiversaciones, tan abominables calumnias en torno al carácter de las plantaciones sureñas. ¡Como si todas estas espantosas atrocidades no fueran producto de la esclavitud! ¡Como si fuera menos cruel reducir a un ser humano a la condición de simple objeto que flagelarle severamente o privarle de los alimentos y vestimentas necesarios! ¡Como si los látigos, cadenas, empulgueras, palizas, sabuesos, capataces, mayorales, patrullas no fueran indispensables para mantener bajo control a los esclavos y proteger a sus despiadados opresores! ¡Como si abolir la institución del matrimonio no conllevase un aumento del concubinato, el adulterio y el incesto! Cuando se aniquilan todos los derechos humanos, no hay ya ninguna barrera que proteja a las víctimas de la furia del expoliador. Cuando se asume un poder absoluto sobre la vida y la libertad, se ejerce de modo destructivo. Este tipo de escépticos abundan en la sociedad. En casos contados, su incredulidad surge de una falta de reflexión pero, por lo general es indicativa de un odio a la luz, de un deseo de proteger la esclavitud de sus enemigos, de un desprecio de la raza de color, ya sea libre o esclava. Tales gentes tratarán de desacreditar las estremecedoras historias de crueldad que se reproducen en esta *Narración verídica*; pero su labor será en vano. El señor Douglass ha revelado con franqueza su lugar de nacimiento, los nombres de los que se creían propietarios de su cuerpo y alma y también los nombres de quienes cometieron crímenes contra aquellos. Sus declaraciones pueden, por lo tanto, refutarse fácilmente, si son falsas.

A lo largo de su *Narración*, Douglass relata dos ejemplos de cruentos asesinatos. En uno de ellos un hacendado dispara deliberadamente a un esclavo

de la plantación vecina, que sin darse cuenta cruzó los dominios de su señor en busca de pescado. En el otro, un capataz revienta la tapa de los sesos de un esclavo que se había metido en un riachuelo de agua para escapar de una sangrienta flagelación. El señor Douglass afirma que en ninguno de estos casos se llevó a cabo ningún arresto legal ni intervención judicial alguna. El periódico *Baltimore American* del 17 de marzo de 1845 relata como sigue algunos casos de crueldad perpetrados con similar impunidad: «*Disparar a un esclavo*. — Hemos sabido a través de una carta enviada desde el condado de Charles, Maryland, por un caballero de esta ciudad, que un joven, llamado Matthews, sobrino del general Matthews y cuyo padre, se cree, regenta una oficina en Washington, mató a un esclavo en la granja de su padre disparándole. En la carta se afirma que el joven Matthews había quedado a cargo de la granja, dio una orden a un sirviente que fue desobedecida, tras lo cual fue hasta la casa, *cogió un arma, volvió y disparó al sirviente*. Inmediatamente, prosigue la carta, huyó a la residencia de su padre, donde aún permanece sin que nadie le moleste». No hay que olvidar que ningún esclavista o capataz puede ser culpado de perpetrar delito alguno sobre un esclavo, por diabólico que pueda ser, si el testimonio proviene de un testigo de color, ya sea libre o esclavo. Según el código del esclavo, se les considera incapaces de testificar contra un blanco, como si fueran animales. No hay, por lo tanto, ninguna protección legal, aunque se reconozca formalmente, para la población esclava y, por consiguiente, se les puede infligir cualquier tipo de castigo con toda impunidad. ¿Puede la mente humana concebir un estado social más horrible?

El efecto que tiene sobre los amos sureños el hecho de profesar una fe se describe vívidamente en la siguiente *Narración* y demuestra ser cualquier cosa menos saludable. Dada la naturaleza de este caso, ha de ser perniciosa en grado sumo. El testimonio del señor Douglass, en este punto, lo comparten también numerosos testigos, cuya veracidad es irrefutable. «La profesión de fe de un esclavista es una patente impostura. El esclavista es un delincuente en grado sumo. Es un ladrón de hombres. No importa lo que se ponga al otro lado de la balanza».

¡Lector! ¿Simpatizas y compartes los propósitos de los ladrones de hombres, o estás del lado de sus víctimas pisoteadas? Si estás con los primeros eres un enemigo de Dios y del hombre. Si estás con los últimos, ¿qué estás dispuesto a hacer y a arriesgar en su favor? Sé fiel, permanece atento, sé incansable en tus esfuerzos por romper todos sus yugos y libera al oprimido. Pase lo que pase y cueste lo que cueste, graba como tu lema en la bandera que despliegues al viento: «¡NINGÚN COMPROMISO CON LA ESCLAVITUD! ¡NINGUNA UNIÓN CON LOS ESCLAVISTAS!».

Boston, 1 de mayo de 1845

---

[17] William Lloyd Garrison (1805-1879). Miembro fundador de la *American Anti-Slavery Society* y editor del periódico *The Liberator*. (*N. del T.*)

[18] El texto se conoce en el ámbito cultural norteamericano, sobre todo en el contexto de los estudios y movimientos de liberación negra, como *The Narrative*. A lo largo de este prefacio se hace uso del epítome en distintas ocasiones. (*N. del T.*)

[19] Patrick Henry (1736-1799). Además de por su militancia política y servicios militares en favor de la revolución americana y el republicanismo, es conocido por un discurso titulado «Give me Liberty, or give me Death» (¡Dadme la libertad o dadme la muerte!) pronunciado el 23 de marzo de 1775 en Richmond, Virginia, con motivo de las también famosas «Virginia Conventions». (*N. del T.*)

[20] En inglés «The Pilgrim Fathers». (*N. del T.*)

[21] La «línea Mason & Dixon» designa la frontera, trazada en el transcurso de los años 1763-1767 por los agrimensores ingleses Charles Mason y Jeremiah Dixon, entre las colonias de Pensilvania, al norte, y las de Maryland y Virginia, al sur. A mediados del siglo xix, después de la emancipación de los esclavos en los Estados del Norte (que comenzó en Pensilvania a partir de la década de 1780), marcó el límite entre los Estados esclavistas del Sur (como Virginia) y los Estados antiesclavistas del Norte (como el Estado de Nueva York). (*N. del E.*)

[22] Charles Lenox Remond (1810-1873). Orador abolicionista negro, también delegado, como Douglass, de la *American Anti-Slavery Society*. (*N del T.*)

[23] Daniel O'Connell (1776-1847). Conocido en Irlanda como *The Liberator* (El Liberador) o *The Emancipator* (El Emancipador). Activista en favor de la emancipación católica y, posteriormente, de la independencia de Irlanda. Asimismo le caracterizó una defensa de las estrategias puramente políticas, siendo completamente reacio a la lucha armada. (*N del T.*)

[24] Espacio inaugurado en 1834 como lugar de encuentro para el movimiento político liderado por Daniel O'Connell, la *Loyal National Repeal Association*; desde 1897 ha pasado a ser una sala de conciertos bajo distintos nombres (*Grand Lyric Hall*, *Lyric Theatre of Varieties* y *Tivoli Variey Theatre*) hasta su compra en 1928 por el periódico *Irish Press*, del cual es actualmente sede. (*N del T.*)

Carta de Wendell Phillips,[25] *Esq.*

Boston, 22 de abril de 1845

Mi querido amigo:

Recordará la vieja fábula de «El hombre y el león» en la que el león se queja de que no se tendría tan mala imagen de él «si los leones escribieran la historia».

Me alegra que haya llegado el momento en el que «los leones escriban la historia». Sabemos ya lo suficiente sobre el carácter de la esclavitud gracias a pruebas involuntarias aportadas por los amos. Uno podría, de hecho, darse por satisfecho con ellas para comprender las consecuencias de la esclavitud; no hay necesidad de mirar más allá para comprobar si estos resultados han tenido lugar en cada caso concreto. De hecho, los que únicamente se preocupan por el medio *peck*[26] de grano semanal y disfrutan contando los latigazos en la espalda del esclavo, rara vez están hechos para ser reformadores y abolicionistas. Recuerdo que en 1838 muchos esperaban ver los resultados del experimento de las Indias Occidentales[27] antes de incorporarse a nuestras filas. Estos «resultados» quedan lejos, pero, por desgracia, pocos de entre esos hombres se han unido a nosotros como conversos. Un hombre ha de estar dispuesto a juzgar la liberación de los esclavos por otros motivos distintos al de haber contribuido a incrementar la producción de azúcar; y ese hombre debería odiar la esclavitud no sólo porque esta hace que los hombres mueran de hambre y las mujeres sean azotadas antes de estar preparado para poner la primera piedra sobre su vida antiesclavista.

Me alegró enterarme, a través de su relato, de lo temprano que los más olvidados de entre los hijos de Dios toman conciencia de la injusticia que sufren. La experiencia es un maestro aplicado, y antes siquiera de que usted pudiera aprender el alfabeto o supiese hacia dónde se dirigían las velas blancas de Chesapeake, comenzó, por lo que veo, a calibrar la miseria del esclavo no por su hambre y sus deseos, no por los azotes y los trabajos, sino por la muerte cruel y árida que se cierne sobre su alma.

En relación con esto, hay una circunstancia que hace que sus recuerdos sean peculiarmente valiosos y su percepción de aquellos años, extraordinaria. Proviene de la parte del país donde nos han contado que la esclavitud se nos muestra en sus rasgos más justos. Oigamos pues qué es la esclavitud en su mejor versión, fijémonos en su lado más brillante, si es que tiene alguno y, entonces, que la imaginación se encargue de añadir líneas oscuras al cuadro, mientras avanza hacia el sur, hasta el Valle de la Sombra de la Muerte (así lo llaman los hombres de color) por donde corre el Mississippi.

Además, hace mucho que le conozco y puedo confiar completamente en su veracidad, candor y sinceridad. Estoy seguro de que cualquiera que le haya escuchado hablar, cualquiera que haya leído su libro con pasión, se habrá convencido de que se trata de un relato absolutamente verídico. Nada de retrato unilateral, ni de quejas sistemáticas, sino que se hace estricta justicia siempre que la bondad individual neutraliza, por un momento, el mortal sistema con el que estaba extrañamente aliada. Usted ha estado también con nosotros durante algunos años y puede comparar con claridad el horizonte de derechos que protege a su raza en el Norte con esa «noche cerrada» bajo la que trabajan al sur de la Línea Mason & Dixon. ¡Díganos si, después de todo, el típico hombre de color y libre de Massachussets está peor que el esclavo mejor cuidado de los arrozales!

Al leer su vida, no hay nadie que pueda decir que los ejemplos de crueldad elegidos sean casos insólitos. Sabemos que las gotas amargas que incluso usted ha apurado de la copa de la esclavitud no son agravios accidentales, ni males individuales, sino que acompañan la vida de cualquier esclavo. Son los ingredientes esenciales, no los resultados ocasionales del sistema.

Después de todo, leeré su libro temiendo por usted. Hace algunos años, cuando comenzó a decirme su verdadero nombre y lugar de nacimiento, recordará que le interrumpí y preferí seguir ignorándolo por completo. A excepción de alguna vaga descripción, así continué hasta el otro día, cuando usted me leyó sus memorias. No supe entonces si darle o no las gracias por dejarme verlas, cuando me percaté de que todavía suponía un peligro en Massachussets para un hombre honrado decir su nombre. Dicen que los Padres fundadores firmaron en 1776 la Declaración de Independencia sabiendo que con ello comprometían su vida. También usted publicó su declaración de libertad con peligros que le rodeaban. No hay, en todo el territorio donde rige la constitución de los Estados Unidos, un sólo punto —por angosto o desolado que sea— donde un esclavo fugitivo pueda pararse y decir: «Estoy a salvo». No hay en todo el arsenal de la legislación norteña ningún escudo para usted. Digo abiertamente que, en su lugar, yo hubiera arrojado el manuscrito al fuego.

Usted quizá pueda contar su historia sin correr peligro tras granjearse la amistad de tantos corazones gracias a sus excepcionales cualidades y su más excepcional generosidad tras haberlas puesto a disposición de los demás. Pero se deberá sólo a los trabajosos y valientes esfuerzos de usted y de aquellos que desprecian las leyes y la constitución del país y han decidido «ocultar al proscrito» y hacer de sus corazones, a pesar de la ley, un refugio para el oprimido, si, en un momento u otro, el más humilde de los esclavos puede pasear por nuestras calles y testificar sin arriesgarse a sufrir las atrocidades de que ha sido víctima.

Es también triste pensar que estos mismos corazones que acogen su historia con entusiasmo y que son su mejor salvaguarda, estan latiendo unánimemente en contra del «estatuto hecho y aprobado para la ocasión». Continúe, mi querido amigo, hasta que usted y aquellos que como usted se han salvado tanto del fuego como de la oscura prisión, puedan traducir en leyes estos latidos libres y clandestinos; hasta que Nueva Inglaterra, cortando los hilos que la unen a la ensagrentada Unión, se pueda vanagloriar de ser un refugio para el oprimido; hasta que no nos limitemos a «*ocultar* al proscrito» o a considerar

un mérito mantenerse ociosamente al margen mientras se le persigue ante nuestros ojos, sino que consagrando de nuevo la tierra de los Peregrinos como un refugio para el oprimido, demos al esclavo una bienvenida tan rotunda que los ecos lleguen a cada cabaña de las islas Carolinas y hagan que el hombre encadenado y abatido se ponga en pie de un salto al pensar en el viejo Massachussets.

¡Que Dios apresure ese día!
Hasta entonces y siempre,
Sinceramente suyo
Wendell Phillips

---

[25] Wendell Phillips (1811-1884). Miembro de la *American Anti-Slavery Society* desde 1836 y presidente de 1865 a 1870. Además de defensor del abolicionismo también lo fue de otras causas como los derechos de los pueblos indígenas norteamericanos, el sufragio de la mujer y el universal. Además, estuvo vinculado a los movimientos obreros. (*N. del T.*)

[26] Medida de volumen. 1 *peck* equivale a 9,092 litros. (*N. del T.*)

[27] Zona ahora conocida como el Caribe o las Antillas. (*N. del T.*)



Vida de un esclavo americano

escrita por él mismo

FREDERICK**DOUGLASS**

I

Nací en Tuckahoe, cerca de Hillsborough, a unas doce millas de Easton, en el condado de Talbot, Maryland. No tengo conocimiento exacto de mi edad, y es que nunca he visto una auténtica partida de nacimiento que la indique. La mayor parte de los esclavos tienen tan poco conocimiento de su edad como los caballos de la suya y, hasta donde yo sé, es deseo de los amos mantener a su esclavos en la ignorancia. No recuerdo haber conocido a ningún esclavo que pudiera decir la fecha de su cumpleaños. Rara vez pueden aproximarse a ella de un modo más exacto que indicando que fue por época de siembra o cosecha, de cerezas, en primavera o en otoño. La falta de información sobre mí mismo fue una fuente constante de infelicidad durante mi infancia. Los niños blancos podían decir su edad, sin saber por qué, yo estaba privado de ese privilegio. No tenía permiso para hacerle preguntas a mi amo sobre ese tema. Él consideraba que cuando tales preguntas provenían de boca de un esclavo eran impropias e impertinentes además de indicio de un espíritu rebelde. La estimación más aproximada que puedo hacer es que actualmente estoy entre los treinta y siete y los treinta y ocho años de edad. Llegué a esta conclusión cuando escuché a mi amo decir una vez en 1835 que tenía diecisiete años aproximadamente.

Mi madre se llamaba Harriet Bailey. Era hija de Isaac y Betsey Bailey, ambos de color, y muy oscuros. Mi madre era de tez más oscura que mi abuela o mi abuelo.

Mi padre era blanco. Así lo han admitido todos aquellos a los que he oído hablar de mis padres. Se rumoreaba también que mi amo era mi padre, mas sobre la veracidad de tal opinión nada sé; las vías de conocimiento me fueron

vetadas. Me separaron de mi madre cuando yo era tan sólo un infante; antes de que la pudiera reconocer como mi madre. Es costumbre habitual, en la zona de Maryland de la que yo escapé, separar a los niños de sus madres desde muy temprana edad. Es frecuente que, antes de que el niño haya cumplido los doce meses, cojan a su madre, la arrenden en alguna granja a considerable distancia y pongan al niño bajo la tutela de una mujer mayor, demasiado mayor como para trabajar en el campo. Por qué razón se hace esto es algo que no entiendo, salvo que sea para impedir que el niño desarrolle afecto por su madre o para debilitar el cariño natural de la madre por el niño. Al menos, ese es el resultado inevitable.

No vi a mi madre, reconociéndola como tal, en más de cuatro o cinco ocasiones en mi vida; y siempre durante poco tiempo y por la noche. Fue arrendada al señor Stewart, que vivía a unas doce millas de mi casa. Viajaba por la noche para verme. Hacía toda la distancia a pie después de su jornada diaria de trabajo. Trabajaba en el campo y no estar al amanecer en el puesto de trabajo se castigaba con el látigo salvo que el esclavo tuviera un permiso especial de su amo o ama que le eximiera, permiso que casi nunca concedían y cuando lo hacían era para poder vanagloriarse de ser buenos amos. No recuerdo haber visto jamás a mi madre a la luz del día. Me acompañaba durante la noche. Se recostaba conmigo y me dormía. Pero mucho antes de que yo despertara, ella ya se había ido. Entre nosotros hubo muy poca comunicación. La muerte pronto acabó con lo poco que compartimos mientras vivió, además de con sus miserias y sufrimientos. Ella murió cuando yo tenía unos siete años, en una de las granjas de mi amo, cerca de Lee's Mil. No me dieron permiso para acompañarla durante su enfermedad, ni tampoco en el momento de su muerte ni en su entierro. Se fue mucho antes de que supiera nada sobre ella. Sin haber disfrutado realmente de su tranquilizadora presencia y sus dulces y atentos cuidados, recibí la noticia de su muerte con la misma emoción que probablemente me hubiera producido la muerte de un extraño.

Al marcharse de repente, me dejó sin la menor información de quién era mi padre. Los rumores de que mi amo era mi padre podían ser o no verdad mas,

que fueran o no verdad es cosa para mí sin importancia, ya que el hecho, patente y detestable, es que los esclavistas tienen dispuesto —y la ley lo establece— que los niños de mujeres esclavas han de heredar sin excepción la condición de sus madres; y esto lo hacen, sin necesidad de ocultarse, para administrar su propia lujuria y hacer de la satisfacción de sus crueles deseos algo tan lucrativo como placentero. A través de tan astuto acuerdo, los esclavistas en no pocos casos sostienen con sus esclavos la doble relación de amos y padres.

Conozco ejemplos; y es importante destacar que tales esclavos sufren invariablemente grandes miserias y han de enfrentarse con más problemas que el resto. En primer lugar, sufren constantes ofensas de sus amas. Estas siempre están tratando de encontrarles defectos. Rara vez hacen los esclavos nada de su agrado; de hecho, nada hay que pueda agradarles más que ver cómo les azotan, sobre todo si sospechan que su marido dispensa un trato de favor a sus niños mulatos frente al que dispensa a sus esclavos negros. El amo se ve frecuentemente obligado a vender a esta clase de esclavos por deferencia hacia los sentimientos de su esposa blanca; y, aunque parezca cruel el hecho de que un hombre se vea obligado a vender a sus propios hijos a tratantes de carne humana, es frecuente que sea un deber de humanidad lo que le obligue a hacerlo ya que, si no lo hace, no sólo tendrá que azotarlos él mismo, sino que también tendrá que ver cómo alguno de sus hijos blancos ata a su hermano, iguales entre sí salvo por la tez un poco más oscura del segundo, y emplea un látigo ensangrentado sobre su espalda desnuda; y, si el amo entona una palabra de desaprobación, deja patente su trato de favor como padre y sólo logra que las cosas empeoren para él y para el esclavo al que trata de defender.

Cada nuevo año trae al mundo multitud de este tipo de esclavos. Fue sin duda al conocer este hecho como un gran estadista del Sur predijo el final de la esclavitud debido a las inevitables leyes demográficas. Se cumpla o no alguna vez esta profecía, es evidente que en el Sur está surgiendo una clase de gente, hoy víctima de la esclavitud, de aspecto muy diferente a los esclavos que se traían a este país desde África. Lo único bueno que traerá su aumento demográfico es que perderá fuerza el argumento de que Dios maldijo a

Cam[28] y que, por tanto, el esclavismo norteamericano es legítimo. Si la línea de descendencia de Cam es la única que puede ser esclavizada según la Biblia, no cabe duda de que en breve la esclavitud en el Sur dejará de ser bíblica, ya que son miles los que, como yo mismo, deben su existencia cada año a padres blancos, padres que, la mayor parte de las veces, son sus amos.

He tenido dos amos. El nombre de mi primer amo era Anthony. No recuerdo su apellido. Le solían llamar capitán Anthony, un título que presumo adquirió vendiendo una embarcación en la bahía Chesapeake. No se le consideraba un esclavista rico. Poseía dos o tres granjas y unos treinta esclavos. Sus granjas y esclavos estaban bajo el cuidado de un capataz. El capataz se llamaba Plumer. El señor Plumer era un borracho miserable, un blasfemo y un monstruo abominable. Siempre iba armado con un cinto de piel de vaca y una porra muy dura. Sé de él que hacía cortes y laceraba en la cabeza a las mujeres de un modo tan horripilante que hasta el amo se encolerizaba con su crueldad y le amenazaba con azotarle si no entraba el solo en razón. El amo, no obstante, no era ningún esclavista humanitario. Necesitaba que un capataz se aplicara de modo extraordinariamente bárbaro para que le afectara. Era un hombre cruel, curtido por una larga vida de esclavismo. A veces, parecía disfrutar mucho azotando a un esclavo. Con frecuencia me he levantado al amanecer con los desgarradores gritos de mi propia tía, a la que mi amo solía atar a una viga y azotar sobre su espalda desnuda hasta que, literalmente, la cubría por completo de sangre. No había palabra, lágrima u oración alguna que pudieran apartar su corazón de hierro de su propósito sangriento. Cuanto más alto chillaba más fuerte la azotaba y cuanto más rápido corría la sangre más prolongaba el castigo. Solía azotarla para hacerle chillar y entonces la azotaba hasta que se callaba; y sólo cuando le vencía la fatiga dejaba de mover su cinto empapado en sangre. Recuerdo la primera vez que fui testigo de esta horrible escena. Era tan sólo un niño, pero lo recuerdo perfectamente. Y lo recordaré mientras me quede memoria. Fue la primera de una serie de atrocidades de las que me obligaron a ser testigo y parte. Me marcaron con una fuerza terrible. La puerta por la que tenía que pasar era la puerta manchada de sangre, la entrada al infierno de la esclavitud. Era un espectáculo absolutamente espantoso. Ojalá

pudiera transferir al papel los sentimientos que me suscitó.

Este suceso tuvo lugar poco después de que me fuera a vivir con mi viejo amo y bajo las siguientes circunstancias. Mi tía Hester salió una noche —adónde o para qué, no lo sé— y ocurrió que mientras estaba ausente mi amo requirió su presencia. Él le había ordenado que no saliera por las noches y le advirtió que no quería verla nunca en compañía de cierto joven y que nunca olvidara que pertenecía al coronel Lloyd. El nombre del joven era Ned Roberts, más conocido como 'Ned el de Lloyd'. La razón por la que el amo cuidaba tanto de ella es fácil de conjeturar. Se trataba de una mujer de formas generosas y agraciadas proporciones, con una presencia física que pocas igualaban y todavía menos superaban de entre las mujeres, blancas o de color, de los alrededores.

Tía Hester no sólo había desobedecido sus órdenes al salir, sino que la habían hallado en compañía de 'Ned el de Lloyd', circunstancia esta que, según lo que decía el amo mientras la azotaba, fue la principal infracción. Si hubiera sido un hombre bueno por naturaleza, hubiera mostrado interés en proteger la inocencia de mi tía; pero todos los que le conocen no pueden ni imaginar que pueda poseer semejante virtud. Antes de comenzar a azotar a Tía Hester, se la llevó a la cocina y la desvistió hasta la cintura, dejándo su cuello, hombros y espalda al desnudo. Entonces le dijo que juntara las manos, llamándola a la vez j-a p-a.[29] Una vez hubo cruzado las manos, la ató con una soga recia y la condujo a un taburete bajo un enorme gancho clavado en una viga, puesto ahí para aquel fin. Hizo que se subiera al taburete y le ató las manos al gancho. Estaba ya preparada para el infernal propósito. Sus brazos estaban completamente estirados, para que se apoyara sólo en la punta de los pies. En esos momentos le decía: «¡Te voy a enseñar yo a desobedecer mis órdenes, j-a p-a!» y tras remangarse, comenzó a agitar el pesado cinto, y entonces la sangre, cálida, roja, comenzó a chorrear hasta el suelo entre los desgarradores chillidos de ella y las horribles blasfemias de él. Yo estaba tan aterrorizado y encogido por esa visión que me escondí en un armario y no me atreví a salir hasta mucho después de que la sangrienta operación finalizara. Pensaba que yo iba ser el siguiente. Todo aquello era nuevo para mí. No había visto nunca antes nada semejante. Siempre había vivido con mi abuela en los alrededores de la

plantación, donde la habían dejado para que criara a los hijos de las mujeres más jóvenes. Hasta ese momento, había permanecido al margen de las sangrientas escenas que ocurrían en la plantación.

---

[28] Personaje bíblico, hijo de Noé. Según el *Génesis* (9, 20-25), Noé, borracho de vino, fue visto desnudo por Cam. Noé, furioso por ello (sic) maldice al hijo de Cam, Canaán, diciendo que llegaría a ser esclavo de sus otros hermanos, Sem y Jafet. Así ocurre, llegando descendientes de Canaán a ser siervos de Jafet. Por otra parte, sin más explicación en la Biblia, a los hijos de Canaán se les torna oscura la tez. (*N. del T.*)

[29] En el original «d-d b-h», es decir, «damned bitch»: «puta de mierda, «jodida puta». (*N. del T.*)

II

La familia de mi amo constaba de dos hijos, Andrew y Richard, una hija, Lucretia, y su marido, el capitán Thomas Auld. Vivían en una sola casa, en la plantación familiar del coronel Edward Lloyd. Mi amo era mayoral y superintendente del coronel Lloyd. Era lo que se podría llamar capataz de capataces. Pasé dos años de mi infancia en esa plantación, con la familia de mi antiguo amo. Fue allí donde presencié la sangrienta operación que relaté en el primer capítulo; y dado que fue en esa plantación donde recibí mis primeras impresiones sobre la esclavitud, voy ahora a hacer una descripción de la plantación y de la esclavitud tal y como allí existían.

La plantación está a unas doce millas al norte de Easton, en el condado de Talbot, y se extiende a lo largo de la orilla del río Miles. Los principales productos que se cultivaban allí eran tabaco, maíz y trigo. Crecían abundantemente. Con los productos de esta y otras granjas que le pertenecían, mi amo era capaz de mantener en actividad casi continua a un gran balandro para llevar productos al mercado de Baltimore. El balandro llevaba por nombre «Sally Lloyd» en honor a una de las hijas del Coronel. El yerno de mi amo, el capitán Auld, era el amo de la embarcación, cuya tripulación estaba compuesta por los esclavos del propio Coronel. Se llamaban Peter, Isaac, Rich y Jake. Los cuatro eran muy estimados por los otros esclavos, se les consideraba los privilegiados de la plantación; y es que no era poca cosa, a ojos de los esclavos, que tuvieran permiso para ver Baltimore.

El coronel Lloyd contaba en su plantación familiar con trescientos o cuatrocientos esclavos y poseía bastantes más en otras granjas aledañas de su

propiedad. Las granjas más cercanas a la plantación familiar se llamaban «Wye Town» y «New Design». «Wye Town» tenía de capataz a un hombre llamado Noah Willis. «New Design» tenía de capataz al señor Townsend. Los capataces de estas y del resto de granjas, que sumaban más de veinte, eran asesorados y dirigidos por los mayorales de la plantación principal. Esta era el centro de negocios. Era la sede desde la que se gobernaban las veinte granjas. Todas las disputas entre capataces se dirimían aquí. Si se culpaba a algún esclavo de cometer alguna fechoría grave, negarse a obedecer o intentar huir, se le llevaba inmediatamente allí, se le azotaba cruelmente y se le embarcaba hacia Baltimore, donde se le vendía a Austin Woolfolk o a algún otro traficante de esclavos, a modo de advertencia para los esclavos restantes.

También aquí, los esclavos de todas las otras granjas recibían su asignación mensual de comida y sus vestimentas para todo el año. Los esclavos adultos, hombres y mujeres, recibían como asignación mensual de comida ocho libras de carne de cerdo o su equivalente en pescado y un celemín de harina de trigo. Sus vestimentas anuales consistían en dos camisetas y un par de pantalones de lino grueso, una chaqueta, un par de pantalones para el invierno hechos en un basto paño negro, un par de calcetines y un par de zapatos. El importe total de todo no debía de exceder los siete dólares. Las asignaciones mensuales de los niños esclavos se les entregaban a sus madres o a las viejas que los cuidaban. A los niños que no podían trabajar en el campo no se les daba zapatos, calcetines, chaqueta, ni pantalones; sus vestimentas consistían en dos camisas de lino grueso para todo el año. Cuando estas se rompían, iban desnudos hasta el siguiente día de asignaciones. Se podía ver, casi desnudos, a niños de los siete a los diez años y de ambos sexos en todas las épocas del año.

A los esclavos no se les daba cama alguna, salvo que una manta gruesa se pueda considerar como tal, además de que tan sólo los hombres y las mujeres tenían derecho a ellas. Y, sin embargo, esto no se consideraba una privación demasiado importante. Más que la falta de cama, el problema era la falta de tiempo para dormir. Cuando acababa su día de trabajo en el campo, la mayor parte de ellos tenían que lavar, remendar y cocinar. Y teniendo en cuenta que disponían de pocas o ninguna facilidad para realizar tales tareas, muchas de las

horas de sueño las pasaban preparándose para ir al campo al día siguiente. Y una vez acabadas las tareas, viejos y jóvenes, varones y féminas, casados y solteros, se echaban unos juntos a otros en una cama común: el frío y húmedo suelo; y cada cual había de cubrirse con sus míseras mantas. Entonces dormían hasta que los llamaba la corneta del encargado. Al sonido de esta, todos debían despertarse y dirigirse hacia el campo. No podía haber la menor demora, todos y todas debían estar en sus puestos, y desgraciado aquel que no oyera esa mañana la llamada al trabajo, porque si no se despertaba por el oído, le despertarían por el tacto. No se hacían distingos por edad o sexo. El señor Severe, el capataz, solía permanecer en la puerta del barracón, armado con un palo de nogal y un cinto de piel, preparado para azotar a cualquiera que tuviera la mala fortuna de no oír o que, por cualquier otra causa, no estuviera preparado para salir hacia el campo al sonido de la corneta.

El nombre de señor Severe le era adecuado:[30] era un hombre cruel. Le he visto azotar a una mujer, haciéndole sangrar durante media hora seguida; y esto, además, delante de su hija que entre llantos imploraba la liberación de su madre. Parecía disfrutar manifestando su feroz crueldad. Además de cruel era un blasfemo. Bastaba con oírle hablar para que a un hombre normal se le helara la sangre y se le pusiera el pelo de punta. Escasas eran las frases que salían de su boca, frases que, sin embargo, siempre comenzaban o concluían con alguna horrible blasfemia. Desde el amanecer hasta la puesta de sol se pasaba todo el tiempo maldiciendo, despotricando, haciendo cortes y dando cuchilladas a los esclavos del campo de la manera más escalofriante. Su carrera profesional fue corta. Murió muy poco después de que yo pasara a pertenecer al coronel Lloyd; y murió como vivió: profiriendo, en sus gruñidos de agonía, venenosas maldiciones y horribles blasfemias. Los esclavos vieron su muerte como el regalo de una misericordiosa Providencia.

El lugar del señor Severe lo ocupó el señor Hopkins. Era un hombre muy diferente. Menos cruel, menos blasfemo y menos ruidoso que el señor Severe. Se caracterizó por no hacer una demostración desmedida de crueldad. Azotaba, pero no parecía disfrutar haciéndolo. Los esclavos decían que era un buen capataz.

La plantación familiar del coronel Lloyd tenía el aspecto de una aldea. Todas las operaciones mecánicas para todas las granjas se realizaban allí. La fabricación de zapatos y remiendos, la herrería, la carretería, la tonelería, la tejeduría y la molienda de grano las realizaban los esclavos en la plantación familiar. Todo el lugar tenía un aspecto serio, muy diferente al de las granjas vecinas. El número de casas, además, hacía que pareciese más importante que aquellas. Los esclavos la llamaban «La Granja de la Gran Casa». Uno de los mayores privilegios para los esclavos era el de ser elegidos para ir a hacer recados a la «Granja de la Gran Casa». En sus mentes se asociaba con grandeza. Un diputado no podía estar más orgulloso de ser elegido para ocupar una escaño en el Congreso de los Estados Unidos de lo que lo estaría un esclavo de las granjas periféricas cuando lo elegían para hacer recados en la «Granja de la Gran Casa». Lo veían como prueba de la confianza que los capataces habían depositado en ellos. Es por esto, además de por el constante deseo de escapar del campo y de los latigazos del capataz, por lo que lo consideraban un alto privilegio que todos esperaban obtener algún día. Se pensaba que este honor se le concedía la mayor parte de las veces al hombre más inteligente y de mayor confianza. Los que competían por este cargo trataban de complacer al capataz del mismo modo que, en tiempo de elecciones, un candidato trata de complacer a la gente. El mismo rasgo de carácter se podía observar en los esclavos del coronel Lloyd que en los esclavos de los partidos políticos.

Los esclavos seleccionados para ir a la «Granja de la Gran Casa» a por su asignación mensual y la de sus compañeros se mostraban especialmente entusiasmados. En su camino, hacían reverberar a millas a la redonda los viejos bosques frondosos con sus cantos salvajes, cantos que revelaban a un tiempo el mayor júbilo y la más profunda de las tristezas. De camino a la granja principal componían y cantaban sin tener en cuenta tiempo o tono. Los pensamientos surgían, si no de la palabra, del sonido, y frecuentemente tanto de la una como del otro. A veces podían cantar los más lastimosos sentimientos en los tonos más arrebatados y los sentimientos más arrebatados en los tonos más lastimosos. En todas sus canciones hacían siempre para urdir algún tema relacionado con la Granja de la Gran Casa. Lo hacían sobre todo cuando

partían hacia ella. Cantaban entonces con la mayor euforia la siguiente canción:

> «¡Voy de camino a la Granja de la Gran Casa!
> ¡oh, sí! ¡oh, sí! ¡oh!»

Cantaban a coro, con palabras que muchos verían como de una jerga sin sentido pero que, sin embargo, estaban para ellos cargadas del mismo. A veces he pensado que la sola escucha de estas canciones le haría a una mente comprender el horrible carácter de la esclavitud con mayor claridad que la lectura de todos los volúmenes de filosofía escritos sobre el tema.

No entendía, cuando era esclavo, el sentido profundo de estas toscas y aparentemente incoherentes canciones. Estaba dentro del círculo; de manera que no podía ni ver ni oír, como no ven ni oyen aquellos que están incapacitados. Esas canciones contaban una historia que por aquel entonces estaba más allá de mi pobre entendimiento; eran tonos altos, largos y profundos; expresaban la oración y la denuncia de almas desbordantes con amargas angustias. Cada tono era un testimonio contra la esclavitud y una invocación a Dios para que les liberara de las cadenas. La escucha de estas notas salvajes siempre abatía mi espíritu y me llenaba de una tristeza inefable. Con frecuencia me sorprendía a mí mismo llorando mientras las escuchaba. La mera repetición de estas canciones, todavía ahora, me causa aflicción; y mientras escribo estas líneas, una expresión de tristeza ha encontrado su lugar bajando por mis mejillas. A través de estas canciones vislumbré mi primera idea del carácter deshumanizador de la esclavitud. Nunca me he librado de esta idea. Estas canciones todavía me persiguen, haciéndome profundizar con el oído en la esclavitud e intensificando mi compasión por los hermanos encadenados. Si alguien quiere comprender los efectos aniquiladores que tiene la esclavitud para el alma, que vaya a la plantación del coronel Lloyd un día de asignación, se sitúe entre los frondosos bosques de pino y trate de analizar en silencio los sonidos que le van a pasar a través de las estancias de su alma; y si esto no le impresiona será sólo porque no hay humanidad alguna en su inflexible corazón.

Desde que vine al Norte no dejo de asombrarme cada vez que encuentro personas que pueden hablar del canto de los esclavos como prueba de su satisfacción y felicidad. No es posible caer en un error mayor. Los esclavos cantan más cuanto más infelices son. Las canciones del esclavo representan los tormentos de su corazón; y sólo les calman de la misma manera que las lágrimas calman un corazón dolorido. Al menos, esa es mi experiencia. Suelo cantar para ahogar mis penas, pero casi nunca para manifestar mi felicidad. Llorar de alegría y cantar de alegría era algo poco común para mí cuando me encontraba bajo las fauces de la esclavitud. El canto de un náufrago en una isla desierta se puede considerar un canto de satisfacción con mayor propiedad que el canto de un esclavo; las canciones de uno y otro están provocadas por la misma emoción.

---

[30] «Severe», en inglés: duro, riguroso, severo, estricto. (*N. del T.*)

III

El coronel Lloyd tenía un jardín grande y cuidadosamente cultivado que daba empleo casi constante a cuatro hombres sin contar al jardinero jefe (el señor M'Durmond). El jardín era probablemente el mayor encanto del lugar. Durante los meses de verano, la gente venía de todas partes —de Baltimore, Easton y Annapolis— para verlo. En él abundaban frutas de prácticamente todo tipo, desde la robusta manzana de Norte a la delicada naranja del Sur. Este jardín no era precisamente la menor fuente de conflictos en la plantación. Su excelente fruta era una gran tentación tanto para la hambrienta multitud de chicos como para los esclavos más viejos. Pocos eran los esclavos del Coronel que tenían fuerza de voluntad para resistirse. Apenas llegaba el primer día de verano algún esclavo probaba ya el látigo por robar fruta. El Coronel disponía de todo tipo de estratagemas para mantener a sus esclavos lejos del jardín. La última y más eficaz fue la de alquitranar la cerca que rodeaba el jardín; después de lo cual, si aparecía algún esclavo manchado de alquitrán, se consideraba prueba suficiente de que había entrado o había intentado entrar en el jardín. En cualquier caso, era severamente azotado por el jardinero jefe. El plan funcionaba bien: los esclavos comenzaron a temerle al alquitrán tanto como al látigo. Parecieron darse cuenta de la imposibilidad de tocar el alquitrán sin mancharse.

El Coronel también poseía un espléndido carruaje de caballos. El establo y el cobertizo para el carruaje se parecían a nuestras grandes cuadras de la ciudad. Sus caballos eran magníficos purasangres. En el cobertizo del carruaje había tres espléndidos coches, tres o cuatro calesas, además de carrozas y cabriolés de

los estilos más a la moda.

Estas dependencias estaban al cuidado de dos esclavos —el viejo Barney y el joven Barney—, padre e hijo. Ocuparse de estas dependencias era su único trabajo. Pero no era desde luego un trabajo fácil; no había nada en lo que el coronel Lloyd fuera tan especial como en el cuidado de sus caballos. El más mínimo descuido con estos resultaba imperdonable y provocaba que aquellos que estaban al cuidado de los caballos recibieran su visita y se les azotara del modo más severo. No había excusa que pudieran argüir; tan sólo con que el Coronel sospechara que existiera una falta de atención hacia sus caballos —sospecha en él frecuente— el trabajo se complicaba mucho para el viejo y el joven Barney. Nunca sabían cuando estaban a salvo del castigo. Eran frecuentemente azotados cuando menos se lo merecían y escapaban de los azotes cuando más se lo merecían. Todo dependía de las miradas de los caballos y del estado mental del coronel Lloyd cuando le traían los caballos para montarlos. Si un caballo no se movía lo suficientemente rápido o levantaba demasiado la cabeza se debía a un error de los cuidadores. Era doloroso pasar cerca de la puerta del establo y escuchar las diferentes quejas contra los cuidadores cuando el Coronel se acababa de montar en un caballo. «Este caballo no ha recibido la suficiente atención. No lo han cepillado y almohazado suficientemente», o: «no ha sido alimentado adecuadamente; su comida estaba demasiado húmeda o demasiado seca; se la disteis demasiado pronto o demasiado tarde; estaba demasiado caliente o demasiado fría; tenía demasiado heno y poco grano; o tenía demasiado grano y poco heno. En lugar de recibir la atención del viejo Barney, se ha dejado indebidamente el caballo en manos de su hijo». A todas estas quejas, no importa lo injustas que fueran, el esclavo no podía jamás responder ni una palabra. El coronel Lloyd no podía tolerar ser cogido en una contradicción delante de un esclavo. Cuando este hablaba, el esclavo tenía que permanecer en silencio y temblar; y este era literalmente el caso. He visto al coronel Lloyd hacer al viejo Barney, un hombre de entre cincuenta y sesenta años de edad, descubrir su cabeza pelada, arrodillarse sobre el suelo húmedo y frío y recibir sobre sus hombros desnudos y desgastados por el trabajo más de treinta latigazos seguidos. El coronel Lloyd tenía tres hijos —

Edward, Murray y Daniel— y tres yernos, el señor Winder, el señor Nicholson y el señor Lowndes. Todos vivían en la Granja de la Gran Casa y disfrutaban del lujo de azotar a cuantos esclavos se les antojaba, desde el viejo Barney hasta William Wilkes, el conductor del carruaje. He visto a Winder poner a uno de los sirvientes de la casa a la distancia justa para alcanzarle con la punta de su látigo y hacer brotar en cada golpe enormes brechas en su espalda.

Describir las riquezas del coronel Lloyd sería prácticamente lo mismo que describir las riquezas de Job. Poseía de diez a quince sirvientes en su casa. Se decía que era dueño de mil esclavos y creo que la estimación es acertada. El coronel Lloyd poseía tantos que ni los conocía cuando los veía, así como tampoco lo conocían a él todos los esclavos de las granjas periféricas. Se cuenta de él que, un día, mientras cabalgaba por el camino, se encontró con un hombre de color y se dirigió a él del modo usual que hay en el Sur de dirigirse a la gente de color en las carreteras públicas: «Tú, chico, ¿a quién perteneces?», «Al coronel Lloyd», contestó el esclavo. «Ah, ¿y ese coronel Lloyd te trata bien?», «no, señor», fue la respuesta inmediata. «¿Te hace trabajar demasiado duro, verdad?», «sí, señor». «Ah, ¿y es que no te da de comer suficientemente?» «Sí, señor, me da suficiente comida, tal como debe ser».

El coronel, tras asegurarse de a qué granja pertenecía el esclavo, siguió adelante. El esclavo también continuó con sus cosas, sin siquiera soñar que había estado conversando con su amo. No volvió a pensar, decir, ni oír nada sobre el tema hasta dos o tres semanas después. El pobre hombre fue informado entonces por su capataz de que, por haber faltado a su amo, lo habían vendido a un comerciante de Georgia. Fue inmediatamente encadenado y esposado; y entonces, sin previo aviso, fue separado de su familia y amigos por una mano más implacable que la muerte. Esta es la pena por decir la verdad, por decir la simple verdad, al responder a una serie de preguntas claras.

En parte como consecuencia de estos hechos, cuando se les pregunta a los esclavos por las condiciones y el carácter de sus amos, prácticamente todos dicen que están satisfechos y que sus amos son buenos. Es sabido que los esclavistas envían espías entre sus esclavos para conocer los puntos de vista y

sensaciones sobre su propia condición. La frecuencia con la que esto se hace tiene entre los esclavos el efecto de establecer la máxima de que tener la lengua quieta es tener una cabeza sabia. Reprimen la verdad por las consecuencias que trae decirla y al hacerlo demuestran formar parte del género humano. Si tienen algo que decirle a su amo es, en general, en favor de este, especialmente cuando hablan con un hombre que no es de total confianza. Me preguntaron muchas veces cuando era esclavo si tenía un amo bueno y no recuerdo haber dado nunca una respuesta negativa, pero tampoco creo que al darla dijera algo absolutamente falso, ya que siempre medía la bondad de mi amo en relación a las normas de bondad establecidas entre los esclavos que me rodeaban. Además, los esclavos son como el resto de las personas y están empapados de los prejuicios más comunes entre estas. Creen que son mejores que los demás. Muchos, llevados por sus prejuicios, piensan que sus amos son mejores que los amos del resto de esclavos; y lo hacen aunque en algunos casos lo verdadero sea justamente lo contrario. De hecho, no es raro que los esclavos se enfaden y riñan entre sí sobre la relativa bondad de sus amos, defendiendo, cada cual, la superior bondad del suyo respecto a los otros. A su vez, cuando no lo comparan con otros, todos abominan de sus amos. Así era en nuestra plantación. Cuando los esclavos del coronel Lloyd se encontraban con los esclavos de Jacob Jepson era frecuente que comenzaran a discutir sobre sus amos; los esclavos del coronel Lloyd defendían que su amo era más rico y los esclavos del señor Jepson, que este último era más inteligente y más hombre. Los esclavos del coronel Lloyd presumían de la habilidad de este para comprar y vender frente a la de Jacob Jepson. Los esclavos del señor Jepson presumían de su habilidad para engañar al coronel Lloyd. Estas riñas acababan siempre en una pelea entre las partes, pensando los que la ganaban que imponían su razón. Parecía como si pensaran que la grandeza de su amo les fuera a ser transferida a ellos mismos. Si ya se consideraba que ser un esclavo era suficientemente malo, ser un pobre hombre esclavo se juzgaba una deshonra mayor.

IV

El señor Hopkins duró poco tiempo en el puesto de capataz. Por qué fue tan corta su carrera es algo que no sé, pero supongo que carecía de la severidad necesaria para adecuarse al coronel Lloyd. Al señor Hopkins le sucedió el señor Austin Gore, un hombre poseedor en grado sumo de todos los rasgos de carácter indispensables para ser llamado un capataz de primera. El señor Gore había servido al coronel Lloyd como capataz en una de las granjas de las afueras y se había mostrado merecedor del rango más alto de capataz en la granja familiar, o Granja de la Gran Casa.

El señor Gore era orgulloso, ambicioso y perseverante. Era astuto, cruel e inflexible. Era el hombre idóneo para un puesto así y era el puesto idóneo para un hombre como él. Tenía libertad total para el ejercicio de todos sus poderes y parecía sentirse completamente cómodo con ello. Era uno de esos que podían torturar por la más mínima mirada, palabra o gesto del esclavo, considerándolas insolencias y tratando a los esclavos en consecuencia. No se le podía responder; no se permitía a un esclavo aclarar nada, tampoco que demostrara que se trataba de una acusación injusta hacia él. El señor Gore actuaba según la máxima establecida por los esclavistas que dice: «Es preferible que una docena de esclavos sufran bajo el látigo a que se culpe al capataz de un error en presencia de los esclavos». No importa lo inocente que pudiera ser un esclavo, de nada le valía cuando era acusado por el señor Gore de cualquier fechoría. Ser acusado era ser culpado y ser culpado era ser castigado; una cosa estaba indisociablemente ligada a las otras. Para evitar el castigo había que evitar la acusación; y pocos eran los esclavos que tenía la suerte de poder

hacerlo bajo la escrupulosa mirada del señor Gore. Era tan orgulloso que exigía al esclavo los homenajes más degradantes y él mismo era lo suficientemente servil como para postrarse a los pies del amo. Era suficientemente ambicioso como para no quedarse satisfecho hasta alcanzar el rango mayor de capataz y suficientemente perseverante como para conseguir lo que ambicionaba. Era lo suficientemente cruel como para infligir los castigos más severos, lo suficientemente astuto para descender hasta los más bajos engaños y suficientemente inflexible como para permanecer insensible a la voz de una conciencia reprobatoria. Era, de todos los capataces, el más temido por los esclavos. Su presencia era temible, su mirada provocaba desorientación y rara vez se dejaba oír su rajada y estridente voz sin producir horror y temblores entre su grupo.

El señor Gore era un hombre serio y, aunque era joven, no toleraba bromas, no decía cosas graciosas y pocas veces reía. Sus palabras estaban en perfecta consonancia con su mirada y su mirada en perfecta consonancia con sus palabras. Los capataces se permitían a veces alguna ocurrencia, incluso con los esclavos, no así el señor Gore. No hablaba sino para ordenar y no ordenaba sino para ser obedecido; usaba las palabras con moderación y con generosidad el látigo, sin usar nunca las primeras cuando podía responder con el segundo. Cuando azotaba parecía hacerlo guiado por un sentido del deber y no temía las consecuencias. No hacía nada de mala gana, no importaba lo desagradable que fuera. Siempre en su puesto, nunca incongruente. Nunca prometía lo que no podía cumplir. Era, en una palabra, un hombre de la más inflexible dureza y con la frialdad de una piedra.

Su abominable crueldad era sólo equivalente a la frialdad con la que cometía los actos más denigrantes y brutales sobre los esclavos a su cargo. Una vez, el señor Gore comenzó a azotar a uno de los esclavos del coronel Lloyd. El esclavo se llamaba Demby. Le había infligido ya algunos azotes a Demby cuando, para librarse de ellos, este salió corriendo y se zambulló en un riachuelo, sumergiéndose hasta los hombros y negándose a salir. El señor Gore dijo que le llamaría tres veces y que si no venía a la tercera le dispararía. Le llamó una vez, Demby no dio respuesta alguna y permaneció en su sitio. La

segunda y tercera llamada tuvieron el mismo resultado. Entonces, el señor Gore, sin consultarlo ni discutirlo con nadie y sin hacerle a Demby una llamada adicional, levantó su mosquete hasta la altura de la cara, apuntó mortalmente hacia su víctima y en un instante el pobre Demby dejó de existir. Su cuerpo muerto desapareció de nuestra vista y una mancha de sangre y sesos empezó a extenderse por el agua.

Una sensación de horror atravesó todas las almas de la plantación, excepto la del señor Gore. Sólo él parecía indiferente y entero. El coronel Lloyd y mi antiguo amo le preguntaron las razones que motivaron tan extraordinaria medida. Su respuesta fue (hasta donde puedo recordar) que Demby se había vuelto incontrolable. Estaba creando un precedente terrible para los demás esclavos: si se permitía tal demostración de su parte, esto llevaría finalmente a la total subversión de toda regla y orden en la plantación. El señor Gore argumentaba que si un esclavo se negaba a ser corregido y escapaba con vida, los otros esclavos pronto copiarían el ejemplo, el resultado de lo cual sería la liberación de los esclavos y la esclavización de los blancos. La defensa del señor Gore resultó satisfactoria. Continuó con su puesto de capataz en la plantación familiar. Su fama como capataz creció. Su horrible crimen nunca fue investigado judicialmente. Lo cometió en presencia de esclavos, pero ninguno de ellos, evidentemente, entabló un pleito ni testificó contra él; por tanto, el perpetrador de un asesinato sangriento y repugnante no recibió el azote de la justicia ni fue censurado por la comunidad en la que vivía. El señor Gore vivía en St. Michael's, en el condado de Talbot, Maryland, cuando yo me fui de allí, y si todavía vive, probablemente siga en ese lugar, y de ser así, continuará siendo, como entonces, muy estimado y respetado, como si su alma culpable no se hubiera manchado nunca con la sangre de sus hermanos.

Hablo con conocimiento de causa cuando digo esto: matar a un esclavo o a cualquier persona de color en el condado de Talbot, Maryland, no se consideraba un crimen, ni en los tribunales ni en la comunidad. El señor Thomas Lanman, de St. Michael's, mató a dos esclavos, a uno de ellos con un hacha, abriéndole los sesos. Solía presumir de haber cometido tan repugnante y sangriento crimen. Le he escuchado decir entre risas cosas tales como que él

era, de entre los presentes, el único benefactor de su país y que si los demás hicieran lo mismo que él había hecho «nos libraríamos de los j-s negros».

La esposa del señor Giles Hick, que vivía a poca distancia de donde yo vivía, mató a la prima de mi esposa, una joven de entre quince y dieciséis años, abatiéndola del modo más horrible: le rompió la nariz y el esternón con un palo, falleciendo la pobre chica unas pocas horas después. La enterraron inmediatamente, pero no pasaron más que unas pocas horas cuando el juez de instrucción la sacó de su prematura tumba para examinarla y dictaminó que la muerte le había llegado por causa de una paliza. El delito que cometió la chica asesinada fue el siguiente: se le había encargado que se ocupara esa noche del bebé de la señora Hick y, en cierto momento de la noche, se durmió y la niña rompió a llorar. La prima de mi esposa, que llevaba unas cuantas noches sin descansar, no escuchó el llanto. Estaba también en la habitación la señora Hick. La señora Hick, al percatarse de que la chica no se levantaba, saltó de la cama, agarró una palo de madera de la chimenea y con él le partió a la chica la nariz y esternón, acabando así con su vida. No puedo decir que este horripilante asesinato no produjera ninguna sensación en la comunidad. Causó una fuerte impresión pero no tan fuerte como para castigar a la asesina. Hubo un mandamiento judicial de arresto, pero nunca llegó a cumplirse. No sólo escapó del castigo sino también del sufrimiento de ser acusada ante el tribunal por su horrible crimen.

Ya que estoy dando detalle de los sangrientos asesinatos que tuvieron lugar durante mi estancia en la plantación del coronel Lloyd, voy a narrar brevemente otro que ocurrió aproximadamente en la misma época en que se produjo el asesinato de Demby a manos del señor Gore.

Los esclavos del coronel Lloyd tenían la costumbre de pasar algunas noches y los domingos pescando ostras y así compensar sus escasas asignaciones. Una vez, un viejo que pertenecía al coronel Lloyd, ocupado en esto, sobrepasó los límites de las tierras del coronel Lloyd y entró en los terrenos del señor Beal Bondly. El señor Bondly se ofendió por la infracción y con su mosquete en la mano fue hasta la orilla y vació su mortal contenido sobre el pobre viejo.

El señor Bondly fue a ver al día siguiente al coronel Lloyd, no sé si para

pagarle por su propiedad o para justificar lo que había hecho. Se hizo todo lo posible por encubrir esta diabólica transacción. Se dijo muy poco sobre el tema y no se hizo nada. Era una frase común, incluso entre los pequeños chicos blancos, la de que cuesta medio centavo matar a un negro y un centavo enterrarlo.

V

El trato que recibía cuando vivía en la plantación del coronel Lloyd era muy similar al que daban a los otros niños esclavos. No era lo suficientemente mayor como para trabajar en el campo y como no había mucho más que hacer que trabajar en el campo me quedaba mucho tiempo libre. Lo máximo que tenía que hacer era guardar las vacas al atardecer, mantener a las aves fuera del jardín, mantener limpia la fachada del jardín y hacerle recados a la hija mayor de mi amo, la señora Lucretia Auld. La mayor parte de mi tiempo libre la pasaba ayudando al amo Daniel Lloyd a encontrar los pájaros a los que había disparado. Mi contacto con el amo Daniel fue para mí una ventaja. Se encariñó mucho conmigo y fue una suerte de protector. No dejaba que los chicos mayores abusaran de mí y repartía sus pasteles conmigo.

Mi viejo amo me azotaba pocas veces y pasé, sobre todo, hambre y frío. Sufría mucho por el hambre, pero mucho más por el frío. Ya fuera el verano más caluroso o el invierno más gélido, iba prácticamente desnudo, sin zapatos ni calcetines, sin chaqueta ni pantalones, llevaba puesta únicamente una camisa de lino grueso que me llegaba sólo hasta las rodillas. No tenía cama. Me habría muerto perecido de frío de no haber sido porque en las noches más frías solía robar un saco de los que se usan para llevar trigo al molino. Me arrastraba dentro del saco y entonces dormía sobre el suelo frío, húmedo y lleno de barro, con la cabeza dentro y los pies fuera. Mis pies se agrietaron tanto con la escarcha que aún podría posar la pluma con la que estoy escribiendo en las grietas.

No recibíamos regularmente las asignaciones. Nuestra comida consistía en

una basta harina de trigo hervida. A esa cosa se le llamaba «gachas». La traían en grandes bandejas o en pesebres y lo servían sobre el suelo. Entonces llamaban a los niños, como si se tratara de una piara de cerdos, y como una piara de cerdos íbamos y devorábamos las gachas, ayudándonos unos de conchas de ostra, otros de tablillas y otros a manos desnudas, pero ninguno con cuchara. El que comía más rápido comía más, y el que era más fuerte se aseguraba el mejor sitio, pero eran pocos los que se quedaban satisfechos con el pesebre de comida.

Tenía probablemente entre siete y ocho años cuando dejé la plantación del coronel Lloyd. Me fui de ella con júbilo. Nunca olvidaré el éxtasis con el que recibí la noticia de que mi viejo amo (Anthony) había decidido dejarme ir a Baltimore a vivir con el señor Hugh Auld, hermano del yerno de mi viejo amo, el capitán Thomas Auld. La noticia me llegó tres días antes de mi partida. Fueron tres de los días más felices de mi vida. Pasé la mayor parte de esos tres días en el riachuelo, quitándome la costra de la plantación y preparándome para partir.

No me preocupaba mi aspecto. Pasaba el tiempo lavándome, no porque me apeteciera, sino porque la señora Lucretia me había dicho que debía quitarme toda la piel muerta de los pies y de las rodillas antes de ir a Baltimore, ya que la gente de allí era muy limpia y se reiría de mí si me viera sucio. Además iba a darme un par de pantalones que no me podría poner hasta que no me quitara de encima toda la suciedad. ¡La idea de tener un par de pantalones me producía una alegría inmensa! Era motivo suficiente, no sólo para quitarme de encima lo que los porqueros llaman sarna, sino hasta para arrancarme la piel. Para ser sinceros, trabajé desde el primer día con la esperanza de una recompensa.

Todos los vínculos que unen ordinariamente a los niños con sus hogares en mi caso no existían. No sufrí gran cosa al irme. Mi casa carecía de encanto; no era para mí un hogar. Al dejarla no sentí que estuviera dejando un lugar en el que quisiera estar. Mi madre estaba muerta y mi abuela vivía lejos, así que rara vez la veía. Tenía dos hermanas y un hermano que vivían en la misma casa que yo, pero la prematura separación de nuestra madre había borrado de nuestras

memorias los lazos que nos unían. Tenía la necesidad de encontrar un hogar donde fuera y estaba seguro de que ese lugar estaría muy lejos del lugar que dejaba. Si pese a todo encontraba en mi nueva casa miseria, hambre, azotes y desnudez, tenía el consuelo de que al quedarme no me habría escapado tampoco de ninguno de ellos. Ya había tenido una muestra suficiente de todo ello en casa de mi viejo amo y si fui capaz de aguantar allí —infería— lo lógico era que pudiera aguantar en cualquier parte, y especialmente en Baltimore. Además, tenía con respecto a Baltimore una sensación parecida a la del refrán que dice que «es preferible morir colgado en Inglaterra que de muerte natural en Irlanda». Deseaba profundamente ver Baltimore. El primo Tom, aunque no tenía el don de la palabra, había despertado en mí el deseo con su elocuente descripción del lugar. Decía que escogiera lo que escogiese de la Gran Casa, no importa lo bello o poderoso que fuera, él había visto en Baltimore un equivalente superior con mucho en belleza y fuerza. Incluso la misma Gran Casa, con todos sus cuadros, estaba por debajo de muchos edificios de Baltimore. Tan fuerte era mi deseo que pensé que saciarlo sería suficiente compensación ante cualquier pérdida de bienestar que pudiera sufrir con el cambio. Me fui sin remordimientos y con grandes esperanzas puestas en un futuro feliz.

Salimos hacía Baltimore por el río Miles un sábado por la mañana. Recuerdo sólo el día de la semana; por aquel entonces desconocía el día del mes y el mes del año. Al zarpar me fui hasta la popa y lancé lo que esperaba que fuera la última mirada a la plantación del coronel Lloyd. Entonces me situé en la proa de la balandra y allí pasé el resto del día mirando hacia adelante, más interesado en la lejanía que en lo que tenía cerca o detrás.

Al atardecer del mismo día, llegamos a Annapolis, la capital del Estado. Paramos sólo unos momentos, así que no tuve tiempo para bajar a tierra. Era la primera gran ciudad que veía y aunque parecía pequeña comparada con algunas de nuestras ciudades industriales de Nueva Inglaterra, pensé que era un lugar bonito para su tamaño y más imponente que la Granja de la Gran Casa.

Llegamos a Baltimore el domingo por la mañana temprano y desembarcamos en el muelle Smith, no lejos del muelle Bowley. Llevábamos a bordo un gran

rebaño de ovejas y, tras llevarlas al matadero del señor Curtis, en las colinas de Louden Slater, Rich, uno de los marineros de la tripulación me llevó hasta mi nueva casa en la calle Allicuana, cerca del astillero del señor Gardener, en Fells Point.

El señor y la señora Auld estaban en casa y fueron a recibirme a la puerta con su pequeño hijo Thomas, del que me iba a encargar de cuidar. Y entonces vi lo que nunca había visto antes: una cara blanca sonriente y llena de bondadosos sentimientos; era el rostro de mi nueva ama, Sophia Auld. ¡Ojalá pudiera describir el éxtasis que irrumpió en mi alma cuando la contemplé! Era para mí una mirada nueva y extraña que iluminó mi camino con una luz de felicidad. Al pequeño Thomas le dijeron que estaba allí su «Freddy», y a mí me dijeron que cuidara del pequeño Thomas; así que comencé a trabajar en mi nuevo hogar con una alentadora perspectiva por delante.

Consideré mi partida de la plantación del coronel Lloyd como uno de los acontecimientos más importantes de mi vida. Es posible, incluso muy probable, que la mera circunstancia de haberme trasladado de la plantación a Baltimore me haya permitido estar hoy sentado en mi mesa, disfrutando de la libertad y la felicidad del hogar, escribiendo esta *Narración*, en lugar de estar atado a las mortificantes cadenas de la esclavitud. Fue el ir a vivir a Baltimore, el establecerme allí, lo que abrió las puertas a toda mi posterior prosperidad. Siempre he visto esto como la primera manifestación clara de ese tipo de Providencia que siempre me ha asistido y marcado mi vida con muchos favores. Veo el que me eligieran como algo extraordinario. Había muchos niños esclavos de la plantación que podrían haber sido enviados a Baltimore. Los había más jóvenes, mayores y de la misma edad. Fui elegido entre todos ellos y esa fue la primera, la última y única elección.

Se me puede llamar supersticioso, incluso egoísta, al ver este acontecimiento como una intervención especial de la Providencia en mi favor. Pero si dijera lo contrario, traicionaría los sentimientos más profundos de mi alma. Prefiero ser sincero conmigo mismo, incluso a riesgo de parecerles a los demás ridículo, a ser falso y despreciarme a mí mismo. Desde mis primeros recuerdos supe con la

más profunda convicción que la esclavitud no iba a poder retenerme siempre en su asqueroso abrazo. Esta palabra viva de fe y esperanza no venía de mí, sino que provenía de los ángeles llamados a consolarme en la penumbra. Estos buenos espíritus venían de Dios y a él ofrezco mi acción de gracias y mi oración.

VI

Mi nueva ama demostró ser lo que aparentaba cuando la conocí por primera vez en la puerta: una mujer con el corazón más tierno y los más generosos sentimientos. Nunca había tenido un esclavo bajo su mando antes que yo y antes de casarse había dependido de ella misma para vivir. Era tejedora y, por la continua dedicación a su negocio, se había mantenido alejada en buena medida de los efectos destructores y deshumanizadores de la esclavitud. Su bondad me dejaba completamente atónito. Apenas sabía como comportarme ante ella. Era completamente distinta a cualquier otra mujer blanca que hubiera visto nunca. No podía acercarme a ella como acostumbraba a hacerlo ante otras mujeres blancas. Mi aprendizaje anterior estaba fuera de lugar. La servil genuflexión, considerada por lo general en un esclavo como una cualidad, no generaba en ella ninguna respuesta. No se podía ganar con ella su favor, e incluso parecía molestarle. No consideraba impuro ni descortés que un criado le mirara a la cara. El esclavo más humilde se sentía completamente aliviado con su presencia y no había ninguno que no se sintiera mejor después de verla. Su cara estaba hecha de sonrisas angelicales y su voz de plácida música.

Pero, ¡ay! aquel buen corazón no siguió siéndolo durante mucho tiempo. El veneno letal del poder irresponsable estaba ya en sus manos y pronto comenzó a obrar de forma infernal en ella. Esos ojos alegres pronto se enrojecieron de ira; esa voz, compuesta de dulces acordes, se transformó en una voz áspera y horrible y esa cara angelical pasó a ser la cara del demonio.

Poco tiempo después de irme a vivir con el señor y la señora Auld, ella comenzó a enseñarme amablemente las primeras letras. Después de lo cual, me

ayudó a deletrear palabras de tres o cuatro letras. En este punto de mi progreso, el señor Auld descubrió lo que pasaba y prohibió terminantemente a la señora Auld seguir instruyéndome, diciéndole entre otras cosas que era ilegal, además de poco seguro, enseñar a leer a un esclavo. Para usar sus mismas palabras, más adelante dijo: «Si le das a un negro la mano, te cogerá todo el brazo. Un negro no tiene que saber nada más que obedecer a su amo, que para eso está. Hasta el mejor negro del mundo se puede echar a perder si se le instruye». «Así que» dijo «si enseñas a leer a este negro (refiriéndose a mí) no podrás después conservarlo. Quedará para siempre incapacitado como esclavo. Se volverá incontrolable al momento y dejará de tener ningún valor para su amo. En cuanto a él mismo, no le hará ningún bien, sino muchísimo daño. Le convertirá en alguien descontento e infeliz». Estas palabras penetraron hasta el fondo de mi corazón, removiendo en mí sentimientos que yacían dormidos y convocando toda una nueva serie de pensamientos. Era una revelación nueva y especial, que explicaba cosas oscuras y misteriosas, con las que mi joven entendimiento se había enfrentado en vano. Ahora entiendo cuál había sido para mí la cuestión más desconcertante, a saber: el poder del hombre blanco para esclavizar al hombre negro. Fue un gran logro y lo aprecié enormemente. Desde ese momento, comprendí cuál era el camino que iba de la esclavitud a la libertad. Era lo que estaba buscando y lo conseguí cuando menos lo esperaba. Aunque me apenaba la idea de perder el apoyo de mi buena ama, estaba lleno de alegría por la impagable enseñanza que por accidente obtuve de mi amo. Aunque consciente de la dificultad de aprender sin maestro, salí esperanzado y con el firme propósito de aprender a leer a toda costa. El modo tan decidido en el que habló y trató de dejar claro a su mujer las malignas consecuencias de instruirme me hizo ver que estaba profundamente seguro de las verdades que exponía. Eso me dio la certeza de que podía confiar completamente en los resultados que, según decía él, tendría el hecho de aprender a leer. Lo que más temía él era lo que yo más deseaba. Lo que él más amaba era lo que yo más odiaba. Lo que era para él un gran mal que había que evitar por completo era para mí un enorme bien que debía perseguir con diligencia. Y el argumento que tan efusivamente esgrimió en contra de que yo aprendiera a leer, sólo sirvió

para inspirarme el deseo y la determinación de aprender. Aprendí a leer gracias a la amarga oposición de mi amo tanto como a la amable ayuda de mi ama. A ambos les agradezco su actitud.

Al poco tiempo de empezar a vivir en Baltimore observé ya una marcada diferencia en el trato a los esclavos con respecto a lo que había visto en el campo. Un esclavo de ciudad es prácticamente un hombre libre comparado con un esclavo de la plantación. Queda un vestigio de decencia, un sentido de la vergüenza, que ayuda a frenar y controlar esas erupciones de crueldad atroz que tan comúnmente ocurrían en la plantación. Un esclavista tiene que estar muy desesperado aquí para atreverse a provocar, con los llantos de un esclavo lacerado, la humanidad de un vecino que no sea esclavista. Son pocos los que se ganan el odio por tener reputación de amos crueles. Y sobre todo, no hay ninguno que sea conocido por no alimentar lo suficiente a un esclavo. Todos los esclavistas de la ciudad están ansiosos por que se diga de ellos que alimentan bien a sus esclavos. Sin embargo, hay dolorosas excepciones a esta regla. Justo enfrente de nosotros, en la calle Philpot, vivía el señor Thomas Hamilton, que tenía dos esclavos. Se llamaban Henrietta y Mary. Henrietta tenía unos veintidós años; Mary, unos catorce, y eran las criaturas más tullidas y demacradas que he visto en mi vida. Había que tener el corazón duro como una piedra para poder mirarlas sin conmoverse. La cabeza, cuello y hombros de Mary estaban literalmente destrozados. A menudo le palpaba la cabeza y siempre estaba prácticamente cubierta de llagas infectas causadas por el látigo de su cruel ama. No sé si su amo las azotaba, pero sí he sido testigo de la crueldad de la señora Hamilton. Prácticamente todos los días pasaba por casa de los Hamilton. La señora Hamilton solía sentarse en una gran silla en mitad del cuarto con un duro cinto de piel de vaca siempre a su lado y no pasaba ni una hora del día sin que se manchara con la sangre de alguna de sus esclavas. Era rara la vez que las chicas pasaban sin que ella les dijera: «¡Más deprisa, negra mentirosa!», a la vez que las golpeaba en la cabeza o los hombros con el cinto de piel de vaca haciéndoles sangrar. Entonces decía: «¡Toma eso, negra mentirosa!», y continuaba, «¡Si no te mueves tú sola, te moveré yo!». Además de las crueles laceraciones a las que las sometían sus amos, estas esclavas

también estaban prácticamente desnutridas. Rara era la vez que sabían lo que era comer una comida completa. He llegado a ver a Mary competir con los cerdos por las sobras arrojadas a la calle. Mary estaba tan golpeada y hecha pedazos que la solían llamar «la picoteada», más que por su nombre.

VII

Viví con la familia del amo Hugh unos siete años. Durante ese tiempo conseguí aprender a leer y escribir. Para conseguirlo me vi obligado a recurrir a varias estratagemas. No tuve profesor fijo. Mi ama, que comenzó a enseñarme amablemente, sumisa a las advertencias y directrices de su marido, no sólo dejó de instruirme, sino que incluso se oponía abiertamente a que me instruyera alguna otra persona. He de decir, sin embargo, en favor de mi ama, que no adoptó estas medidas inmediatamente. Carecía al principio de la depravación necesaria para encerrarme en las tinieblas de la mente. Le fue necesaria cierta práctica en el ejercicio del poder irresponsable para poder comenzar a tratarme como si fuera una bestia.

Mi ama era, como ya he dicho, una mujer buena y compasiva y desde que me fui a vivir con ella comenzó a tratarme como ella creía, desde la simplicidad de su alma, que un ser humano debía tratar a otro. Cuando asumió las responsabilidades del esclavista no pareció darse cuenta de que yo sostenía con ella una relación de mera pertenencia y que tratarme como si fuera un ser humano no sólo era erróneo sino también peligroso. La esclavitud fue para ella tan dañina como lo fue para mí. Cuando llegué allí, era una mujer pía, sosegada y piadosa. No había pena o sufrimiento por el que no vertiera una lágrima. Tenía pan para el hambriento, ropa para el desnudo y consuelo para todo el doliente que se acercaba a ella. Pero la esclavitud pronto hizo uso de sus artimañas para despojarla de estas cualidades celestiales. Bajo su influencia, el corazón más tierno se volvía duro como la piedra y la mansedumbre dejaba paso a una furia de tigre. El primer paso de su degradación estuvo en el cese de

mi instrucción. En ese momento comenzó a poner en práctica los preceptos de su marido. Finalmente llegó a hacerse aún más violenta que su propio marido. No se quedaba satisfecha con que las cosas se hicieran tal y como él mandaba, parecía angustiarse si no las hacía cada vez mejor. No había nada que le pudiera enfadar más que verme con un periódico. Parecía pensar que eso conllevaría un peligro. Se abalanzaba sobre mí con la cara llena de furia y me arrebataba el periódico de un modo que delataba por completo su temor. Era una mujer lista; y un poco de experiencia pronto le demostró, para su satisfacción, que la educación y la esclavitud son incompatibles entre sí.

Desde ese instante me vigilaba de cerca. Si pasaba solo en un habitación cierto tiempo me convertía en sospechoso de poseer un libro y me llamaba para que le diera explicaciones. Pero era demasiado tarde. Ya se había dado el primer paso. Mi ama, al enseñarme el alfabeto, me había dado la mano y no había modo de evitar que me cogiera el brazo.

El plan que adopté, y con el que tuve un gran éxito, fue el de hacerme amigo de todos los chiquillos blancos que veía por la calle. A todos los que podía los convertía en mis maestros. Con su amable ayuda, obtenida en diferentes momentos y en diferentes lugares, logré finalmente aprender a leer. Cuando me enviaban a hacer recados siempre llevaba mi libro conmigo y después de hacer el recado a toda prisa siempre sacaba tiempo para una lección antes de volver. También solía llevar pan conmigo, que siempre abundaba en casa, y gracias a eso siempre era bienvenido, pues yo era más afortunado en este aspecto que muchos niños pobres blancos del vecindario. A menudo les ofrecía pan a los pequeños golfillos hambrientos que, en agradecimiento, me daban a probar del más valioso pan del conocimiento. Estoy fuertemente tentado de dar los nombres de estos dos o tres chavales como testimonio de mi gratitud y del afecto que les profeso pero la prudencia me lo impide, no porque me pueda perjudicar en algo, sino porque eso puede avergonzarles, ya que en este país cristiano es una falta casi imperdonable enseñar a leer a los esclavos. Es suficiente con decir de mis queridos pequeños compañeros que viven en la calle Philpot, muy cerca de Durgin y el astillero Bailey. Solía hablar de la esclavitud con ellos. A veces les decía que desearía ser tan libre como ellos lo

serían cuando se hicieran hombres. «Vosotros seréis libres en cuanto cumpláis los veintiuno, pero ¡yo soy esclavo de por vida! ¿No tengo yo tanto derecho como vosotros a ser libre?». Solían sentirse molestos cuando les decía esto; me expresaban su más entusiasta solidaridad y me consolaban con la esperanza de que podía ocurrir algo que me permitiera ser libre.

Tenía entonces unos doce años, y la idea de ser esclavo *de por vida* comenzaba a ser una gran carga en mi corazón. Justo por esa época me hice con un libro titulado «The Columbian Orator».[31] Cada vez que podía, leía este libro. Entre otras muchas cosas interesantes, encontré un diálogo entre un amo y su esclavo. La escena representaba a un esclavo que había huido de su amo tres veces. El diálogo reproducía la conversación que tuvo lugar entre ellos cuando el esclavo fue cogido por tercera vez. En este diálogo, todos los argumentos en favor de la esclavitud eran expuestos por el amo y rebatidos por el esclavo. Se ponían en boca del esclavo algunas cosas muy inteligentes, y argumentos impresionantes en respuesta a su maestro, cosas que tenían un efecto deseado pero inesperado: la conversación acababa con la emancipación del esclavo por parte del amo.

En el mismo libro, encontré uno de los fabulosos discursos de Sheridan[32] a favor de la emancipación de los católicos. Estos fueron los documentos más oportunos para mí en ese momento. Los leí una y otra vez con creciente interés. Pusieron voz a los interesantes pensamientos que a menudo centelleaban en mi alma para apagarse después poco a poco al faltarme las palabras para expresarlos. La enseñanza que extraje del diálogo fue el poder que tiene la verdad, incluso para la conciencia de un esclavista. Lo que tomé de Sheridan fue su audaz denuncia de la esclavitud y su poderosa reivindicación de los derechos humanos. La lectura de estos documentos me capacitó para expresar mis pensamientos e identificar los argumentos que se utilizan para defender la esclavitud. Pero a la vez que me aliviaban de una dificultad, me llevaban a otra aún más dolorosa. Cuanto más leía más aborrecía y detestaba a mis torturadores.[33] No podía verles mas que como una banda de ladrones con éxito que habían abandonado sus hogares para ir a África, arrancarnos de

nuestros hogares y reducirnos a la esclavitud en una tierra extraña. Les detestaba por ser los más ruines y perversos de entre los hombres. Mientras leía y consideraba esta cuestión, ese enorme descontento que el amo Hugh había predicho que seguiría a mi aprendizaje llegó para atormentar y aguijonear mi alma con una indecible angustia. Mientras era víctima de ese descontento, por momentos sentía que aprender a leer había sido una maldición más que una bendición. Me había proporcionado la perspectiva de mi miserable condición sin darme el remedio. Abrí mis ojos al horrible foso, pero sin una escalera con la que salir. En los momentos de agonía envidiaba a mis compañeros esclavos por su estupidez. A menudo deseaba ser una bestia. Prefería la condición del más bajo de los reptiles a la mía. ¡Lo que fuera, no importaba qué, que me librara de pensar! Pues era pensar sin fin sobre mi condición lo que me atormentaba. No me podía librar de ello. Me perseguía a través de cualquier cosa que viera u oyera, animada o inanimada. El dorado trofeo de la libertad había conducido a mi alma a un perpetuo insomnio. La libertad había aparecido para no volver a desaparecer jamás. La percibía en cada sonido y la veía en cada cosa. Estaba siempre presente para atormentarme con la conciencia de mi miserable condición. No veía nada sin verla, no oía nada sin oírla y no sentía nada sin sentirla a ella. La veía en cada estrella, sonaba con cada ráfaga de viento, se agitaba en cada tormenta y sonreía en cada calma.

A menudo me encontraba a mí mismo lamentándome de mi propia existencia y deseando mi propia muerte; y si no hubiera sido por la esperanza de ser libre, no me cabe la menor duda de que me hubiera matado a mí mismo o hubiera hecho algo para que me mataran. Cuando mi mente estaba en este estado, estaba ansioso por oír a cualquiera hablar sobre la esclavitud. Era un oyente dispuesto. Cada cierto tiempo, podía escuchar algo sobre el abolicionismo. Eso ocurrió algún tiempo antes de saber lo que significaba esa palabra. Siempre la utilizaban para aludir a ciertas cosas que hacían que la palabra me resultara interesante. Si un esclavo huía y lograba ponerse a salvo, o si un esclavo mataba a su amo, le prendía fuego al granero o hacía algo que resultaba absolutamente pernicioso según la mentalidad del esclavista, se decía

que era consecuencia de la *abolición*. Al escuchar a menudo esta palabra en relación a lo anterior, me dispuse a aprender lo que significaba. El diccionario me fue de poca o ninguna ayuda. Decía que era «el acto de abolir», pero no sabía qué era lo que tenía que ser abolido. Estaba perplejo. No me atrevía a preguntar a nadie por su significado, me conformaba con saber que era algo de lo que no querían que supiera nada. Tras una paciente espera, conseguí en uno de los periódicos de nuestra ciudad una relación de peticiones que provenían del Norte, suplicando la abolición de la esclavitud en el condado de Columbia y del comercio de esclavos entre Estados. A partir de entonces entendí las palabras *abolición* y *abolicionismo* y siempre me acercaba allí donde esa palabra se pronunciaba con la expectativa de oír algo importante para mí y para mis compañeros esclavos. La luz se abrió sobre mí en grado sumo. Un día bajé hasta el muelle del señor Waters y vi a dos irlandeses descargando piedras de una gabarra, me acerqué y les ayudé sin que me lo pidieran. Cuando acabaron, uno de ellos se acercó a mí y me preguntó si era un esclavo. Le dije que lo era. Me preguntó: «¿eres un esclavo de por vida?». Le dije que sí lo era. Al buen irlandés pareció afectarle mucho mi afirmación. Le dijo al otro que era una pena que un compañero como yo fuera a ser esclavo de por vida. Dijo que era una vergüenza que yo fuera la propiedad de alguien. Los dos me recomendaron que huyera hacia el Norte, porque allí encontraría amigos y podría ser libre. Fingí no sentirme interesado por lo que decían y les traté como si no les entendiera por miedo a que pudieran traicionarme. Es bien sabido que los hombres blancos animan a los esclavos a escapar y, entonces, para conseguir la recompensa, los cogen y los llevan de vuelta a sus amos. Temía que estos hombres aparentemente buenos me tendieran esa trampa. De todas formas, acepté su consejo y desde ese momento decidí huir. Planeé el momento en el que podía escaparme con seguridad. Era demasiado joven como para pensar en hacerlo inmediatamente; además, quería aprender a escribir, por si tenía ocasión de escribir mi propio permiso. Me consolaba con la esperanza de que algún día encontraría una buena oportunidad. Mientras tanto, debía aprender a escribir.

La idea de cómo aprender a escribir me vino mientras estaba en los muelles Durgin y Bailey y veía a los carpinteros del navío, tras tallar y dejar lista una pieza de la cuaderna,[34] escribir sobre esta el nombre de la parte del navío para la que estaba destinada. Cuando una cuaderna estaba destinada para el lado de babor, se marcaba así: «B». Cuando (una pieza) era para el lado de estribor se marcaba así: «E». Una pieza para el lado de babor de la proa se marcaba así: «B.PR». Cuando (una pieza) era para el estribor de proa se marcaba así: «E.PR». Para el lado de babor de popa se marcaba así: «B.PO». Para el de estribor de la popa se marcaba así: «E.PO».[35] Enseguida aprendí los nombres de esas letras y el sentido que tenía que las pusieran sobre una pieza de la cuaderna en el astillero. Comencé inmediatamente a copiarlas y en poco tiempo fui capaz de hacer esas cinco letras.[36] Después de aquello me encontré con un chico que yo sabía que escribía y le dije que podía escribir como él. Su contestación fue: «No te creo. Déjame ver cómo lo haces». Hice entonces las letras que había tenido la suerte de aprender y le dije que superara eso. De ese modo recibí muchas y muy buenas lecciones de escritura que quizá no hubiera podido obtener de otro modo. Durante ese tiempo, mi cuaderno de escritura fueron las tablas de las vallas, los muros de ladrillo y el pavimento; mi pluma y tintero, un trozo de tiza. Básicamente con eso aprendí a escribir. Entonces empecé a copiar las itálicas en los libros de ortografía de Webster hasta que fui capaz de hacerlas todas sin mirar el libro. Por esa época, mi pequeño amo Thomas iba a la escuela, aprendía a escribir y había rellenado un buen número de cuadernos. Los trajo a casa para enseñárselos a algunos vecinos cercanos y después se olvidó de ellos. Mi ama solía ir cada lunes a unas reuniones de sociedad en el salón de la calle Wilk y me dejaba a cargo de la casa. Cuando se iba solía pasarme el tiempo escribiendo en los huecos que quedaban en los cuadernos del amo Thomas, copiando lo que él había escrito. Seguí haciéndolo hasta que tuve una escritura parecida a la del amo Thomas. De ese modo, tras mucho tiempo y pesados esfuerzos de años, finalmente logré aprender a escribir.

---

[31] El título completo del libro es: *The Columbian Orator: Containing a Variety of Original and Selected Pieces Together With Rules, Which Are Calculated to Improve Youth and Others, in the Ornamental and Using Art of Eloquence* [El orador de Columbia]: Incluye una variedad de piezas originales y seleccionadas junto a reglas, pensadas para el aprendizaje de jóvenes y demás gente en el ornamental y útil arte de la elocuencia]. Libro publicado por primera vez en 1797 es, como su nombre indica, un manual de lectura y escritura. Muy utilizado en la primera mitad del siglo xix en Norteamérica, su sesgo altamente politizado (muchos de los ejemplos de lectura contenían artículos políticos y poemas de corte «republicano») le dio un carácter especial que lo ha hecho pasar (acaso también ayudado por las referencias de Douglass) a la historia de la pedagogía y la política norteamericana. (*N. del T.*)

[32] Richard Brinsley Sheridan (1751-1816). Dramaturgo y político irlandés. Defensor de la revolución francesa, luchó contra la opresión inglesa del Parlamento irlandés así como por la abolición de la esclavitud y la emancipación católica. (*N. del T.*)

[33] En inglés «enslavers». (*N. del T.*)

[34] Según el DRAE: «Cada una de las piezas curvas cuya base o parte inferior encaja en la quilla del buque y desde allí arrancan a derecha e izquierda, en dos ramas simétricas, formando como las costillas del casco».

[35] En inglés proa (*forward*) y popa (*aft*) no comienzan con la misma letra, luego los símbolos se reducen a dos letras sin generar «anfibología» (L.F., S.F., L.A., S.A.), algo impracticable en castellano. (*N. del T.*)

[36] Cuatro en inglés. Ver nota anterior. (*N. del T.*)

VIII

Al poco tiempo de irme a vivir a Baltimore murió Richard, el hijo menor de mi viejo amo; y unos tres años y medio después murió mi viejo amo, el capitán Anthony, dejando a su hijo Andrew y a su hija Lucretia como únicos herederos. Murió en una visita que le hizo a su hija en Hillsborough. Al morir de forma inesperada no dejó testamento que dispusiera cómo repartir su propiedades. Era necesario, pues, hacer una tasación de su propiedad para poder dividirla equitativamente entre la señora Lucretia y el amo Andrew. Mandaron a buscarme en seguida para tasarme como una propiedad más. De nuevo volvieron a resurgir mis sentimientos de odio hacia la esclavitud. Ahora tenía un nuevo concepto de mi degradada condición. Antes era casi completamente insensible a mi suerte. Dejé Baltimore con el joven corazón ahogado en la tristeza y el alma llena de temores. Hice la travesía con el capitán Rowe en la goleta «Gato Montés». Tras unas veinticuatro horas de navegación me vi de nuevo en mi lugar de origen. Me había ausentado de allí casi cinco años. Sin embargo, recordaba muy bien el lugar. Cuando salí de allí para ir a vivir con mi viejo amo en la plantación del coronel Lloyd debía de tener sólo cinco años, así que en ese momento tendría entre diez y once años.

A todos nos medían con el mismo rasero: hombres y mujeres, viejos y jóvenes, casados y solteros estaban a la misma altura que los caballos, ovejas y puercos. Los caballos y los hombres, el ganado y las mujeres, los cerdos y los niños, todos estaban al mismo nivel dentro de la escala de los seres vivos y todos eran objeto del mismo examen pormenorizado. Los de pelo cano y los vigorosos jóvenes, las criadas y las matronas, todos tenían que soportar la

misma indiscreta inspección. En ese momento vi más claramente que nunca que la esclavitud tiene el efecto de embrutecer tanto al esclavo como al esclavista.

Después de la tasación llegó el momento del reparto. No tengo palabras para expresar el enorme nerviosismo y la ansiedad que se palpaba entre nosotros, los pobres esclavos. El destino de nuestras vidas se estaba decidiendo en ese preciso momento. No teníamos más voz en esa decisión que las bestias a las que se nos equiparaba. Una simple palabra del hombre blanco era suficiente —frente a nuestros deseos, plegarias y ruegos— para separar para siempre a los amigos más íntimos, a los parientes más cercanos, para romper los lazos más fuertes que atan entre sí a los seres humanos. Además del dolor de la separación estaba también el temor de caer en manos del amo Andrew. Entre nosotros tenía fama de ser un pobre —aunque cruel— desgraciado, un vulgar borracho que ya se había gastado una gran parte de la herencia de su padre por su temeraria administración y su carácter derrochador. Todos teníamos la sensación de que si caíamos en sus manos nos vendería al momento a los comerciantes de Georgia. Por lo que podíamos saber ese iba a ser nuestro inevitable destino, un destino que se presentaba ante nosotros como el mayor de los horrores.

Sufrí más ansiedad que la mayor parte de mis compañeros esclavos. Había conocido lo que significaba ser tratado con amabilidad; ellos no sabían nada sobre la amabilidad. Habían visto poco o ningún mundo. De hecho, eran hombres y mujeres que estaban siempre afligidos y conocían bien la tristeza. Sus espaldas estaban tan familiarizadas con los sangrientos látigos que se habían vuelto insensibles; la mía, en cambio, estaba todavía tierna. Mientras estuve en Baltimore me azotaron pocas veces. Pocos eran los esclavos que, como yo, podían alardear de tener amo y ama tan buenos. La sola idea de pasar de sus manos a las del amo Andrew —un hombre que tan sólo unos días antes me había ofrecido un ejemplo de su sangrienta predisposición agarrando a mi hermano pequeño por el cuello, arrojándolo al suelo y clavándole el talón de la bota en la cabeza hasta que le empezó a salir sangre de la nariz y de las orejas— me hacía pensar en mi destino hasta provocarme ansiedad. Tras cometer tan salvaje atrocidad con mi hermano, se volvió hacia mí y dijo que haría lo mismo

conmigo uno de estos días, refiriéndose, supongo, a cuando pasara a ser una de sus posesiones.

Gracias a la amable Providencia caí en el lote de la señora Lucretia y me devolvieron inmediatamente a Baltimore para volver a vivir con la familia de mi amo Hugh. El júbilo que me provocó la vuelta sólo se podía igualar con la pena que me había provocado la salida. Fue un día alegre para mí. Escapé de algo peor que una jaula de leones. Estuve fuera de Baltimore justo un mes, pero me parecieron seis.

Muy poco después de mi vuelta a Baltimore, mi ama Lucretia murió, dejando marido y una niña, Amanda. Poco tiempo después de su muerte, el amo Andrew murió también. En ese momento, todas las propiedades de mi viejo amo, esclavos incluidos, pasaron a manos de extraños que no iban a hacer otra cosa que acumularlas. Ningún esclavo fue liberado. Desde el más joven al más viejo todos siguieron siendo esclavos. Si hay algo que me sirvió para reforzar mi convicción del carácter infernal de la esclavitud y hacer que odiara a los esclavistas, eso fue su ingratitud para con mi pobre abuela. Ella sirvió fielmente a mi viejo amo desde la juventud hasta la vejez, fue la fuente de toda su riqueza, llenó su plantación de esclavos y llegó a ser una gran abuela; le meció en la infancia, le atendió en la juventud, le sirvió durante toda su vida y, en la hora de su muerte, limpió de su frente helada los sudores de la muerte y le cerró los ojos para siempre. Y, sin embargo, después de su muerte siguió siendo una esclava, una esclava de por vida, una esclava en manos de extraños. Y en manos de extraños tuvo que ver a sus hijos, nietos y tataranietos, repartidos como si fueran ovejas, sin recibir siquiera como gratificación el pequeño privilegio de poder decir una simple palabra sobre el destino de estos o el suyo propio. Y para coronar esta atmósfera de vil ingratitud y despiadada barbarie, mi abuela que entonces era ya muy vieja, que había sobrevivido a mi viejo amo y a todos sus hijos, que había visto el comienzo y el final de todos ellos, con los achaques propios de su avanzada edad y con sus miembros, otrora fuertes, ahora completamente impotentes, fue considerada de poco valor por sus amos. La llevaron al bosque, le construyeron allí un cobertizo con una pequeña chimenea de barro y le concedieron el privilegio de tener que valerse

allí por sí misma en total soledad y, de este modo, precipitaron su muerte. Si mi pobre vieja abuela vive aún, es para sufrir en completa soledad, para recordar y llorar la pérdida de sus hijos, de sus nietos y tataranietos. En palabras del poeta-esclavo Whittier:[37]

«Se han ido, ido, vendido e ido
De los húmedos y oscuros arrozales
Donde incansable se balancea el látigo del esclavo,
Donde el nocivo insecto clava su aguijón,
Donde las fiebres demoníacas esparcen
Veneno en las gotas de rocío,
Donde un tenue rayo de sol atraviesa
El aire caliente y viscoso,
Se han ido, ido, vendido e ido
De los húmedos y oscuros arrozales,
De las aguas y colinas de Virginia,
Ay de mí, las hijas que me han arrebatado».

El hogar está desolado. Los inconscientes niños que una vez cantaban y bailaban en su presencia se han ido. Mi abuela avanza a tientas, en la oscuridad de la vejez, en busca de un vaso de agua. En lugar de las voces de sus niños escucha por el día el arrullo de las palomas y por la noche los aullidos del espantoso lobo. Todo es penumbra y la tumba la está aguardando ahora, cuando carga con el peso de los dolores y los achaques de la edad, cuando inclina la cabeza hacia el suelo, cuando el comienzo y el final de la existencia humana coinciden y la indefensa infancia y la dolorosa vejez se encuentran; en esos años, los más necesitados de la ternura y afecto que sólo los hijos pueden dar a los padres, mi pobre abuela, devota madre de doce hijos, fue abandonada en un alejado cobertizo frente a unas ascuas que se consumían. Se pone en pie, se sienta, se tambalea, se cae, se queja, se muere sin estar acompañada por ninguno de sus hijos o nietos que limpien de su frente los fríos sudores de la muerte o entierren sus restos bajo la hierba. ¿No hay un Dios justo que vea estas cosas?

Unos dos años después de la muerte de la señora Lucretia, el señor Thomas se casó con su segunda mujer. Su nombre era Rowena Hamilton. Era la hija

mayor del señor William Hamilton. El amo Thomas vivía entonces en St. Michael's. No mucho después de su boda tuvo lugar un malentendido entre él y el amo Hugh. Entonces, con la intención de castigar a su hermano, el amo Thomas me llevó a vivir con él a St. Michael's. Experimenté en ese momento otra separación dolorosa, aunque no tan dura como la que sufrí cuando tuvo lugar el reparto de propiedades.

Durante ese tiempo, se produjo un gran cambio en el amo Hugh y en su otrora amable y afectuosa esposa. La influencia del coñac en él y la de la esclavitud en ella les habían provocado cambios desastrosos; así que, en lo que se refería a ellos, no pensaba que fuera a perder mucho con el cambio. Pero no era a ellos a los que tenía apego. Era a esos chiquillos de Baltimore a los que me sentía fuertemente apegado. Me dieron muy buenas lecciones —todavía me las daban por aquel entonces— y la idea de abandonarles era dolorosa. Asimismo, me iba sin la esperanza de que alguna vez me dieran permiso para volver. El amo Thomas había dicho que nunca me dejaría volver de nuevo. Consideraba que la barrera que le separaba de su hermano era infranqueable.

Me arrepentí entonces de no haber intentado al menos llevar a cabo mi decisión de huir; mis oportunidades de éxito eran diez veces mayores en la ciudad que en el campo.

Partí de Baltimore hacia St. Michael's en el balandro «Amanda», capitaneado por Edward Dodson. Durante mi travesía presté particular atención a la dirección que tomaban los vapores para ir hacia Filadelfia. Me di cuenta de que en lugar de bajar, al llegar a North Point remontaban la bahía en dirección nordeste. Me pareció que se trataba de un dato de suma importancia. Mi decisión de huir volvió una vez más a revivir. Resolví esperar sólo hasta que se me presentara una oportunidad favorable. Estaba decidido a escapar.

---

[37] John Greenleaf Whittier (1807-1892). Poeta estadounidense, cuáquero y abolicionista. Formó parte del grupo de los «Fireside Poets» entre los que se encontraban otros poetas estadounidenses como Longfellow, Lowell o Bryant. (*N. del T.*)

IX

Llegado este punto de mi vida, ya puedo comenzar a dar datos. Dejé Baltimore y me fui a vivir con el amo Thomas Auld a St. Michael's en marzo de 1832. Hacía más de siete años que había dejado de vivir con él y con su familia en la plantación del coronel Lloyd. Ahora éramos prácticamente unos extraños el uno para el otro. Él era para mí un amo nuevo y yo para él un nuevo esclavo. Ignoraba su temperamento y su carácter y a él le pasaba lo mismo conmigo, aunque en poco tiempo volvimos a conocernos a la perfección el uno al otro. También llegué a conocer a su mujer tanto como a él mismo. Hacían buena pareja, los dos eran igual de malos y crueles. Volví a sentir entonces, por primera vez después de más de siete años (desde que me fui de la plantación del coronel Lloyd), los dolorosos retortijones del hambre. Fue un periodo muy duro para mí; si miro hacia atrás no recuerdo ni un sólo momento de paz. Fue diez veces más duro después de haber vivido en la familia del amo Hugh, donde siempre tenía comida suficiente. Antes he dicho que el amo Thomas era un hombre malo, y realmente lo era.

No alimentar suficientemente a un esclavo está visto como uno de los actos más viles, incluso entre los esclavistas. La regla es: no importa lo mala que sea la comida, pero tiene que haber siempre suficiente. Es la práctica general en la parte de Maryland de donde provengo, aunque haya muchas excepciones. El amo Thomas no nos daba comida ni buena ni suficiente. Cuatro de nosotros nos encargábamos de la cocina: mi hermana Eliza, mi tía Priscilla, Henny y yo mismo. No se nos permitía usar más de medio celemín de harina de trigo a la semana y acaso algo de carne o verdura. No era suficiente para poder subsistir y

nos veíamos obligados por la mísera necesidad a vivir de nuestros vecinos. Les mendigábamos o robábamos lo que se pusiera a nuestro alcance en ese tiempo de necesidad y tan legítimo nos parecía lo uno como lo otro. Muchas veces, mientras que en la despensa se pudría abundante comida, nosotros parecíamos pobres criaturas famélicas. Nuestra piadosa ama era consciente de ello y sin embargo cada mañana ella y su marido se arrodillaban y rezaban pidiéndole a Dios que bendijera su cesto y su despensa.

Aunque todos los esclavistas son malos, es raro encontrar alguno que no tenga ningún rasgo positivo. Mi amo Thomas era uno de estos raros ejemplos. No recuerdo que realizara nunca un solo acto noble. El rasgo predominante de su carácter era la mezquindad; y si su naturaleza se compusiera de algún otro elemento, estaría en relación con este. Era mezquino y, como muchos otros hombres mezquinos, tenía la habilidad de disimular su mezquindad. El capitán Auld no era esclavista de nacimiento. Había sido toda su vida un hombre pobre, poseedor tan sólo de un taller para barcos. Tomó posesión de todos sus esclavos a través del matrimonio. De todos los hombres que se convirtieron en esclavistas, este era el peor. Era cruel, pero cobarde. Gobernaba sin firmeza. En la aplicación de sus normas era, a veces rígido, a veces laxo. A veces hablaba a sus esclavos con la firmeza de un Napoleón y la furia de un demonio, otras veces parecía preguntar sin saber bien qué quería. Nunca llegó a nada. Hubiera podido pasar por león, pero sólo por su fino oído. Cuando más noble era lo que intentaba hacer, más patente quedaba su mezquindad. Sus aires, sus palabras y actos eran los aires, palabras y actos de un esclavista de nacimiento, pero al ser una conducta aprendida, resultaba bastante torpe. No era un buen imitador. Tenía toda la predisposición para engañar, pero le faltaba el poder. Al carecer de recursos propios, se veía obligado a imitarlos de otros; al hacerlo, caía en una contradicción y en consecuencia era despreciable incluso para sus esclavos. El lujo de tener esclavos propios a su disposición era una novedad para la que él no estaba preparado. Era un esclavista sin la habilidad de poseer esclavos. Él sabía que era incapaz de dirigir a sus esclavos ni por la fuerza, ni por el miedo, ni por el engaño. Rara vez le llamábamos «amo», por lo general le llamábamos «capitán Auld» y aún así nos costaba trabajo emplear ninguna

fórmula para dirigirnos a él. No dudo de que nuestra conducta ayudara a hacer que se sintiera torpe e inquieto. Nuestra irreverencia le dejaba completamente perplejo. Él quería que le llamáramos amo, pero no tenía la firmeza necesaria para obligarnos a hacerlo. Su esposa solía insistir en que lo hiciéramos, pero no hubo manera. En agosto de 1832, mi amo asistió a una reunión metodista que tuvo lugar junto a la bahía en el condado de Talbot y allí entró en contacto con la religión. Albergué la ligera esperanza de que su conversión le llevara a emancipar a sus esclavos y, de no ser así, que al menos le llevara en alguna medida a ser más bueno y humanitario. Me equivoqué. Ni le hizo más humano con los esclavos ni los emancipó. Si tuvo algún efecto en su carácter fue el de hacerle más cruel y odioso en todos los aspectos; de hecho, creo que después de su conversión era mucho peor hombre que antes de ella. Antes de su conversión contaba con su propia depravación para proteger y mantenerse en su salvaje brutalidad, pero después de su conversión encontró en la religión sanción y argumentos para su crueldad esclavista. Presumía mucho de ser devoto. Su hogar era lugar de oración. Rezaba mañana, tarde y noche. En seguida despuntó entre sus hermanos y enseguida se erigió como líder y predicador.[38] Participó muy activamente en los encuentros religiosos[39] y se mostró como un útil instrumento en manos de la iglesia al convertir a un buen número de almas. Su casa solía albergar a muchos predicadores. Estos le tomaron el gusto a venir a alojarse en ella. Mientras a nosotros nos mataba de hambre a ellos les proveía de todo. Teníamos siempre tres o cuatro predicadores en casa. Los nombres de aquellos con los que más frecuentemente conviví eran: señor Storks, señor Ewery, señor Humphry y señor Hickey. También venía a nuestra casa el señor George Cookman. Los esclavos adorábamos al señor Cookman. Creíamos que el señor Cookman era un buen hombre. Pensábamos que había contribuido decisivamente a lograr que el señor Samuel Harrison, un esclavista muy rico, emancipara a sus esclavos y por alguna razón teníamos la impresión de que estaba trabajando para lograr la emancipación de todos los esclavos. Cuando visitaba nuestra casa, sabíamos con seguridad que se acordaría de nosotros en sus plegarias. Los otros, a veces se acordaban y a veces no. El señor Cookman se interesó más por nosotros que cualquiera de los otros

pastores. Cuando estaba con nosotros, no podía evitar revelar la compasión que sentía por nosotros y, a pesar de nuestra simpleza, nos dábamos cuenta.

Mientras viví con mi amo en St. Michael's, había un joven blanco, un tal señor Wilson, que tenía el propósito de dedicar el domingo a instruir a los esclavos hasta que estuvieran preparados para leer el Nuevo Testamento. Nos reunimos tres veces, hasta que el señor West y el señor Fairbanks, ambos líderes de la comunidad, junto a otros muchos, se abalanzaron sobre nosotros con palos y proyectiles, expulsándonos y prohibiéndonos reunirnos otra vez. Así acabó nuestra pequeña escuela dominical en la piadosa ciudad de St. Michael's.

Ya he dicho que mi amo encontró sanción religiosa para su crueldad. Como ejemplo, voy a hacer constar uno de los muchos hechos que demuestran tales acusaciones. Le he visto atar a una joven mujer coja y azotarla con un duro cinto de piel de vaca en los hombros desnudos hasta que una sangre roja y tibia le chorreaba por la espalda y, para justificar tan sangriento acto, citar el siguiente pasaje de las Escrituras: «Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor, y no se apercibió ni hizo conforme a su voluntad, será azotado mucho».[40]

El amo dejó atada a la joven en esa horrible situación durante cuatro o cinco horas. He sabido que también la ataba por la mañana temprano y la azotaba después del desayuno, la volvía a dejar, iba a su tienda, volvía para la comida y la azotaba de nuevo hasta hacerle cortes en los lugares que ya había dejado en carne viva con su cruel látigo. El porqué de la crueldad del amo hacia Henny reside en el hecho de que esta era un ser prácticamente indefenso. Cuando era tan solo una niña, Henny se cayó en un fuego y ardió de un modo terrible. Sus manos quedaron tan chamuscadas que nunca ha podido hacer uso de ellas. Nunca ha podido hacer otra cosa que cargar pesos. Para el amo era tan sólo un gasto y, como era un hombre mezquino, su presencia era una constante ofensa para él. Parecía deseoso de acabar con la pobre chica. Se la regaló a su hermana, pero ella no quiso quedarse con un obsequio en tan mal estado. Al final, mi benevolente amo dijo: «la dejo suelta para que se cuide sola». He aquí a un hombre recientemente convertido, muy apegado a su madre, pero que a la vez, echaba a esa niña desamparada para que se consumiera hasta morir. El amo

Thomas fue uno de los piadosos esclavistas que adquirió esclavos con el caritativo propósito de tomarlos bajo su cuidado.

Mi amo y yo teníamos muchas diferencias. Él me encontraba inadecuado para lo que necesitaba de mí. Mi pasado urbano, decía, había tenido un efecto pernicioso sobre mí. Me había inhabilitado para prácticamente cualquier tarea, así que mi amo me atacaba por cada cosa que encontraba mal. Uno de los grandes errores que cometí fue dejar que su caballo huyera y se fuera hasta la granja de su suegro, que estaba a unas cinco millas de St. Michael's. Tuve entonces que ir tras él. Mi razón para esta falta de atención o cuidado era que siempre que iba a esa granja podía conseguir algo para comer. El amo William Hamilton, el suegro de mi amo, siempre les daba a sus esclavos comida suficiente. Nunca me fui de allí con hambre, por mucha prisa que tuviera en regresar. El amo Thomas dijo que ya no me aguantaba más. Había vivido con él nueve meses durante los cuales me había azotado severamente un buen número de veces, todas ellas sin razón alguna. Decidió sacarme de ahí, como él decía, para que me amansaran, y con ese propósito me cedió por un año a un hombre llamado Edward Covey. El señor Covey era un hombre pobre, arrendador de granjas. Arrendó el lugar donde vivía así como las manos con las que lo cultivaba. El señor Covey había adquirido una altísima reputación de amansador de jóvenes esclavos, reputación esta que le resultaba de enorme valor. Le permitía cultivar su granja con un gasto menor del que tendría si no hubiera contado con ella. Algunos esclavistas pensaban que era rentable permitir que el señor Covey tuviera durante un año a sus esclavos con tal de que los adiestrara hasta amansarlos, sin recibir por ello ninguna otra compensación. Gracias a su reputación, podía contratar mano de obra joven con facilidad. Además de las buenas dotes naturales del señor Covey, este era profesor de religión, un alma piadosa, miembro y líder de la Iglesia metodista. Todo esto reforzaba su reputación como «amansador de negros». Yo era consciente de todo ello, pues un joven que vivía allí me había puesto al corriente. Sin embargo, hice el cambio de buena gana, puesto que estaba seguro de que tendría comida suficiente, lo que no es poca cosa para un hombre hambriento.

[38] En inglés «exhorter». (*N. del T.*)

[39] Los «revivals» o «revival meetings» eran encuentros cristianos trufados de música y discursos que se hacían con la intención de inocular o intensificar la fe cristiana de los asistentes. (*N. del T.*)

[40] *Lucas* 12:47. Utilizamos la versión de Reina-Valera, *La Biblia del Oso*, Basilea, 1569.

X

El 1 de enero de 1883 abandoné la casa del amo Thomas y me fui a vivir con el señor Covey. Por primera vez en mi vida fui jornalero. Me sentía más torpe en mi nuevo empleo que un muchacho de campo en una gran ciudad. No había pasado ni una semana en mi nueva casa cuando el señor Covey me azotó por primera vez, causándome unas heridas en la espalda por las que manó abundante sangre y provocándome unas brechas en la carne del tamaño de mi dedo meñique. Los detalles del asunto son como sigue: el señor Covey me envió temprano, una de las mañanas más frías de enero, al bosque a por leña. Me dio una yunta de bueyes sin amansar. Me señaló qué buey era el bravo y cuál el manso. Ató entonces la punta de una larga cuerda alrededor de las astas de uno de ellos, me dio a mí la otra punta y me dijo que si los bueyes empezaban a correr debía aguantarlos con la cuerda. Nunca había conducido antes bueyes y me sentía muy torpe. Sin embargo, logré llegar hasta la linde del bosque sin mayor dificultad, pero cuando me había adentrado tan sólo unas pocas varas en el bosque, los bueyes se sobresaltaron y comenzaron de repente a golpear del modo más espantoso el carro contra los árboles y tocones. Pensé desde el principio que mis sesos se esparcirían contra los árboles. Tras recorrer una distancia considerable, finalmente el carro volcó saltando en pedazos contra un árbol y arrojando a los bueyes a un tupido matorral. No sé todavía cómo escapé de la muerte. Heme ahí, completamente solo, en medio de un frondoso bosque, en un lugar nuevo para mí. Mi carro estaba volcado y destrozado, mis bueyes estaban enredados entre los árboles y no había nadie para ayudarme. Tras un largo esfuerzo pude volver a poner en pie mi carro,

desenganchar mis bueyes y enyuntarlos otra vez al carro. Volví con mi recua hasta el lugar donde la víspera había ido a cortar leña y cargué mi carro hasta arriba pensando que así controlaría a mis bueyes. Entonces me dirigí de vuelta a casa. Había transcurrido ya la mitad del día. Salí del bosque sin más contratiempo y cuando sentí que ya había pasado el peligro detuve a los bueyes para abrir la verja y salir del bosque; nada más hacerlo, antes de que pudiera tirar de la cuerda, los bueyes empezaron de nuevo a correr, se abalanzaron sobre la verja, que se encajó entre la rueda y el carruaje; este se rompió en pedazos y yo estuve a punto de estrellarme contra los postes que sujetaban la verja. En un solo día escapé de la muerte dos veces por puro azar. Al volver le conté al señor Covey con detalle lo que había ocurrido. Me ordenó volver inmediatamente al bosque. Así lo hice y él vino tras de mí. Justo al entrar al bosque se acercó a mí, me pidió que parara el carro y me dijo que iba a enseñarme a perder el tiempo y a romper portillos. Se fue hacia un gran gomero y tras cortar con su hacha tres grandes varas y recortarlas cuidadosamente con su navaja de bolsillo, me ordenó que me desvistiera. No respondí a su orden y continué con la ropa puesta. Me repitió la orden. Seguí sin responder y no me desnudé. Entonces, se abalanzó sobre mí con la ferocidad de un tigre, arrancándome la ropa y azotándome hasta que se rompieron las varas; me hizo unos cortes tan salvajes que me quedaron marcas visibles hasta mucho tiempo después. Esta paliza fue la primera de muchas palizas similares y por faltas similares.

Viví un año con el señor Covey. Durante los primeros seis meses de ese año no pasaba ni una semana sin que me azotase. Era raro que no tuviera la espalda dolorida. Mi falta de colaboración era casi siempre su excusa para azotarme.

Nos hizo trabajar hasta la extenuación. Mucho antes de que amaneciera estábamos en pie, habíamos dado de comer a nuestros caballos y con los primeros rayos del día ya estábamos en el campo con nuestra azada y arados. El señor Covey nos daba comida suficiente, pero apenas tiempo para comerla. No era raro que tuviéramos menos de cinco minutos para comer. Solíamos estar en el campo desde que despuntaba el día hasta que desaparecía el último rayo de sol e incluso, en tiempo de almacenar forraje, llegaba la medianoche y nos encontraba atando nuestras guadañas.

Covey solía estar allí con nosotros. Lo normal era lo siguiente: se pasaba buena parte de sus tardes en la cama. Salía para tomar el fresco al anochecer, preparado para alentarnos con su palabra, ejemplo y, frecuentemente, con el látigo. El señor Covey era uno de los pocos esclavistas que podían trabajar (y de hecho trabajaba) con las manos. Era muy trabajador. Sabía por propia experiencia lo que un hombre o un chico estaban capacitados para hacer. No había forma de engañarle. Cuando él no estaba, el trabajo continuaba igual que cuando estaba presente; tenía la facultad de hacernos sentir que siempre estaba ahí. Esto lo lograba sorprendiéndonos. Rara vez se acercaba abiertamente al lugar donde estábamos trabajando si podía hacerlo en secreto. Siempre nos cogía por sorpresa. Tal era su astucia que, entre nosotros, le solíamos llamar «la serpiente». Cuando estábamos trabajando en los campos de trigo, se agazapaba para evitar que nos apercibiéramos de su llegada y de repente aparecía entre nosotros gritando: «¡Aha! ¡Venga, vamos! ¡Más brío, más brío!». Debido a esta táctica suya, era arriesgado dejar de trabajar aunque fuera un solo minuto. Llegaba como un ladrón en la noche. Aparecía entre nosotros como si siempre hubiera estado allí. Estaba detrás de cualquier árbol, de cualquier tocón, en cualquier arbusto y tras cualquier ventana de la plantación. A veces montaba su caballo hasta la frontera de St. Michael's, a siete millas de distancia, y media hora después lo podías ver apostado en el cercado, vigilando cada movimiento de los esclavos. Para ello dejaba antes atado el caballo en el bosque. En otras ocasiones caminaba hasta donde estábamos y nos daba las órdenes propias del que parte para hacer un largo viaje, se daba la vuelta y hacía como si fuera hacia la casa para prepararlo todo, pero antes de haber recorrido la mitad del camino, daba un pequeño giro y se escondía tras una valla o detrás de algún árbol y desde allí nos vigilaba hasta que se ponía el sol.

El *fuerte* de Covey era su habilidad para engañar. Dedicaba su vida a planear y llevar a cabo los mayores engaños. Todo lo que había aprendido gracias a la religión lo consagraba a su predisposición al engaño. Parecía creerse capaz de engañar hasta al mismísimo Todopoderoso. Realizaba unas plegarias cortas por la mañana y unas más largas por la noche y, aunque parezca extraño, por

momentos pocos hombres aparentaban ser más devotos que él. Los ejercicios que realizaba con su familia siempre comenzaban con cánticos, pero siendo él tan mal cantante, solía caer sobre mí el honor de comenzar los himnos. A veces lo hacía, pero otras veces no. Mi insumisión solía siempre producir mucha confusión. Para mostrar su independencia de mí, solía comenzar a cantar vacilante y de la manera más discordante. En tal estado de ánimo, rezaba con más ímpetu del habitual. ¡Pobre hombre! Tal era su predisposición para el engaño y tan bien lo hacía que realmente creo que en ocasiones se engañaba a sí mismo haciéndose creer que era un sincero devoto del Dios del alto cielo, y lo pensaba, además, en una época en la que, por decirlo de alguna manera, era culpable de llevar a cometer a una de sus esclavas el pecado de adulterio. Los hechos fueron los siguientes: el señor Covey era un hombre pobre y comenzaba entonces a ganarse la vida. Sólo tenía dinero para comprar un esclavo y, sorprendentemente, la compró a ella, como el decía, para «criar». La mujer se llamaba Caroline. El señor Covey se la compró al señor Thomas Lowe, que vivía a unas seis millas de St. Michael's. Era una mujer grande y sana de unos veinte años que ya había dado a luz a un niño. Eso era justo lo que él buscaba. Tras comprarla, arrendó a un hombre casado del señor Samuel Harrison para que viniera a vivir con él un año. Solía encerrarlos juntos a los dos cada noche. El resultado fue que al final del año la miserable mujer dio a luz gemelos. El señor Covey parecía muy satisfecho con aquel hombre y esa desgraciada mujer. Tal era su júbilo y el de su esposa que nada de los que pudiesen hacer por Caroline durante la convalecencia del embarazo les parecía demasiado. Consideraron que los niños suponían un enorme incremento en su patrimonio.

Si hubo algún periodo de mi vida en que tuve que apurar hasta los posos del cáliz más amargo de la esclavitud, fue durante los seis meses que pasé con el señor Covey. Teníamos que trabajar, hiciera el tiempo que hiciera. Nunca hacía demasiado frío o demasiado calor, nunca llovía, ventisqueaba, granizaba o nevaba lo suficiente como para impedirnos trabajar en el campo. Trabajar, trabajar y trabajar; poco más había que hacer día y noche. Los días más largos eran para él demasiado cortos y las noches más cortas, demasiado largas.

Cuando llegué allí era un tanto rebelde, pero al cabo de unos meses la disciplina me amansó. El señor Covey consiguió domarme. Domó mi cuerpo, mi alma y mi espíritu. Mi elasticidad natural se perdió, mi intelecto languideció, me abandonó el interés por la lectura, el alegre brillo de mis ojos se apagó: la noche oscura de la esclavitud se cernió sobre mí y el hombre se convirtió en bestia.

El domingo era mi único día de descanso. Lo pasaba en una especie de sopor animal, entre el sueño y la vigilia, debajo un gran árbol. Por momentos se encendía en mí un fogonazo de energía liberadora que me atravesaba el alma, acompañado de un tenue hálito de esperanza que destellaba un momento para después desvanecerse. Entonces me volvía a hundir, lamentando mi desgraciada condición. A veces me sentía empujado a poner fin a mi vida y a la de Covey; pero una combinación de esperanza y miedo me lo impedía. Mis sufrimientos en esta plantación parecían ya más un sueño que la cruda realidad.

Nuestra casa estaba a varias varas de la Bahía de Chesapeake, cuyo amplio seno siempre estaba cubierto de embarcaciones procedentes de todos los rincones del mundo. Esas hermosas naves, engalanadas del blanco más puro, tan agradables de ver para los hombres libres, a mí me parecían fantasmas que me aterrorizaban y me atormentaban con pensamientos sobre mi triste condición. Muchas veces, en la profunda quietud de un domingo de verano, me he detenido en las majestuosas orillas de esa noble bahía y he seguido con el corazón encogido y lágrimas en los ojos el rastro de los innumerables barcos que surcaban el poderoso océano. Esa visión me afectaba profundamente. Mis pensamientos necesitaban expresarse en palabras; y allí, sin más público que el Todopoderoso, manifestaba las quejas de mi alma con mi estilo tosco e invocaba a las naves que se deslizaban por las aguas de la bahía:

Veleros, que habéis soltado amarras y navegáis libres; yo estoy encadenado y soy un esclavo. Vosotros avanzáis dichosamente empujados por el viento suave; yo huyo del látigo sangriento; vosotros sois los ángeles alados de la libertad que vuelan por el mundo; yo estoy encerrado entre barrotes de hierro. ¡Cuánto me gustaría ser libre y estar sobre una de vuestras hermosas cubiertas y debajo de vuestras velas protectoras! Distan entre nosotros aguas turbulentas. Marchaos,

marchaos. ¡Ojalá pudiera yo también marcharme! ¡Ojalá pudiera nadar, volar! ¿Por qué nací hombre?, ¿por qué me tratan como a un animal? El grácil navío se ha ido, se pierde en el horizonte mientras yo me quedo en el infierno de la esclavitud eterna. ¡Dios mío, sálvame, libérame! ¿Acaso no hay un Dios? ¿Por qué soy un esclavo? Me escaparé, no lo toleraré. O escaparme o ser capturado, lo intentaré. Prefiero morir de incertidumbre antes que por la fiebre. Sólo tengo una vida que perder. Prefiero morir huyendo a morir paralizado. Pero piénsalo un momento: ¡cien millas al norte en línea recta y eres libre! ¿No lo vas a intentar? ¡Sí! Y lo conseguiré con la ayuda de Dios. No puedo vivir y morir esclavo. Me lanzaré al agua. Esta misma bahía me conducirá a la libertad. Los barcos de vapor siguen rumbo nordeste desde North Point. Lo mismo haré yo y cuando llegué al final de la bahía dejaré mi canoa a la deriva y llegaré a través de Delaware a Pensilvania. Cuando llegue allí no necesitaré ningún permiso; allí puedo viajar sin preocupación. Aprovecha la primera oportunidad que se te ofrezca y, pase lo que pase, vete. Mientras tanto, trataré de aguantar bajo el yugo. No soy el único esclavo del mundo. ¿Por qué torturarme? Puedo aguantar más que cualquiera de ellos. Sin embargo, tan sólo soy un muchacho y todos los muchachos necesitan un tutor al que someterse. Puede que mi miseria como esclavo aumente mi felicidad cuando me libere. Vienen días mejores.

Así solía pensar y así solía hablarme a mí mismo; empujado casi a la locura en un momento y reconciliándome con mi desgraciada suerte en el siguiente.

Ya he insinuado que mis condiciones fueron mucho peores durante los primeros seis meses de mi estancia con el señor Covey que en los seis restantes. Las circunstancias que modificaron el trato que me dispensaba el señor Covey marcan una época en mi humilde historia. Han visto ya cómo un hombre se convierte en un esclavo; verán ahora cómo un esclavo se convierte en un hombre.

Uno de los días más calurosos de agosto de 1833, Bill Smith, William Hughes, un esclavo llamado Eli y yo mismo, estábamos ocupados aventando trigo. Hughes recogía el grano aventado, Eli hacía girar la eventadora, Smith la alimentaba y yo echaba el trigo. El trabajo era sencillo, requería más fuerza que

inteligencia, y aún así, para alguien que no estuviera nada acostumbrado a tales trabajos, resultaba muy pesado. A eso de las tres de la tarde de ese mismo día me vine abajo, me fallaron las fuerzas, me golpeó de repente un violento dolor de cabeza que me causó un terrible mareo. Temblaba como una hoja. Imaginándome lo que iba a ocurrir, saqué fuerzas de flaqueza, sabiendo que no podía parar de trabajar. Aguanté hasta llegar arrastrándome a la tolva de grano. Cuando ya no pude más, sentí como si me cayera empujado por un enorme peso. La aventadora, por supuesto, se paró. Cada cual tenía que hacer su propio trabajo; nadie podía hacer el trabajo del otro y seguir haciendo el suyo al mismo tiempo.

El señor Covey se encontraba en la casa, a cien yardas de la era en donde estábamos aventando. Al oír que se paraba la aventadora salió y vino inmediatamente hasta el lugar donde estábamos. Nos preguntó qué era lo que pasaba. Bill contestó que yo estaba enfermo y que no había nadie más para aventar el grano. Para entonces yo ya me había arrastrado hasta la valla que cerraba la era, pensando que al apartarme del sol me repondría. Entonces él preguntó dónde me encontraba. Uno de los peones se lo dijo. Vino hasta mí y después de mirarme un rato me preguntó qué me pasaba. Se lo expliqué lo mejor que pude, pues apenas tenía fuerza para hablar. Entonces me dio una brutal patada en el costado y me dijo que me levantara. Lo intenté, pero al intentarlo me volví a caer. Me dio otra patada y otra vez me dijo que me levantara. Lo intenté otra vez y esta vez logré sostenerme en pie, pero al inclinarme para coger el cubo con el que alimentaba la aventadora me dio otra vez el mareo y me caí. Mientras estaba ahí tirado, el señor Covey cogió la tablilla de nogal con la que Hugues dejaba a ras el medio celemín y con ella me golpeó con fuerza en la cabeza, haciéndome una gran herida de la que comenzó a salir sangre a borbotones; tras esto volvió a decirme que me levantara. Apenas intenté obedecer, pues había decidido dejar que me hiciera lo que quisiera. Poco después del golpe, mi cabeza comenzó a mejorar. El señor Covey, después de golpearme, me había abandonado a mi suerte. En ese instante decidí por primera vez ir a mi amo, denunciar lo que me había pasado y pedirle protección. Para poder hacerlo tendría que andar siete millas esa tarde, lo que,

dadas mis circunstancias, era un enorme esfuerzo. Estaba demasiado débil entre las patadas y golpes que había recibido y el mareo que había sufrido. Sin embargo esperé el momento adecuado cuando Covey estaba mirando en dirección opuesta y partí para St. Michael's. Logré avanzar una distancia considerable camino del bosque, cuando Covey me descubrió y me llamó para que volviera amenazándome con lo que me haría si no volvía. Desoí sus llamadas y sus amenazas y caminé hacia el bosque lo más rápido que pude teniendo en cuenta mi estado. Pensando que podría alcanzarme si iba por el sendero, me adentré en la espesura, manteniéndome lo suficientemente lejos del camino como para que no me viera, pero lo suficientemente cerca como para no extraviarme. Antes de que pudiera alejarme mucho me volvieron a flaquear las fuerzas. No pude continuar. Caí al suelo y me quedé allí tirado durante mucho tiempo. La herida de la cabeza seguía sangrando. Durante un momento pensé que moriría desangrado, y creo que así hubiera sido de no ser porque el cabello se apelmazó taponando la herida. Después de estar casi una hora caído, conseguí una vez más sobreponerme, me puse en pie y continué mi camino a través de barrizales y zarzales, descalzo, con la cabeza abierta y haciéndome heridas en los pies a cada paso. Tras un viaje de siete millas que tardé unas cinco horas en recorrer, llegué al almacén del amo. Tenía una apariencia tal en aquel momento que hubiera impresionado a todo aquel que no tuviera un corazón de hierro. Estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies. Mi pelo era un amasijo de polvo y sangre. Tenía varias heridas de zarzas y espinos en piernas y pies. Supongo que debía de tener la apariencia de un hombre que ha escapado de milagro de un cubil de fieras. Me presenté en este estado ante mi amo y humildemente le rogué que mediara para protegerme. Le expliqué los pormenores lo mejor que pude y pareció de veras afectado mientras se lo contaba. Se puso a dar vueltas por la habitación y trató de justificar a Covey diciendo que posiblemente yo me lo merecía. Me preguntó qué quería que hiciera. Le dije que me enviara a otro sitio, que estaba seguro de que si me enviaba de nuevo a vivir con Covey también moriría con él. El amo Thomas ridiculizó la idea de que pudiera haber algún peligro real de que el señor Covey me matara; dijo que conocía al señor Covey, que era un buen

hombre y que no era posible que me separara de él, que perdería el jornal de un año si lo hacía, que yo pertenecía por un año al señor Covey y que con él tenía que volver, fuera como fuese. Y además, me dijo que si le seguía molestando con más historias sería él personalmente el que s*e encargaría de mí*. Después de amenazarme así, me dio un buen montón de sales y me dijo que podía pasar la noche en St. Michael's (era ya muy tarde), pero que debía volver a la casa del señor Covey por la mañana temprano y que si no lo hacía *él mismo se encargaría de mí*, es decir, me azotaría. Pasé allí la noche y, cumpliendo sus órdenes partí hacia casa del amo Covey por la mañana del sábado, cansado y con el ánimo abatido. No había cenado la noche anterior y no desayuné esa mañana. Llegué a la casa de Covey a eso de las nueve, y justo cuando estaba traspasando la valla que separa nuestras tierras de las de la señora Kemps, Covey salió corriendo tras de mí con su cinto dispuesto a pegarme otra vez. Conseguí meterme en el maizal antes de que pudiera alcanzarme y, como el maíz estaba muy alto, me pude ocultar en él. Parecía muy furioso y pasó mucho tiempo buscándome. Mi comportamiento le resultaba totalmente inexplicable. Por fin abandonó la cacería; supongo que pensó que tarde o temprano acabaría yendo a la casa para buscar comida y que, por lo tanto, no merecía la pena seguir persiguiéndome. Pasé casi todo el día en el bosque ante el siguiente dilema: volver a casa y ser azotado hasta la muerte o permanecer en el bosque y morir de hambre. Esa noche me encontré a Sandy Jenkins, un esclavo al que conocía de alguna ocasión. Sandy estaba casado con una mujer libre que vivía a unas cuatro millas del señor Covey y, como era sábado, iba de camino a verla. Le conté mi situación y él me invitó amablemente a ir a su casa. Me fui con él, le conté todo el asunto y él me dijo lo que haría en mi situación. Sandy resultó ser un experimentado consejero. Me explicó con gran solemnidad que tenía que volver con Covey, pero que antes le acompañara al bosque, donde crecía cierta raíz que, si la llevaba conmigo *siempre en el lado derecho*, le impediría al señor Covey y a cualquier otro blanco pegarme. Dijo que él la había llevado durante muchos años y que desde que la llevaba no había recibido ni un solo golpe ni esperaba recibirlo. Al principio fui reacio a la

idea de que llevar una raíz en el bolsillo pudiera tener ese efecto y no estaba dispuesto a aceptarla. Sandy me insistió mucho en que lo hiciese, diciéndome que aunque no me ayudara, mal tampoco me haría. Al final, para complacerle, acepté la raíz y, siguiendo su consejo, me la puse en el lado derecho. Era domingo por la mañana. Me dirigí inmediatamente hacia casa y, cuando estaba cruzando el portón del patio, el señor Covey salió a mi encuentro. Me habló muy amablemente, me mandó llevar a los cerdos a un solar cercano y me dijo que pasara por la iglesia. La singular conducta del señor Covey me hizo realmente empezar a pensar que había algo en la raíz que me había dado Sandy y de haber sido otro día que no fuera domingo, no hubiera podido atribuir la conducta a otra causa que no fuera la influencia de esa raíz. Tal y como iban las cosas, estaba muy inclinado a pensar que la raíz tenía algo más de lo que yo pensaba en un primer momento. Todo fue bien hasta la mañana del lunes. En esa mañana se pusieron a prueba las virtudes de la raíz. Mucho antes de que amaneciera, me llamaron para ir a limpiar, cepillar y dar de comer a los caballos. Obedecí de buena gana. Pero cuando estaba haciendo la tarea encomendada, entró en el establo el señor Covey con una larga cuerda y justo cuando estaba saliendo del establo me agarró de las piernas e intentó atarme. En cuanto le vi las intenciones di un salto brusco pero, como él me estaba sujetando las piernas, fui a dar contra el suelo del establo. El señor Covey pensó entonces que ya era suyo y que podía hacer de mí lo que quisiera. Pero en ese instante, animado por un espíritu desconocido, decidí luchar y poniendo en marcha mi decisión, le agarré fuertemente por el cuello y mientras lo hacía me puse en pie. Yo le tenía agarrado y él me tenía agarrado a mí. Mi resistencia le cogió tan de sorpresa que Covey pareció retroceder. Temblaba como una hoja. Eso me dio seguridad y le agarré tan enérgicamente que hice que le brotara sangre allí donde le clavé la punta de los dedos. El señor Covey en seguida le pidió auxilio a Hughes. Hugues vino y, mientras Covey me agarraba intentó atarme la mano derecha. Mientras estaba tratando de hacerlo vi que era mi oportunidad y le di una fuerte patada a Hughes justo debajo de las costillas. Hughes no soportó la patada, así que me dejó en manos del señor Covey. La patada tuvo el efecto de debilitar tanto a Hughes como a Covey.

Cuando Covey vio a Hughes doblándose de dolor se acobardó. Me preguntó si pensaba continuar resistiendo. Le dije que sí, que pasase lo que pasase, durante seis meses me había tratado como un animal y no pensaba seguir tolerándolo. A todo esto, él trataba de arrastrarme para poder coger un palo que había justo a la salida del establo y con él intentar reducirme. Pero justo cuando se agachó para alcanzar el palo, le agarré por el cuello con ambas manos y lo lancé contra el suelo. En ese momento llegó Bill. Covey le pidió ayuda. Bill le preguntó qué tenía que hacer. Covey le dijo: «¡Agárralo! ¡Agárralo!». Bill le dijo que su amo le había arrendado para trabajar y no para ayudar a que me pegaran; así que nos dejó a mí y a Covey enzarzados en nuestra pelea. Estuvimos durante dos horas peleando. Al final, con la respiración alterada y sin resuello, me dejó ir. Me dijo que si no me hubiese resistido no me habría pegado ni la mitad de lo que lo hizo. La verdad es que casi no me pegó. De hecho, me pareció que fue él quien se llevó la peor parte, pues él a mí no me había hecho sangre y yo a él sí. Durante los seis meses siguientes que pasé con el señor Covey jamás le volvió a dominar la cólera ni me volvió a poner la mano encima. De vez en cuando decía que no quería tener que volver a pegarme. «No», pensaba yo, «ni se te ocurra hacerlo o saldrás peor parado que la otra vez».

Esta batalla con el señor Covey fue el punto de inflexión de mi vida de esclavo. Reavivó las pocas brasas de libertad que aún ardían en mí, así como el sentido de mi propia humanidad. Me hizo recuperar la confianza en mí mismo que había perdido y reafirmó mi decisión de ser libre. La satisfacción que me produjo el triunfo compensaba con creces lo que de él pudiera derivarse, aunque fuese la misma muerte. La profunda satisfacción que experimenté sólo la puede entender aquel que haya rechazado por la fuerza el sanguinario brazo de la esclavitud. Nunca me había sentido como entonces. Era una gloriosa resurrección, de la tumba de la esclavitud al cielo de la libertad. Mi espíritu, durante mucho tiempo aplastado, se volvió a poner en pie, desapareció la cobardía y su lugar lo ocupó la audacia. Entonces decidí que, por mucho tiempo que siguiera siendo formalmente un esclavo, nunca más lo sería de hecho. Quería que se supiera que cualquier hombre blanco que creyera que podía azotarme tendría primero que matarme.

A partir de entonces no volvieron a azotarme propiamente, aunque siguiera siendo un esclavo durante los siguientes cuatro años. Tuve varias peleas, pero nunca más me azotaron.

Fue durante mucho tiempo motivo de asombro para mí que el señor Covey no ordenara inmediatamente que me llevaran al poste de los azotes y se me azotase allí públicamente por el delito de alzar mi mano contra un hombre blanco en defensa propia. Incluso ahora mismo, la única explicación que puedo darme no me termina de satisfacer; pero como no tengo otra, voy a exponerla. El señor Covey gozaba de una inmensa reputación como amansador de negros y capataz de primera. Esto era para él de suma importancia. Esa fama era la que estaba en juego y si me hubiese enviado a mí (un muchacho de dieciséis años) al poste de azotes públicos, su reputación se hubiera perdido. Para mantenerla soportó que yo saliera impune.

Mi periodo de servicio oficial con el señor Covey terminó el día de Navidad del año 1833. Los días que hay entre Navidad y Año Nuevo se consideraban fiestas y, por lo tanto, no se nos exigía que hiciéramos trabajo alguno más que alimentar al ganado y cuidar de las reservas. Considerábamos estos días como propios por la gracia de nuestros amos y hacíamos uso y abuso de ellos casi a nuestro antojo. Aquellos de nosotros que tenían a su familia lejos solían obtener permiso para pasar con ella esos seis días. No obstante, ese tiempo se pasaba de diversos modos. Los más serios, sobrios, reflexivos y hacendosos de entre nosotros se dedicaban a hacer escobas, esteras, colleras y cestos; otros empleaban su tiempo en cazar zarigüeyas, liebres y mapaches. Pero la mayor parte, con mucho, se dedicaba a ejercicios y diversiones como jugar al balón, luchar, disputar carreras, tocar el violín, bailar y beber whisky; y esta última era la forma de pasar el tiempo que más satisfacía a nuestros amos. Para nuestros amos, si un esclavo trabajaba en vacaciones era porque no se las merecía. Le veían como alguien que rechazaba el favor de su amo. Se consideraba una desgracia no emborracharse en navidades y un holgazán al que no se había buscado durante el año la forma de proveerse de suficiente whisky para todas las navidades.

De entre los efectos que tienen estas vacaciones en el esclavo, uno de los que

conozco y que figura entre los más apreciados por los esclavistas es la capacidad que tienen de domar el espíritu de rebeldía. Si los esclavistas abandonaran esta práctica de repente, no dudo de que la cosa acabaría en una insurrección inmediata de los esclavos. Esas vacaciones son como pararrayos o válvulas de escape que mitigan el espíritu rebelde de la humanidad esclavizada. Si no fuera por ellas, el esclavo se vería abocado a la mayor de las desesperaciones, ¡pobre del esclavista que algún día se atreva a suprimir o dificultar la función de estos pararrayos! Predigo que, si eso tiene lugar, surgirá entre ellos un espíritu más temible que el más sobrecogedor de los terremotos.

Las vacaciones forman parte de la gran farsa, la injusticia y la inhumanidad de la esclavitud. Son, en teoría, una costumbre establecida por la benevolencia de los amos; pero lo que quiero decir es que son una consecuencia de su egoísmo y una de las farsas más groseras de las que es víctima el esclavo pisoteado. Les dan a los esclavos ese tiempo no porque quieran verlos descansar sino porque saben que sería peligroso privarles de él. Esto queda demostrado por el hecho de que a los propietarios les gusta que sus esclavos pasen esos días de tal forma que se alegren tanto del comienzo como del final de sus días libres. El objetivo es conseguir que a los esclavos les repugne la libertad haciéndoles caer en la más profunda depravación. Por ejemplo, a los propietarios no sólo les gusta ver al esclavo beber por propia voluntad sino que utilizan diversas argucias para emborracharle. Una de ellas es hacer apuestas entre sus esclavos para ver quién es capaz de beber más whisky sin emborracharse, induciendo así a muchos de ellos a beber en exceso. De ese modo, cuando el esclavo pide la libertad virtuosa, el astuto propietario le engaña con una dosis de disipación licenciosa, sutilmente etiquetada con el nombre de libertad. La mayoría de nosotros nos la tragábamos y el resultado era justo el que se puede suponer: muchos acabábamos pensando que tampoco era tanta la diferencia entre la esclavitud y la libertad. Sentíamos, con razón, que habíamos sido tan esclavos del hombre como del alcohol. Así que cuando terminaban las vacaciones nos levantábamos mareados de la inmundicia en la que nos habíamos revolcado, tomábamos aire y nos dirigíamos a los campos... sintiéndonos en términos generales más bien contentos de volver de aquello

que nuestro amo nos había tratado de hacer creer que era la libertad, otra vez a los brazos de la esclavitud.

He dicho ya que este trato es parte de todo el sistema de fraude e inhumanidad de la esclavitud, y así es. El método adoptado en este caso para que al esclavo le repugne la libertad, permitiéndole sólo abusar de ella, se aplica también a otras cosas. Por ejemplo, a un esclavo le gusta mucho la melaza y roba un poco. En muchos casos, su amo va al pueblo y compra una buena cantidad. Vuelve, coge el látigo y le ordena al esclavo que coma melaza hasta sentir arcadas con tan sólo oír el nombre. A veces se utilizaba el mismo método para conseguir que los esclavos no pidieran más comida que su ración asignada. Un esclavo agota su asignación y pide más. Su amo se enfurece, pero como no quiere que se vaya sin comer, le da comida de sobra y le obliga a comerla en poco tiempo. Entonces, si el esclavo se queja de que no puede seguir comiendo, le dice que no se satisface nunca, ni harto ni hambriento y entonces le azota por inconformista. Conozco muchos ejemplos de aplicación del mismo principio, fruto de mi observación, pero considero suficientes los casos citados. Es una práctica muy extendida.

El día 1 de enero de 1834 dejé de vivir con el señor Covey para ir a vivir con el señor William Freeland, que vivía a unas tres millas de St. Michael's. En seguida me di cuenta de que el señor Freeland era un hombre bien distinto al señor Covey. Aunque no era rico, era lo que se podría llamar un educado gentilhombre sureño. El señor Covey, como he mostrado, era un experto capataz y amansador de negros. El primero (a pesar de ser esclavista) parecía tener cierto sentido del honor, cierto respeto a la justicia y cierta estima por la humanidad. El segundo parecía completamente insensible a estos sentimientos. El señor Freeland tenía muchos de los defectos propios de esclavista, como los de ser colérico y nervioso, pero he de decir en su favor que estaba libre de esos otros vicios perniciosos a los que era adicto el señor Covey. Uno era abierto y franco y siempre sabíamos dónde localizarle. El otro era un tramposo muy astuto y sólo podían entenderle aquellos lo suficientemente hábiles como para percibir sus sutiles engaños. Otra ventaja de mi nuevo amo era que no tenía pretensiones religiosas ni hacía profesión alguna de fe y eso, en mi opinión, ya

era una gran ventaja. Afirmo, sin la menor vacilación, que la religión del Sur es tan sólo una tapadera para cubrir los más horribles crímenes, una justificación para la barbarie más sobrecogedora, santificadora de las más repugnantes mentiras y tenebroso cobijo donde hayan total protección los actos más oscuros, viles, brutales e infernales de los esclavistas. Si volviera a caer bajo las cadenas de la esclavitud, consideraría la mayor de las calamidades que al hecho de ser esclavo se le sume tener un amo religioso. Pues de todos los esclavistas que he conocido, los religiosos son los peores. Siempre me han mostrado ser los más mezquinos y viles, los más crueles y cobardes de todos. Tuve la desdichada suerte no sólo de pertenecer a un esclavista religioso sino de vivir en una comunidad de personas religiosas del mismo tipo. Muy cerca del señor Freeland vivía el reverendo Daniel Weeden, y en la misma zona, el reverendo Rigby Hopkins. Ambos eran miembros y ministros de la Iglesia metodista. El señor Weeden poseía, entre otros esclavos, a una mujer de cuyo nombre me he olvidado. Dicha mujer tenía la espalda literalmente en carne viva durante semanas enteras debido al látigo de ese desalmado canalla religioso. Solía arrendar peones. Su máxima era: se porte bien o mal el esclavo, el amo ha de azotarle de vez en cuando para recordarle que tiene autoridad sobre él. Tal era su teoría, y también su práctica.

El señor Hopkins era todavía peor que el señor Weeden. Se ufanaba de su habilidad para hacerse con los esclavos. El punto central de su sistema era azotar a los esclavos antes de que se lo mereciesen. Se las arreglaba de tal modo que todos los lunes siempre había como mínimo un esclavo al que azotar. Lo hacía para amedrentar a este e infundir terror sobre los que se habían librado. Su método consistía en azotar por cada pequeña infracción para evitar así que se cometieran las grandes. El señor Hopkins siempre encontraba alguna excusa para utilizar el látigo. A cualquiera que no esté acostumbrado a la vida del esclavista le sorprendería ver con qué facilidad puede encontrar un amo motivo para azotar a un esclavo. Una simple mirada, una palabra, un movimiento, una equivocación, un accidente o la falta de energía son motivos todos ellos por los que se puede azotar en cualquier momento a un esclavo. ¿Un esclavo parece insatisfecho? Se dice que tiene el demonio dentro y se le saca a latigazos. ¿Le

levanta la voz a su amo? Se le están subiendo los humos y hay que bajárselos. ¿Se olvidó de quitarse el sombrero ante una persona blanca? Le está faltando al respeto, y hay que azotarle. ¿Tiene el atrevimiento de tratar de justificar su conducta cuando le reprenden? Entonces es culpable de insolencia, uno de los delitos más graves en los que puede incurrir un esclavo. ¿Se atreve a proponer un modo distinto de hacer algo que el propuesto por el amo? Entonces es un presuntuoso y tiene que saber cuál es su lugar, y sólo el látigo se lo puede enseñar. ¿Rompe un arado o una azada mientras los utiliza? Se debe a su falta de cuidado, y a un esclavo hay siempre que azotarle por una cosa así. El señor Hopkins siempre encontraba una razón de este tipo para usar el látigo y rara vez desaprovechaba una oportunidad. No había un sólo hombre en todo el condado con el que los esclavos que pudiesen elegir no prefirieran vivir antes con otro amo que con el reverendo señor Hopkins. Y, sin embargo, tampoco había ni un solo hombre en los alrededores que hiciese mayor profesión de religiosidad ni estuviera más activo en las celebraciones religiosas, más atento en clase, en los ágapes, oraciones y sermones o que fuera más devoto con su familia, que rezara antes, después, más alto o durante más tiempo, que este mismo reverendo esclavista, Rigby Hopkins.

Pero volvamos al señor Freeland y a mi experiencia cuando trabajé para él. Él, como el señor Covey, nos daba comida suficiente pero, al contrario que el señor Covey, sí nos daba tiempo suficiente para comerla. Nos hacía trabajar duro, pero siempre entre el amanecer y la puesta de sol. Nos exigía una buena cantidad de trabajo, pero nos facilitaba buenas herramientas para hacerlo. Su granja era grande, pero tenía las manos suficientes para trabajar en ella, incluso holgadamente, si la comparamos con otras muchas granjas vecinas. El trato que me dispensó mientras estuve a su servicio fue celestial comparado con el que padecí a manos del señor Edward Cowey.

El señor Freeland poseía, por su parte, sólo dos esclavos. Se llamaban Henry Harris y John Harris. El resto de sus peones eran arrendados. Estos eran Sandy Jenkins,[41] Handy Caldewell y yo mismo. Henry y John eran muy inteligentes y poco después de que yo llegara allí, logré despertar en ellos un fuerte deseo de aprender a leer. No tardó en surgir también ese deseo en los demás. Reunieron

en seguida unos cuantos viejos silabarios y me insistieron en organizar una escuela de Sabbat. Yo accedí y comencé a dedicar mis domingos a enseñar a mis queridos compañeros esclavos a leer. Ninguno de ellos sabía las letras cuando llegué allí. Algunos de los esclavos de las granjas vecinas se enteraron de lo que estaba pasando y también se permitieron a sí mismos esta pequeña oportunidad de aprender a leer. Se sobreentendía entre los que venían que todo debía hacerse con la mayor discreción. Era necesario que nuestros religiosos amos de St. Michael's ignoraran el hecho de que, en vez de pasar el Sabbat luchando, boxeando y bebiendo whisky, estábamos tratando de aprender a leer la voluntad de Dios, puesto que a ellos les gustaba mucho más vernos dedicados a aquellas denigrantes actividades que comportándonos como seres intelectuales, morales y responsables. Me hierve la sangre cuando pienso en la cruel manera con la que los señores Wright, Fairbanks y Garrison West, ambos líderes, junto a muchos otros, se precipitaron sobre nosotros con palos y piedras y nos destrozaron nuestra virtuosa escuela de Sabbat en St. Michael's. ¡Todos ellos se llaman a sí mismos cristianos!, ¡humildes seguidores de nuestro Señor Jesucristo! Pero otra vez estoy divagando.

Erigí mi escuela de Sabbat en la casa de un hombre negro y libre, cuyo nombre no seré tan imprudente de mencionar; si se diera a conocer, pasaría grandes apuros, aunque el crimen de abrir una escuela se cometiera hace diez años. Tuve más de cuarenta alumnos a la vez, y de los buenos, de los que estaban deseosos de aprender. Eran de todas las edades, aunque principalmente hombres y mujeres adultos. Me acuerdo de esos domingos y siento un placer inenarrable. Fueron días grandes para mi alma. El trabajo de instruir a mis queridos compañeros esclavos ha sido la tarea más agradable con la que he sido bendecido. Nos queríamos los unos a los otros, separarme de ellos al final del Sabbat era una dolorosa cruz. Cuando pienso que esas preciosas almas están hoy día acalladas en la prisión de la esclavitud, me abruman los sentimientos y casi me pregunto: «¿De veras gobierna el universo un Dios justo?; ¿y por qué sostiene truenos en su mano derecha si no es para abatir al opresor y liberar al expoliado de la mano del expoliador?» Aquellas mis queridas almas no asistían a la escuela de Sabbat porque fuese popular hacerlo, ni yo les enseñaba porque

me fuera a dar algún prestigio. Cada instante que pasaban en la escuela corrían el peligro de que les descubrieran y les diesen treinta y nueve latigazos. Venían porque querían aprender. Sus almas habían sido expoliadas por su cruel amo. Les habían recluido en la oscuridad mental. Les enseñé porque era deseo de mi alma hacer algo que pudiera mejorar la condición de mi raza. Mantuve la escuela prácticamente todo el año que viví con el señor Freeland y, más allá de mi escuela de Sabbat, dedicaba tres noches a la semana durante el invierno a enseñar a los esclavos en casa. Y tengo el placer de saber que varios de los que vinieron a la escuela de Sabbat saben ahora leer y que uno al menos es ahora libre por mediación mía.

El año pasó sin altibajos. Pareció sólo la mitad de largo que el año precedente. Pasé por él sin recibir un solo golpe. Otorgaré al señor Freeland el honor de ser el mejor amo que he tenido, *hasta que me convertí en mi propio amo*. Pero la facilidad con la que se me pasó el año se debe sin embargo a la sociedad de mis compañeros esclavos. Eran almas nobles; sus corazones no sólo eran buenos sino que también eran bravos. Nos unían sólidos lazos. Yo les quería con un amor más fuerte que nada que haya conocido desde entonces. A veces se dice que los esclavos no nos amamos ni confiamos los unos en los otros. En respuesta a esta afirmación, puedo decir que nunca he amado a nadie ni he confiado en nadie tanto como en mis compañeros esclavos y especialmente en aquellos con los que viví en casa del señor Freeland. Creo que hubiéramos muerto los unos por los otros. Nunca emprendimos nada, tuviera la importancia que tuviera, sin consultarnos antes. Nunca actuamos por separado. Éramos uno, lo eramos tanto por temperamento y disposición como por las miserias a las que estábamos todos inevitablemente sometidos por nuestra condición de esclavos.

Al finalizar el año 1834, el señor Freeland me arrendó de nuevo a mi amo para el año 1835. Pero, por aquella época, ya comenzaba a querer vivir más *sobre free land* [tierra libre] *que con Freeland*. No me contentaba ya con vivir ni con él ni con cualquier otro esclavista. Comencé, con el año, a prepararme para una lucha final que había tomado la decisión de disputar algún día. Mi

tendencia se acentuaba. Rápidamente iba haciéndome cada vez más humano, pero pasaban los años y seguía siendo un esclavo. Estos pensamientos me enardecían, tenía que hacer algo. Así que decidí que no pasaría 1835 sin que tratase de lograr mi libertad. Pero no estaba dispuesto a tomar la decisión yo solo. Necesitaba a mis compañeros esclavos. Estaba deseando que participaran conmigo en esto, la decisión de mi vida. Enseguida, aunque con prudencia, comencé a determinar sus perspectivas y sentimientos sobre su propia condición y a imbuir en sus mentes pensamientos de libertad. Me dediqué a estudiar vías y modos de fugarnos y, a su vez, trataba de convencerles cada vez que tenía la ocasión del grosero fraude y la inhumanidad de la esclavitud. Primero me acerqué a Henry, después a John, luego a otros. Encontré en todos ellos corazones cálidos y espíritus nobles. Estaban preparados para oír y listos para actuar cuando se les propusiera un plan realizable. Eso es lo que quería. Hablé con ellos de nuestra necesidad de volver a ser hombres y no resignarnos a nuestra esclavitud sin al menos un noble esfuerzo de liberación. Nos reuníamos a menudo, nos consultábamos con frecuencia y hablábamos de nuestros miedos y esperanzas, relatábamos las dificultades, las reales y las imaginarias, que creíamos nos íbamos a encontrar. A veces estábamos casi inclinados a ceder y contentarnos con nuestra desdichada suerte, otras nos mostrábamos firmes e inflexibles en nuestra decisión de irnos. Siempre que surgía algún plan, surgía también el miedo... los inconvenientes eran temibles. Nuestra ruta estaba plagada de los mayores obstáculos y, además, si conseguíamos alguna vez llegar hasta el final, no quedaba claro si tendríamos derecho a ser libres y correríamos el peligro de volver a ser esclavos. No éramos capaces de ver lugar alguno a este lado del océano en donde poder ser libres. No sabíamos nada de Canadá. Nuestro conocimiento del Norte no pasaba de más allá de Nueva York. Además, la idea de vivir allí constantemente obsesionados con la posibilidad de ser devueltos a la esclavitud, sumada a la certeza de que si volviéramos se nos trataría diez veces peor que antes, era algo horrible y difícil de asimilar. A veces lo planteábamos de tal modo que veíamos un vigilante en cada puerta, un guardia en cada transbordador, un centinela en cada puente y una patrulla en cada bosque. Estábamos rodeados por todas

partes. He aquí nuestras dificultades, reales o imaginarias; lo que debíamos buscar y aquello que debíamos evitar. De una parte, estaba la esclavitud, una cruda realidad que brillaba aterradora sobre nosotros, con sus vestiduras teñidas con la sangre de millones de hombres y que en esos momentos se alimentaba incluso de nuestra propia carne. De la otra parte había, en la incierta lejanía, bajo la luz parpadeante de la Estrella Polar, tras algún monte escarpado o alguna montaña cubierta de nieve, una dudosa libertad (medio congelada) convocándonos a compartir su hospitalidad. Eso por sí solo era ya suficiente para que nos echáramos atrás, pero si además examinábamos el camino nos horrorizábamos. En casa sitio veíamos una muerte segura que adoptaba las formas más horribles. Ahora era el hambre, que nos obligaba a comer nuestra propia carne, ahora luchar contra las olas, y nos ahogábamos, ahora acabar en las fauces de unos terribles sabuesos. Nos picaban escorpiones, nos perseguían animales salvajes, nos mordían serpientes y, por si fuera poco, cuando casi habíamos llegado al punto deseado, después de cruzar ríos a nado, enfrentarnos a las fieras, dormir en los bosques, sufrir hambre y desnudez, nuestros cazadores nos prendían y al resistirnos ¡allí mismo nos daban muerte! Ya digo que esa estampa a veces nos sobrecogía hasta hacernos preferir «lo malo conocido a lo bueno por conocer».

Al tomar la firme decisión de escapar, llegamos más lejos que Patrick Henry, ya que resolvimos decidir entre libertad o muerte[42]. En nuestro caso la libertad era extremadamente incierta, y la muerte, casi segura. Por mi parte, prefería la muerte a la esclavitud sin esperanza.

Sandy, uno de los nuestros, renunció a esa idea, pero siguió animándonos. Nuestro grupo se componía entonces de Henry Harris, John Harris, Henry Bailey, Charles Roberts y yo. Henry Bailey era mi tío y pertenecía a mi amo. Charles se casó con mi tía y pertenecía al suegro de mi amo, el señor William Hamilton.

Acordamos el siguiente plan: coger una canoa grande del señor Hamilton y remontar el río en dirección a la bahía de Chesapeake la noche del sábado anterior a las fiestas de Pascua. Cuando llegásemos al final de la bahía, a una distancia de setenta u ochenta millas de donde vivíamos, teníamos la intención

de dejar nuestra canoa a la deriva y seguir la guía de la Estrella Polar hasta rebasar los límites de Maryland. Nuestra razón para elegir una ruta fluvial era que así corríamos menos peligro de parecer fugitivos y teníamos la esperanza de que nos confundieran con pescadores; en cambio, si hacíamos una ruta por tierra sufriríamos contratiempos de todo tipo. Cualquier blanco que así lo quisiera podía pararnos y someternos a examen.

La semana anterior a la fecha acordada de nuestra partida escribí varios salvoconductos, uno para cada uno de nosotros. Estaban, si no me falla la memoria, redactados en los siguientes términos:

> Certifico por la presente que yo, el abajo firmante, he dado al portador, sirviente mío, plena libertad para ir a Baltimore a pasar las vacaciones de Pascua. Escrito de mi propia mano, etc., 1835.
>
> William Hamilton,
> *Cerca de St. Michael's, en el condado de Talbot, Maryland*

No íbamos a Baltimore, pero remontando la bahía pasábamos por allí, y estos salvoconductos sólo nos protegerían mientras pasáramos por la bahía.

A medida que se acercaba el momento de nuestra partida, iba haciéndose más intensa nuestra angustia. Era para nosotros una cuestión de vida o muerte. Estaba a punto de ponerse del todo a prueba la fuerza de nuestra determinación. En este momento, yo andaba muy atareado en explicar cada dificultad, eliminar cada duda, dispersar cada miedo e infundir a todos el aplomo necesario para que nuestra empresa llegara a buen puerto; les aseguraba que habríamos logrado la mitad de nuestro objetivo en el instante en que nos dispusiéramos a marchar. Habíamos hablado ya lo suficiente, estábamos preparados para irnos; si no lo hacíamos entonces no lo haríamos nunca, y si no éramos capaces de ponernos en ese momento en marcha mejor que nos cruzáramos ya de brazos y aceptáramos que sólo servíamos para esclavos. Y ninguno de nosotros estaba dispuesto a reconocer esto. Nos mantuvimos firmes en el empeño y en nuestra última reunión nos prometidos de nuevo solemnemente que en el momento acordado partiríamos en busca de la libertad sin dudarlo. Esto fue a mediados de semana y teníamos que partir

antes del domingo. Fuimos como cada día a trabajar a nuestros campos, pero con el pensamiento agitado por los muchos riesgos de nuestra empresa. Tratamos de ocultar nuestros sentimientos en lo posible y creo que conseguimos hacerlo bastante bien.

Tras una dolorosa espera, llegó la mañana del sábado cuya noche sería testigo de nuestra partida. La esperaba con alegría, sin importarme las tristezas que pudiera acarrear. Pasé la noche del viernes en vela. Seguramente estaba más nervioso que el resto, ya que, por consenso, tenía que ocuparme de todos los pormenores. La responsabilidad de éxito o fracaso recaía fuertemente sobre mí. La gloria del primero y la vergüenza del segundo era mías por igual. Nunca experimenté antes ni quiero volver a experimentar nada similar. Por la mañana temprano fuimos como siempre hacia el campo. Estábamos esparciendo estiércol cuando de repente me sobrecogió una sensación indescriptible, a resultas de lo cual me volví hacia Sandy, que estaba cerca de mí y le dije: «¡Nos han traicionado!», «¡Vaya!», me dijo, «acabo de pensar lo mismo yo». No dijimos más. Nunca estuve más seguro de algo.

Sonó la corneta como siempre y subimos de los campos para desayunar a la casa. Fui por cumplir las formas más que porque tuviera hambre. Al llegar a casa miré a través del portón y vi venir a cuatro hombres blancos con otros dos de color. Les observé hasta que llegaron a nuestro portón. Se pararon y ataron a los hombres de color al poste. Todavía no sabía bien lo que pasaba. Instantes después llegó el señor Hamilton con una premura que indicaba nerviosismo. Vino hasta la puerta y preguntó si el amo William estaba allí. Le dijeron que estaba en el pajar. Entonces el señor Hamilton se dirigió hacia allí sin siquiera desmontar, a gran velocidad. Unos instantes después regresó a casa con el señor Freeland. Por entonces los tres guardias ya habían aparecido, desmontado rápidamente y atado los caballos y fueron al encuentro del amo William y el señor Hamilton, que volvía del pajar. Después de hablar un rato se dirigieron hacia la puerta de la cocina. En la cocina estábamos solos John y yo. Henry y Sandy estaban arriba en el pajar. El señor Freeland asomó la cabeza y me llamó diciendo que había unos señores que deseaban verme. Fui hasta allí y pregunté qué querían. Me sujetaron inmediatamente y, sin mediar explicación, me

ataron fuertemente las manos. Yo insistí en saber lo que pasaba. Me dijeron por fin que estaba metido en un «aprieto», que me iban a interrogar delante de mi amo, pero que si la información resultaba falsa no me harían ningún daño.

En seguida lograron también atar a John. Después se dirigieron a Henry, que por entonces ya había vuelto, y le ordenaron juntar las manos. «¡No lo haré!», dijo Henry, con una voz firme, indicando que estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de su negativa. «¿Que no lo harás?», le dijo Tom Graham, el guardia. «¡No, no lo haré!», dijo Henry alzando más la voz. Entonces dos de los guardias sacaron sus pistolas y juraron por Dios que si no juntaba las manos le matarían. Amartillaron las dos armas y con el dedo en el gatillo se acercaron a la vez a Henry mientras le decían que como no juntara las manos le iban a reventar el maldito corazón. «¡Disparad, disparad!», dijo Henry, «¡sólo podéis matarme una vez! ¡maldita sea! ¡No me ataréis!», dijo desafiante. En ese momento, raudo como un rayo les quitó a los guardias las pistolas de las manos. Al hacerlo, estos comenzaron a golpearle, consiguieron controlarle y le ataron.

Durante la pelea, no sé cómo, conseguí echar al fuego mi permiso sin que me vieran. Ya estábamos todos atados e íbamos a partir para la cárcel cuando llegó hasta la puerta Besty Freeland, madre de William Freeland, con las manos llenas de galletas, que repartió entre Henry y John. Luego se permitió hablar y, dirigiéndose a mí, dijo: «¡tú, demonio!, ¡demonio amarillo! Tú fuiste el que metiste en las cabezas de Henry y John la idea de escapar. Si no hubiese sido por ti, ¡demonio mulato y zancudo!, a Henry y a John no se les hubiera ocurrido jamás tal idea». No contesté. Entonces me llevaron rápidamente a St. Michael's. Momentos antes de la pelea con Henry, el señor Hamilton sugirió que convendría realizar un registro en busca de los salvoconductos que, según tenía entendido, Frederick había escrito para él y los demás. Pero en el preciso instante en el que iba a procederse a ese registro fue necesaria la ayuda del señor Hamilton para atar a Henry y el nerviosismo de la pelea hizo que olvidaran o consideraran peligroso realizar un registro dadas las circunstancias. Así que todavía no se había probado que tuviéramos intención de escapar.

Cuando íbamos por la mitad del camino hacia St. Michael's, mientras los

guardias que nos llevaban miraban hacia delante, Henry me preguntó qué debía hacer con el pase. Le dije que se lo tragara con una galleta y no confesase nada. Transmitimos así la consigna de «No confesar nada», y así lo dijimos todos. La confianza mutua era sagrada. Estábamos decididos a triunfar o fracasar juntos después de haber sufrido tantas desgracias. Estábamos preparados para cualquier cosa. Esa mañana nos iban a hacer caminar durante quince millas y después nos dejarían en la cárcel de Easton. Cuando llegamos a St, Michael's nos hicieron una especie de interrogatorio. Todos negamos que tuviéramos intenciones de escapar. Hicimos esto más para descubrir qué pruebas tenían contra nosotros que porque tuviéramos esperanza alguna de ser absueltos, pues como he dicho, estábamos preparados para esto. El hecho era que nos importaba poco dónde nos mandaran si íbamos juntos. Temíamos sobre todo que nos separaran, lo temíamos más que ninguna otra cosa en esta vida. Descubrimos que la prueba acusatoria era el testimonio de una persona, nuestro amo no nos dijo quién, pero todos llegamos a una decisión unánime sobre quién había sido el soplón. Nos enviaron a la cárcel de Easton. Cuando llegamos allí nos entregaron al *sheriff*, el señor Joseph Graham, que nos metió en la cárcel. A Henry a John y a mí nos pusieron juntos en una celda y a Charles y a Henry Bailey en otra. Su intención al separarnos era que no pudiéramos ponernos de acuerdo.

Llevábamos apenas veinte minutos en las celdas cuando un gran número de esclavistas y otros que trabajaban para ellos entraron a tropel en la prisión para vernos y enterarse si estábamos en venta. ¡Nunca antes había visto una cuadrilla semejante! Me sentí rodeado por agentes del mal. No había existido jamás banda de piratas que se pareciera más a su padre, el Diablo. Nos miraban, se reían y soltaban carcajadas diciendo: «¡Ay, hijos míos! Os hemos pillado, ¿verdad?» Y después de burlarse de nosotros de diversos modos, nos comenzaron a examinar de diferentes maneras para calcular nuestro valor. Nos hacían la impertinente pregunta de si nos gustaría tenerles como amos. Nosotros no les contestábamos y dejábamos que lo adivinaran. Entonces nos insultaban y maldecían, diciéndonos que si caíamos en sus manos pronto nos

sacarían el demonio del cuerpo.

Las condiciones de la prisión eran mucho mejores de lo que pensábamos cuando nos llevaron para allá. La comida que nos daban no era buena ni abundante pero teníamos una habitación limpia y amplia desde cuyas ventanas podíamos ver la calle, lo cual era mucho mejor que si nos hubieran encerrado en una celda fría y oscura. En conjunto tuvimos suerte con la cárcel y el carcelero. Al acabar las vacaciones, en contra de nuestras predicciones, aparecieron en prisión el señor Hamilton y el señor Freeland y sacaron de la prisión a Charles, a Henry y a John y se los llevaron a casa, dejándome a mí solo. La separación me pareció entonces definitiva. Fue lo más doloroso de todo lo que pasó. Estaba preparado para todo menos para la separación. Imaginé que se habían reunido y habían acordado que como yo era el causante de que los demás hubiesen tenido la tentación de escapar, no había por qué hacer sufrir al inocente por el culpable, y habían tomado la determinación de llevarse a los otros a casa y a mí venderme para que sirviera de ejemplo a los demás. He de decir en honor al noble Henry que se mostró casi tan reacio a abandonar la prisión como se había mostrado a entrar en ella. Sabíamos sin embargo, que si nos vendían, nos separarían inevitablemente; así pues, Henry decidió al final volver a casa pacíficamente.

Yo me quedaba abocado a mi propio destino. Estaba completamente solo y encerrado entre la paredes de una cárcel de piedra. Tan sólo unos días antes estaba lleno de esperanza. Esperanza de haber podido ponerme a salvo en una tierra de libertad. Pero ahora estaba sumido en la tristeza y hundido en la más absoluta desesperación. Pensé que la posibilidad de ser libre se había esfumado. Estuve casi una semana en la prisión, al final de la cual, para mi sorpresa y asombro se presentó el capitán Auld, mi amo, y me sacó de allí con la intención de mandarme con un caballero que conocía en Alabama. Pero, por no sé muy bien qué razón, al final no me envió a Alabama, sino que volví a Baltimore a vivir de nuevo con mi amo Hugh y a aprender un oficio.

Tras una ausencia de tres años y un mes se me permitía volver a mi viejo hogar en Baltimore. Mi amo me envió allí, temeroso de que pudieran matarme a causa de los grandes prejuicios que había contra mí en la comunidad.

Pocas semanas después de llegar a Baltimore, el amo Hugh me arrendó al señor William Gardner, un importante constructor de buques de Fell's Point. Me llevó allí para que aprendiera a calafatear. Resultó, sin embargo, un lugar poco adecuado para ello. Esa primavera el señor Gardner estaba construyendo dos grandes bergantines de guerra para el gobierno de México. Los buques tenían que botarse antes del mes de julio de ese año y si no se entregaban a tiempo el señor Gardner perdería una gran suma de dinero, así que cuando llegué allí todo eran prisas. No había tiempo de aprender nada. Cada hombre tenía que hacer lo que ya sabía. Al llegar al astillero, el señor Gardner me ordenó hacer lo que me mandaran los carpinteros. Eso significaba ponerme a disposición de unos sesenta y cinco hombres. Debía considerar a todos como mis amos. Sus palabras eran para mí órdenes. Mi situación era de lo más compleja. Por momentos no me hubieran bastado ni doce pares de manos. Me llamaban a la vez de doce sitios en un solo minuto. En mis oídos reverberaban simultáneamente cuatro voces. Oía: «¡Ayúdame a mover esta madera, Fred!», «¡llévate esta madera para allá, Fred!», «¡tráeme ese rodillo!, Fred», «¡ve a por agua, Fred!», «¡ayúdame a serrar la punta de esta tabla, Fred!», «¡agarra la punta de este cabo, Fred!», «¡vete a la fragua y tráete un nuevo punzón!», «¡vamos, Fred, corre y tráeme un cortafríos!», «¡venga Fred!, ¡ayuda un poco y enciende ya el fuego de esa caldera!», «¡eh, negro, ven a dar vueltas a la muela!», «¡vamos, vamos, muévete de una vez!», «¡empuja esta tabla hacia adelante!», «¡maldita sea, negrito ¿por qué no calientas un poco de brea?», «¡oye!», «¡oye!», «¡oye!» (tres voces a la vez), «¡ven aquí!», «¡vete para allá!», «¡quédate donde estás!», «¡maldita sea!, ¡no te muevas o te reviento el cráneo!».

Esa fue mi escuela durante ocho meses y hubiera seguido allí más tiempo si no hubiera sido por una terrible pelea que tuve con cuatro de los aprendices blancos en la que estuvieron a punto de sacarme el ojo derecho y me dejaron completamente magullado. Los hechos fueron como sigue: hasta poco después de que yo llegara, trabajaban codo con codo los carpinteros blancos con los carpinteros negros, sin que nadie viera en ello nada extraño. Todos parecían de acuerdo. Muchos de los carpinteros negros eran hombres libres. Todo parecía ir bien cuando, de pronto, los carpinteros negros se plantaron y dijeron que no

querían seguir trabajando con trabajadores negros y libres. La razón argüida fue que si se dejaba espacio a los carpinteros negros, pronto estos se quedarían con todo el trabajo y los pobres blancos se quedarían sin empleo. Acordaron entonces poner fin a todo eso. Y aprovechando que el señor Gardner estaba apurado, dejaron de trabajar y juraron que no trabajarían hasta que no despidiese a los carpinteros negros. Aunque esto no me incluía en principio, me afectó igualmente. Enseguida, el resto de mis compañeros aprendices comenzaron a considerar degradante el trabajar conmigo. Empezaron a darse aires y a decir que los «negros» estaban apoderándose del país y que había que matarlos a todos, así que, animados por los oficiales trataron de ponerme las cosas muy difíciles, me intentaron intimidar e incluso a veces llegaron a pegarme. Yo cumplí, por supuesto, con el juramento que había hecho tras mi pelea con el señor Covey y respondí a sus golpes sin sopesar las consecuencias. Y mientras pude evitar que se unieran contra mí me fue bastante bien. Pero al final se juntaron todos y fueron a buscarme armados con palos, piedras y ferrallas. Me atacaron uno por delante, dos a los lados y otro por detrás. Mientras me enfrentaba al de delante y a los de los lados, el de detrás se abalanzó sobre mí con una ferralla y me dio un golpe muy fuerte en la cabeza. Quedé conmocionado, caí al suelo y aprovecharon para echarse encima de mí y empezar a darme puñetazos. Les dejé que lo hicieran mientras recuperaba fuerzas. Entonces me levanté de pronto, apoyándome sobre manos y rodillas. En el momento en el que estaba haciéndolo uno de ellos me pegó con su gruesa bota una patada en el ojo izquierdo. Pensé que me había reventado el globo ocular. Cuando vieron que se me había cerrado el ojo y que lo tenía muy hinchado, me dejaron. Cogí entonces yo la ferralla y les perseguí durante un rato. Pero entonces intervinieron los carpinteros y pensé que sería mejor dejarlo. Era imposible enfrentarse a tantos. Todo esto tuvo lugar bajo la mirada de por lo menos cincuenta carpinteros navieros blancos. Ninguno de ellos profirió palabra alguna de aliento hacia a mí sino, más bien al contrario, gritaban: «¡Matad a ese maldito negro! ¡Matadle! ¡Le pegó a un blanco!». Me di cuenta de que sólo huyendo podía salvar la vida. Conseguí salir de allí sin recibir más golpes, porque pegar a un blanco significa la muerte según la Ley

del Linchamiento,[43] y esa era la ley en el astillero del señor Gardner; aunque tampoco es que hubiera otra distinta fuera de allí.

Me fui directamente a casa y le expliqué la injusticia a mi amo Hugh, y aunque no era religioso, me alegra poder decir que su conducta fue celestial en comparación con la que mostró su hermano Thomas en circunstancias similares. Escuchó atentamente mi relato de las circunstancias que habían conducido a la brutal agresión y me mostró su firme indignación. El corazón de mi otrora bondadosa ama volvió a ablandarse. Mi ojo hinchado y mi rostro cubierto de sangre le hicieron llorar. Se sentó a mi lado, me lavó la sangre de la cara, me vendó la cabeza con la ternura de una madre y me puso un trozo de carne fresca sobre el ojo. Casi compensó todos mis sufrimientos el volver a ser testigo de una manifestación de bondad por parte de ella, la que en otros tiempos fuera mi buena ama. El amo Hugh estaba enfurecido. Expresó sus sentimientos maldiciendo los nombres de los autores de aquello. En cuanto me repuse de los golpes me condujo al despacho del señor Watson, en la calle Bond, para ver qué se podía hacer con la cuestión. El señor Watson preguntó quién había sido testigo de la agresión. El amo Hugh le explicó que se cometió a plena luz del día en el astillero del señor Gardner, delante de un gran grupo de hombres trabajando. El amo dijo: «Hubo una agresión y no hay duda de quiénes la hicieron». La respuesta del señor Watson fue que si ningún blanco prestaba declaración él no podía hacer nada. Dijo que mi palabra no era suficiente garantía. Si me hubiesen matado en presencia de mil personas de color, no habría bastado el testimonio de todas ellas para detener siquiera a uno de los asesinos. El amo se vio por una vez obligado a decir que la situación no le parecía justa. Resultaba, por supuesto, imposible conseguir que un blanco diera testimonio voluntariamente a mi favor y en contra de los chicos blancos. Ni siquiera los más allegados a mí se hubieran atrevido a hacerlo. Hacía falta un coraje desconocido para testificar y es que, por entonces, la más pequeña manifestación de humanidad hacia una persona de color se denunciaba como abolicionismo y ese calificativo implicaba enormes riegos para aquel al que se le aplicaba. Las consignas de los más iracundos de la zona eran «¡malditos sean los abolicionistas!» y «¡malditos sean los negros!». No se podía hacer nada, ni

siquiera si me hubiesen matado. Así eran las cosas y así siguen siendo en la cristiana ciudad de Baltimore.

Al saber el amo Hugh que no recibiría compensación alguna, me impidió volver con el señor Gardner. Se hizo cargo de mí y su esposa me cuidó hasta que me recuperé del todo. Entonces me llevó hasta el astillero donde se trabajaba como capataz al servicio del señor Walter Price. Allí me pusieron inmediatamente a calafatear y pronto aprendí el arte del mazo y las ferrallas. Un año después de dejar el astillero del señor Gardner, ya percibía el salario de los calafateadores de mayor experiencia. Pasé a resultar de una cierta importancia para mi amo. Le llevaba de seis a siete dólares por semana, a veces incluso hasta nueve. Mi salario era de dólar y medio al día. Tras aprender a calafatear, busqué trabajo por mi cuenta. Yo acordaba las condiciones económicas y me quedaba con el dinero que ganaba. Todo se me hizo más llevadero que antes, mi condición había mejorado mucho. Cuando no conseguía trabajar de calafateador no hacía nada. En esos periodos de asueto volvía a asaltarme la idea de libertad. Cuando trabajaba en el astillero del señor Gardner estaba tan ocupado y nervioso que no podía pensar en nada más que en mi vida, y al pensar en mi vida me olvidaba de mi libertad. Mi experiencia como esclavo me ha llevado a darme cuenta de lo siguiente: siempre que mis condiciones mejoraban, en vez de aumentar mi satisfacción, aumentaba mi deseo de ser libre y me ponía a idear planes para conseguir la libertad. Me he dado cuenta de que para tener un esclavo contento es necesario impedir que piense. Es necesario sumir su mente y su sentido moral en la oscuridad, así como aniquilar su capacidad de razonar. No debe poder apreciar contradicción alguna en el sistema de la esclavitud, hay que hacerle creer que la esclavitud es justa, y sólo se le puede inculcar esa idea anulando su humanidad.

Yo ya ganaba por entonces, como he dicho, un dólar y cincuenta centavos diarios. El precio lo pactaba yo mismo, a mí me lo pagaban, era mío de pleno derecho; sin embargo, cuando llegaba el sábado por la noche me veía obligado a entregarle al amo Hugh hasta el último centavo. ¿Por qué? No porque se lo hubiera ganado él, no porque le perteneciera, no porque tuviera ningún derecho sobre él, sino solamente porque tenía el poder de obligarme a dárselo.

Es exactamente el mismo derecho que el pirata de fiero semblante tiene en alta mar.

---

[41] Se trata de la misma persona que me dio las raíces para prevenir ser azotado por el señor Covey. Era un «alma despierta». Solíamos hablar de mi lucha con Covey y cada vez que lo hacíamos atribuía el éxito a la acción que tuvieron las raíces sobre mí. Esta superstición es común en la mayor parte de los esclavos ignorantes. Rara vez muere un esclavo sin que su muerte no se atribuya a una superchería.

[42] Ver nota 3, Prefacio, p. 25. (*N. del T.*)

[43] Nunca oficialmente reconocida pero abiertamente practicada, la «Lynch Law» o «Lynching» se practicó, a modo de ajusticiamiento social del negro, en Estados Unidos hasta entrado el siglo xx, mucho tiempo después de que se prohibiera en países como Gran Bretaña y sus colonias tras el *Acta de Emancipación* de 1833.

XI

Llego aquí a la parte de mi vida durante la que planeé, y al final logré, escapar de la esclavitud. Pero antes de relatar las circunstancias particulares de esta historia, creo conveniente expresar mi intención de no contar todos los hechos relacionados con esta huida. Mis razones para actuar así quizá se entiendan si se atiende a lo siguiente: en primer lugar, si hablara durante un solo minuto de todos los acontecimientos que viví, no sólo es posible, sino muy probable, que otras personas se vieran implicadas y sufrieran algún percance enojoso. En segundo lugar, un relato así indudablemente intensificaría la vigilancia por parte de los esclavistas más de lo que se ha hecho hasta ahora; eso supondría, por ejemplo, vigilar una puerta por la que algún hermano encadenado pudiera escapar de su terrible yugo. Lamento profundamente que la necesidad me obligue a suprimir cualquier cosa de importancia relacionada con mi experiencia como esclavo. Sería un placer para mí, además de añadir interés a la narración, tener la libertad de satisfacer la curiosidad que sé existe entre muchos lectores con una descripción detallada de todos los hechos concernientes a mi exitosa huida. Pero debo prescindir de este placer y el lector curioso debe renunciar a satisfacer su curiosidad gracias a esa narración. Prefiero sufrir las peores imputaciones que puedan hacerme algunos hombres infames, antes que exculparme yo mismo y correr el riesgo de que se cerrara la vía más estrecha por la que un hermano esclavo pudiera liberarse de las cadenas y los grilletes de la esclavitud.

Nunca he aprobado que nuestros amigos del Oeste cuenten públicamente cómo actuaron en lo que llaman el «Ferrocarril Subterráneo», que en mi

opinión se ha convertido, debido a esas declaraciones públicas, en el «Ferrocarril de la Superficie». Admiro a esos buenos hombres y mujeres por sus nobles propósitos y les aplaudo por exponerse voluntariamente a ser víctimas de una persecución sangrienta al admitir abiertamente su participación en la huida de esclavos. No obstante, creo que nada bueno puede resultar de esa decisión, tanto para ellos como para los esclavos fugitivos; por el contrario, estoy convencido de que esas informaciones son muy perjudiciales para los esclavos que aún quieren escapar. No son de ninguna utilidad para el esclavo, pero sí pueden ser muy útiles para el amo. Le animan a intensificar la vigilancia y mejoran su capacidad para capturar al esclavo. Estamos en deuda con los esclavos al sur de la línea Mason y Dixon y también con los que están más al norte; y al ayudar a estos últimos en su camino hacia la libertad, deberíamos tener cuidado de no hacer nada que pudiera impedir a los primeros escapar de la esclavitud. Preferiría mantener al esclavista despiadado en la más profunda ignorancia sobre los medios de huida de los esclavos. Dejaría que se imaginara a sí mismo rodeado por una banda invisible de torturadores, siempre al acecho para arrebatarle su presa temblorosa. Dejadle que se sienta así en la oscuridad y que una noche tan terrible como su crimen caiga sobre él; dejad que, a cada paso que dé en persecución de un esclavo fugitivo, sienta que corre el horrible peligro de que alguien desconocido le reviente la tapa de los sesos. No demos facilidades al tirano; no sostengamos la antorcha con la que pueda seguir el rastro de nuestro hermano fugitivo. Y dicho esto, me dispongo a relatar los hechos relacionados con mi huida, de la que soy el único responsable y por la que nadie más que yo debe sufrir.

A comienzos del año 1838, me sentía muy desasosegado. No veía la razón por la que al final de cada semana tenía que entregarle a mi amo la recompensa de mi trabajo. Cuando le llevaba mis ganancias semanales, él, después de contar el dinero, me miraba con la ferocidad propia de un ladrón y preguntaba: «¿Esto es todo?». No se contentaba si no se embolsaba hasta el último céntimo. No obstante, cuando yo le hacía ganar seis dólares, a veces me daba seis centavos para animarme. Pero ese gesto producía en mí el efecto contrario, pues suponía admitir que ese era el porcentaje que me correspondía.

El hecho de que el amo me diera una parte cualquiera de las ganancias me parecía una prueba de que él me creía acreedor de todas ellas. Siempre me sentía peor cuando el amo me daba algo, porque temía que al darme unos pocos centavos se quedaría con la conciencia tranquila y eso le haría creerse un tipo de ladrón muy honorable. Mi descontento aumentaba y siempre estaba buscando el medio de escapar; al no hallarlo, ofrecí mis servicios a quien quisiera contratarlos con el objetivo de ahorrar dinero para mi huida.

En la primavera de 1838, cuando el amo Thomas vino a Baltimore para aprovisionarse, vi mi oportunidad y le pedí permiso para que alguien pudiera contratarme. Se negó categóricamente a concedérmelo y me dijo que era otra estratagema para escaparme. Me dijo que iría sólo allí donde él me tuviera a su alcance y que si me escapaba no escatimaría ningún esfuerzo para capturarme. Me exhortó a aceptar mi situación y ser obediente. Me dijo que si quería ser feliz no debería hacer planes para el futuro y que si me portaba bien él cuidaría de mí. Finalmente, me aconsejó que no me preocupara en absoluto por el futuro y me enseñó a depender únicamente de él para ser feliz. El amo parecía darse cuenta de la necesidad imperiosa de dejar de lado mi carácter reflexivo para aceptar la esclavitud. Pero a pesar de sus esfuerzos e incluso a pesar de mí mismo, continué pensando sobre la injusticia de mi situación y en cómo escaparme.

Dos meses después, le pedí al amo Hugh tener el privilegio de que me contratara. Él no sabía que también se lo había pedido al amo Thomas y que este me había rechazado. Al principio, Hugh también pareció dispuesto a hacer lo mismo, pero después de pensárselo me concedió ese privilegio y me propuso las condiciones siguientes: se me permitiría disponer de todo mi tiempo, llegar a acuerdos con todos aquellos para los que trabajaba y encontrar empleo propio; y a cambio de esta libertad le pagaría tres dólares al final de cada semana. Para trabajar, necesitaba herramientas, tablas y ropa. Las tablas me suponían dos dólares y medio por semana, que sumados al desgaste que sufrían las herramientas y la ropa de trabajo, hacían que mis gastos semanales ascendieran a seis dólares. Me veía obligado a reunir esa cantidad o renunciar al privilegio de ofrecer mis servicios. Lloviera o hiciera sol, hubiera o no trabajo,

al final de cada semana debía conseguir ese dinero o decir adiós a ese privilegio. Como es fácil de comprender, ese acuerdo favorecía claramente a mi amo. Le eximía de cualquier obligación de ocuparse de mí y le aseguraba una cantidad fija de dinero todas las semanas. Obtenía todos los beneficios de la esclavitud sin ninguna de sus cargas, mientras que yo sufría todas las penurias de un esclavo y las obligaciones y ansiedades de un hombre libre. Me di cuenta de que esta situación era muy difícil de soportar, pero, por dura que fuese, me pareció mejor que la anterior. El hecho de que se me permitiera asumir las responsabilidades de un hombre libre era un paso hacia la libertad y estaba decidido a aprovecharlo.

Me concentré en la tarea de ganar dinero. Estaba dispuesto a trabajar de noche y de día y con un gran esfuerzo y perseverancia logré reunir lo suficiente para cubrir mis gastos y ahorrar un poco de dinero cada semana. A eso me dediqué entre mayo y agosto y, entonces, el amo Hugh se negó a seguir arrendando mi tiempo. La razón fue que un sábado por la noche no le pagué por mi semana de trabajo. Eso se debió a que asistí a una reunión en un campamento a diez millas de Baltimore. Durante la semana, me había comprometido con unos cuantos jóvenes amigos a salir desde Baltimore para ir a esa reunión el sábado por la tarde y al tener que terminar un trabajo a mediodía me fue imposible acudir a mi cita con el amo Hugh sin fallar a mis compañeros. Sabía que Hugh no tenía especial necesidad del dinero esa noche, así que decidí ir a la reunión y pagarle los tres dólares a la vuelta. Me quedé en el campamento un día más de lo que había planeado cuando salí de Baltimore, pero tan pronto como volví, le llamé para pagarle lo que él creía que le correspondía. Le encontré muy enojado; apenas podía reprimir su cólera. Me dijo que estaba pensando muy seriamente en darme un severo correctivo. Quería saber cómo me había atrevido a salir de la ciudad sin su permiso. Le dije que yo le había arrendado mi tiempo y que, siempre y cuando le pagase la cantidad estipulada, ignoraba que tuviese que pedirle permiso para ir a algún sitio. Mi respuesta le desconcertó y después de pensárselo un momento me dijo que no arrendaría más mi tiempo, porque lo siguiente de lo que se enteraría sería que me había escapado. Utilizando este mismo argumento, me pidió que

devolviera inmediatamente la ropa y las herramientas de trabajo. Así lo hice; pero en vez de buscar trabajo, tal como había hecho antes de alquilar mi tiempo, pasé toda la semana sin mover un dedo. Lo hice como represalia. El sábado por la noche, me llamó como siempre para que le entregara el dinero y yo le dije que no lo tenía, pues no había hecho ningún trabajo esa semana. A punto estuvimos de llegar a las manos. Hugh entró en cólera y juró que me agarraría. No le contesté, pero estaba decidido, si me ponía la mano encima, a devolverle golpe por golpe. No me golpeó, sino que me prometió que yo trabajaría hasta caer rendido a partir de entonces.

Me pasé todo el día siguiente, sábado, pensando sobre aquello y finalmente decidí que el 3 de septiembre haría un segundo intento por conquistar mi libertad. Me quedaban tres semanas para preparar mi huida. El lunes por la mañana temprano, antes de que el amo Hugh dispusiera ningún plan para mí, salí y conseguí un encargo del señor Butler en el astillero que tenía cerca del puente, en lo que se conoce como «la Ciudad de los Bloques». De esta forma, Hugh no tendría que buscarme ningún empleo. Al final de la semana, le entregué entre ocho y nueve dólares. Pareció quedar muy satisfecho y me preguntó por qué no había hecho lo mismo la semana anterior. No sabía cuáles eran mis verdaderos planes. Mi objetivo al trabajar tan duro era borrar cualquier sospecha que él pudiera tener sobre mi intención de escapar; conseguí mi propósito. Supongo que él creía que yo estaba más contento que nunca con mi situación, cuando la realidad era que estaba planeando mi huida. Pasó una semana más y de nuevo le entregué una buena suma de dinero. Se alegró tanto que me dio veinticinco centavos (una suma considerable para lo que era habitual) y me aconsejó que hiciera buen uso de ellos. Yo le prometí que así lo haría.

Los acontecimientos fueron sucediéndose sin más novedad, pero yo seguía madurando mi plan. No puedo describir lo que sentía conforme iba aproximándose el momento de mi huida. Yo tenía varios amigos de gran corazón en Baltimore, a quienes quería tanto como a mi propia vida, y la idea de tener que separarme de ellos para siempre era extraordinariamente dolorosa. Soy de la opinión de que muchos de los hombres que hoy siguen siendo

esclavos se habrían escapado, pero los lazos de amistad que les unen a sus compañeros les han hecho quedarse. La idea de dejar a mis amigos fue sin duda el pensamiento más doloroso al que tuve que enfrentarme. El cariño que les tenía era mi punto débil e hizo que mi decisión se tambaleara más que ninguna otra cosa. Además del dolor por la separación, el temor y la aprensión ante el posible fracaso eran superiores a los que sentí en mi primer intento. La sensación de derrota volvía una y otra vez para torturarme. Estaba convencido de que si fracasaba esta vez no tendría otra oportunidad y continuaría siendo un esclavo hasta el día de mi muerte. Me infligirían los castigos más crueles y me vetarían cualquier posibilidad de escapar. No hacía falta tener una imaginación excepcional para representarse las horribles escenas de las que sería víctima si me capturaban. Tenía ante mí dos destinos posibles: la miseria de la esclavitud y la bendición de la libertad, que para mí eran la vida y la muerte. Pero me mantuve firme y, conforme a mi decisión, el 3 de septiembre de 1838 me libré de mi yugo y conseguí llegar a Nueva York sin contratiempos de ningún tipo. Cómo lo hice —qué medios empleé, qué trayecto elegí— es algo que no debo precisar por las razones antes mencionadas.

Me han preguntado muchas veces qué sentí cuando llegué a un Estado libre y nunca he sabido qué responder. Es el momento más emocionante que he vivido nunca. Supongo que me sentí como un marinero indefenso al que la armada amiga le salva de los piratas. En una carta que le escribí a un amigo poco después de llegar a Nueva York, le decía que me sentía como si hubiera escapado de una cueva llena de leones hambrientos. Sin embargo, esta impresión desapareció pronto y volví a sentir una sensación de gran soledad e inseguridad. Todavía podían capturarme y someterme a las peores torturas; eso bastaba por sí mismo para mitigar mi entusiasmo. Me invadió una profunda sensación de soledad. Estaba entre miles de personas y, no obstante, era un perfecto extraño; sin hogar, sin amigos, entre miles de hombres como yo —hijos de un mismo Padre— y, no obstante, no me atreví a contarle a nadie mi triste situación. Tenía miedo de hablar con nadie por si no elegía a la persona adecuada y eso me hacía caer en las garras de los cazadores de esclavos que se dedicaban a acechar a los fugitivos igual que las fieras de la selva acechan a sus

presas. El lema que adopté cuando escapé de la esclavitud fue: «No confíes en nadie». Veía en cada hombre blanco a un enemigo y desconfiaba de casi todos los hombres de color. Era una situación muy dolorosa; para comprenderla uno tiene que haberla vivido o imaginarse en unas circunstancias como esas. Poneos en la piel de un esclavo fugitivo en una tierra extraña —una tierra que es el coto de caza de los cazadores de esclavos y cuyos habitantes son secuestradores amparados por la ley— donde corre un peligro constante de ser capturado por sus semejantes, igual que una presa a la que acechan los cocodrilos; poneos en mi situación, sin hogar, amigos, dinero ni crédito, con la necesidad de buscar cobijo y sin nadie que lo ofrezca; con la sensación de que os persiguen unos despiadados cazadores de hombres y sin saber qué hacer, dónde ir o quedarse, sin capacidad de defenderos o escapar; rodeados de muchas personas, pero sufriendo las terribles punzadas del hambre; entre cientos de casas, pero sin hogar; entre miembros de vuestra raza, pero con la sensación de estar entre fieras, cuyas ganas de devorar al tembloroso y hambriento fugitivo sólo pueden compararse a la avidez con la que los monstruos de las profundidades se tragan a los peces indefensos de los que se alimentan; poneos en esta terrible situación, la situación a la que tuve que enfrentarme, y entonces, y sólo entonces, llegaréis a comprender los sufrimientos del fugitivo al que han obligado a trabajar como un animal y que ha padecido los efectos del látigo.

Gracias a Dios, no permanecí mucho tiempo en esa situación. Me libró de ella la generosa mano del señor David Ruggles, cuyo cuidado, bondad y perseverancia no olvidaré nunca. Me alegra tener esta oportunidad de expresarle mi infinito amor y gratitud. El señor Ruggles actualmente está ciego y necesita la ayuda que él mismo prestó a otros en el pasado. Apenas llevaba unos días en Nueva York cuando el señor Ruggles reparó en mí y me llevó amablemente a su pensión, en la esquina de las calles Church y Lespenard. El señor Ruggles se había implicado muy intensamente en el memorable caso Darg,[44] además de haber ayudado a muchos esclavos fugitivos, a los que había proporcionado medios para escapar con éxito de la esclavitud; y aunque estaba estrechamente vigilado y controlado por sus enemigos, siempre conseguía vencerlos.

Poco después de conocerme, el señor Ruggles me preguntó dónde quería ir, porque creía que Nueva York no era un lugar seguro para mí. Le dije que era calafateador y que me gustaría ir allí donde pudiera ejercer mi oficio. Pensé ir a Canadá; pero Ruggles no se mostró muy partidario; decidió en contra de Canadá y a favor de New Bedford, al pensar que allí podría conseguir trabajo en mi oficio. En esos días llegó Anna[45], mi prometida; le había escrito inmediatamente después de llegar a Nueva York (a pesar de estar en tierra extraña, sin casa y en una situación desesperada) informándole del éxito de mi huida y pidiéndole que viniera inmediatamente. Pocos días después de su llegada, el señor Ruggles llamó al reverendo J. W. C. Pennington, que, en presencia del señor Ruggles, la señora Michaels y dos o tres testigos más, celebró la ceremonia de matrimonio y nos dio un certificado, que reproduzco a continuación:

> Este documento certifica que yo uní en santo matrimonio a Frederick Johnson[46] y Anna Murria, como hombre y mujer, en presencia del señor Ruggles y de la señora Michaels.
>
> James W.C. Pennington
> *Nueva York, 15 de septiembre, 1838*

Después de recibir este certificado (y los cinco dólares que me dio el señor Ruggles), me cargué a la espalda una parte de nuestro equipaje y Anna cogió la otra y nos fuimos inmediatamente a sacar los billetes para embarcarnos en el barco a vapor «John W. Richmond» con destino a Newport, antes de continuar hacia New Bedford. El señor Ruggles me dio una carta para el señor Shaw en Newport y me dijo que, en caso de que el dinero no me alcanzara para llegar a New Bedford, parase en Newport y consiguiera más ayuda; pero cuando llegamos a Newport, estábamos tan ansiosos por llegar a un lugar seguro que, a pesar de que no teníamos dinero suficiente para pagar los billetes, decidimos ocupar dos asientos en la diligencia y prometer que pagaríamos cuando llegásemos a New Bedford. Nos animaron a hacerlo dos excelentes caballeros, habitantes de New Bedford, cuyos nombres supe después que eran Joseph Ricketson y William C. Taber. Parecieron darse cuenta inmediatamente de nuestra situación y su amabilidad nos confortó tanto que nos sentimos

absolutamente a salvo en su presencia. Fue una suerte encontrar unos amigos así en una situación como esa. Cuando llegamos a New Bedford, nos dijeron que fuéramos a la casa del señor Nathan Johnson, que nos recibió y atendió con gran hospitalidad. El señor y la señora Johnson se tomaron un profundo y vivo interés por nuestro bienestar y demostraron ser abolicionistas de pro. Cuando el conductor de la diligencia comprendió que no podíamos pagar los billetes, cogió nuestro equipaje como prenda por nuestra deuda. Bastó que le mencionara este hecho al señor Johnson para que él adelantara inmediatamente el dinero.

En ese momento empezamos a sentirnos algo más seguros y a prepararnos para los deberes y responsabilidades de la vida en libertad. La mañana siguiente a nuestra llegada a New Bedford, mientras desayunábamos, se planteó la cuestión de qué nombre debía adoptar. El nombre que me dio mi madre era «Frederick Augustus Washington Bailey». Sin embargo, yo había prescindido de los nombres intermedios mucho antes de dejar Maryland, así que generalmente se me conocía como «Frederick Bailey». Salí hacia Baltimore con el nombre de «Stanley». Cuando llegué a Nueva York, nuevamente lo cambié por el de «Frederick Johnson», con la idea de que ese sería el último cambio. Pero cuando llegué a New Bedford, de nuevo me vi en la necesidad de cambiarme el nombre. La razón de ello era que había tantos Johnson en New Bedford que ya resultaba bastante difícil distinguirlos entre sí. Le di al señor Johnson el privilegio de elegir mi nombre, pero le dije que no debía quitar el «Frederick». Debía conservarlo para mantener el sentimiento de identidad. El señor Johnson acababa de leer *La dama del lago*[47] y de repente propuso que mi apellido fuera «Douglass». Desde entonces hasta hoy me he llamado «Frederick Douglass» y, puesto que se me conoce más por este nombre que por los anteriores, continuaré usándolo como el mío propio.

Me llevé una decepción con la apariencia general de New Bedford. Me pareció especialmente errónea la impresión que me habían transmitido sobre el carácter y la situación de la gente del Norte. Aunque parezca mentira, cuando era esclavo había supuesto que en el Norte disfrutaban de pocas comodidades y

de casi ningún lujo en comparación con los que disfrutaban los esclavistas del Sur. Probablemente llegué a esa conclusión por el hecho de que la gente del Norte no tenía esclavos; imaginaba que estaban al mismo nivel que la gente del Sur que tampoco los tenía. Sabía que estos últimos eran extremadamente pobres y me había acostumbrado a considerar su pobreza como la consecuencia necesaria del hecho de no poseer esclavos. De algún modo caló en mí la idea de que sin esclavos no había riqueza ni lujo. Así que, cuando llegué al Norte, esperaba encontrarme a una población tosca, inculta y de manos encallecidas por el trabajo, una población que viviría con una sencillez espartana, con un desconocimiento total de la comodidad, el lujo, la pompa y el boato de los esclavistas sureños. Estas eran mis conjeturas y cualquiera que conozca un poco New Bedford puede imaginar fácilmente cuán rápidamente me di cuenta de mi error.

La tarde del día en que llegué a New Bedford, visité los muelles para echar un vistazo a los barcos. Allí encontré las mejores pruebas de la prosperidad de esa ciudad. Atracados en el muelle o navegando por el río, vi muchos barcos de los mejores modelos, con los mejores aparejos y todos ellos de gran tamaño. A derecha e izquierda, había almacenes de granito de dimensiones gigantescas, llenos hasta arriba de todo tipo de productos y artículos. Además, casi todo el mundo parecía estar trabajando, pero silenciosamente, en comparación con lo que había conocido en Baltimore. Los trabajadores que cargaban y descargaban los barcos no cantaban a voz en grito. No oí juramentos blasfemos ni crueles amenazas a los obreros. No vi que se azotara a nadie, sino que todo parecía funcionar con cierta suavidad. Todos los hombres parecían conocer su trabajo y lo ejecutaban con una determinación sobria y gozosa que indicaba el gran interés que tenían en lo que estaban haciendo, así como la conciencia de su propia dignidad como hombres. A mí todo eso me parecía sorprendente.

Dejé los muelles y me di un paseo por la ciudad, donde contemplé con asombro y admiración las espléndidas iglesias, las hermosas mansiones y los refinados jardines; todo ello mostraba un nivel de riqueza, desarrollo, gusto y refinamiento como nunca había visto en ninguna parte del esclavista estado de Maryland. Todo parecía limpio, nuevo y bonito. Prácticamente no vi ninguna

casa ruinosa ni habitada por indigentes; no vi niños medio desnudos ni mujeres descalzas como estaba acostumbrado a ver en Hillsborough, St. Michael´s y Baltimore. La gente parecía más resuelta, fuerte, sana y feliz que los habitantes de Maryland. Por una vez, me alegraba ver esta extremada prosperidad sin entristecerme al mismo tiempo al contemplar una pobreza extrema. Pero lo más sorprendente e interesante para mí fue ver la situación de las personas de color, muchas de las cuales se habían escapado allí para refugiarse de los cazadores de hombres. Conocí a muchos que, apenas siete años después de liberarse de sus cadenas, vivían en casas mejores y evidentemente disfrutaban de más comodidades que el esclavista medio de Maryland. Me atrevo a afirmar que mi amigo, el señor Johnson (del que puedo decir con todo el agradecimiento de mi corazón, «Estaba hambriento y él me alimentó; tenía sed y él me dio de beber; yo era un extraño y él me acogió») vivía en una casa más agradable, comía en una mesa mejor, compraba y leía más periódicos y entendía mejor el carácter moral, religioso y político del país que el noventa por ciento de los esclavistas del condado de Talbot, en Maryland. No obstante, el señor Johnson era un trabajador. Sus manos estaban encallecidas por el trabajo, y no sólo las suyas, sino también las de la señora Johnson.

Encontré a la gente de color mucho más decidida de lo que imaginaba. Vi en ellos la conciencia de la necesidad de protegerse unos a otros y a toda costa contra el sangriento cazador de hombres. Poco después de mi llegada, me contaron un caso que sirve como ejemplo de la energía de esos hombres. Un hombre de color y un esclavo fugitivo no se llevaban bien. Se había oído al primero amenazar al segundo con informar al amo de su paradero. Enseguida se organizó una reunión entre la gente de color bajo el aviso típico: «Asunto importante» y se invitó al traidor a acudir. La gente llegó a la hora acordada y se designó para presidir la reunión a un caballero anciano y muy religioso que rezó una oración, después de la cual se dirigió a los presentes de la manera siguiente: «Amigos, lo tenemos aquí y yo recomendaría que vosotros, los jóvenes, os lo llevéis fuera y lo matéis». Después de estas palabras, algunos de los asistentes se dirigieron hacia él, pero otros más tímidos que ellos los

detuvieron y el traidor se libró de su venganza. No se le ha vuelto a ver en New Bedford desde entonces. Creo que no ha habido más amenazas como aquella y si hubiera alguna en un futuro, estoy seguro de que el resultado sería la muerte del chivato.

Tres días después de mi llegada, encontré un empleo como estibador en un barco con un cargamento de petróleo. Era un trabajo sucio, duro y nuevo para mí; pero lo acometí con el corazón contento y las manos tendidas. Yo era mi propio amo. Fue un momento de gran felicidad que sólo pueden entender los que han sido esclavos. Era el primer trabajo cuya recompensa era íntegramente para mí. No había ningún amo Hugh esperando a que cobrara el dinero para robármelo, así que ese día trabajé con un placer que nunca había experimentado antes. Trabajaba para mí y para mi mujer. Ese día fue el punto de partida de mi nueva vida. Cuando terminé ese trabajo, comencé a buscar empleo como calafateador, pero el prejuicio contra la gente de color era tan fuerte entre los obreros blancos que se negaron a trabajar conmigo y nadie me contrató.[48] Al no poder ganarme la vida con mi oficio, tiré mis herramientas de calafateador y me preparé para trabajar en lo que fuera. El señor Johnson tuvo la amabilidad de prestarme su sierra y su mesa de taller y pronto conseguí muchos encargos. Ningún trabajo me parecía demasiado duro ni desagradable. Estaba dispuesto a serrar madera, cargar carbón, limpiar chimeneas o transportar barriles de petróleo y a eso me dediqué durante casi tres años en New Bedford antes de ser conocido en el ámbito antiesclavista.

Cuatro meses después de llegar a esa ciudad, un joven vino a mí y me preguntó si quería comprar el periódico *Liberator*. Le dije que sí pero, puesto que había escapado recientemente de la esclavitud, le comenté que no podía pagarlo. No obstante, finalmente me suscribí a ese periódico. Me lo enviaron a casa y comencé a leerlo todas las semanas con una emoción indescriptible. El *Liberator* se convirtió en mi principal alimento y me enervaba el alma. Su compasión por mis hermanos encadenados, sus denuncias de los esclavistas, sus fieles descripciones de la esclavitud y sus valientes ataques contra los defensores de esa horrible institución llenaban mi corazón de alegría.

La lectura del *Liberator* me permitió hacerme una idea bastante aproximada del carácter, principios y actuaciones del movimiento antiesclavista y pronto abracé la causa. No podía hacer mucho, pero hice cuanto estaba en mi mano de todo corazón y nunca me he sentido tan feliz como en las reuniones antiesclavistas. No tenía mucho que decir en esas asambleas, porque lo que quería decir otros lo habían expresado antes mucho mejor que yo. Pero cuando asistí a una convención en Nantucket el 11 de agosto de 1841, sentí que debía intervenir y a ello me animó el señor William C. Coffin, un caballero que había oído hablar de mí en una reunión de gente de color en New Bedford. Era todo un desafío y al principio me hizo dudar. Lo cierto era que seguía sintiéndome como un esclavo y la idea de hablar ante un público compuesto de blancos me abrumaba. Pero poco después de empezar a hablar comencé a sentirme libre y dije lo que quería decir con relativa facilidad. Desde entonces hasta ahora, me he dedicado a defender la causa de mis hermanos; si lo he conseguido o no, es algo que dejo a la consideración de aquellos que conocen mi trabajo.

---

[44] En 1838 se juzgó al esclavo fugado Tom Hughes y a Isaac Hopper, Barney Corse y David Ruggles, los últimos tres líderes del movimiento antiesclavista fueron juzgados y condenados a prisión por extorsión al esclavista John Darg, amo de Tom Hughes. Se dijo que Hughes en su huida se llevó consigo diez mil dólares de su amo. (*N. del T.*)

[45] Ella era una mujer libre.

[46] Había cambiado mi nombre de Frederick Bailey por el de Johnson.

[47] *The lady of the lake*, poema de Walter Scott publicado en 1810. Basado en la historia del rey Arturo, se trató de un texto muy influyente durante todo el siglo xix. (*N. del T.*)

[48] Me han dicho que las personas de color actualmente pueden trabajar como calafateadores en New Bedford gracias a los esfuerzos del antiesclavismo.

Apéndice

Al releer la anterior narración, me doy cuenta de que en diversas partes hablo de la religión con un tono y manera que puede llevar a pensar a los que no conozcan mis ideas religiosas que soy contrario a la religión. Para evitar peligrosos malentendidos, considero oportuno añadir la breve explicación que sigue. Lo que he dicho contra la religión se puede aplicar únicamente a la *religión de los esclavistas* de esta tierra y no hace referencia al cristianismo verdadero; porque entre el cristianismo de esta tierra y el mensaje de Cristo hay para mí una diferencia inconmensurable, tanta que para considerar bueno, puro y sagrado al primero, es necesario rechazar al otro por malo, corrupto y miserable. Para ser partidario del uno es necesario ser enemigo del otro. Amo la pura, pacífica e imparcial palabra de Cristo y por lo tanto, odio la religión de esta tierra por corrupta, esclavista, maltratadora de mujeres, expoliadora de cunas, parcial e hipócrita. En realidad no encuentro ninguna razón que no sea engañosa para llamar cristianismo a la religión de este país. La considero el colmo de los equívocos, el más audaz de los fraudes y la más grosera de las difamaciones. Nunca ha habido un caso más claro de «robar las ropas del cielo para vestir con ellas al demonio».[49] Me invade una indescriptible aversión cuando contemplo la pompa y ostentación religiosas junto a las horribles contradicciones que por doquier me rodean. Tenemos a ladrones como ministros, a azotadores de mujeres como misioneros y a expoliadores de cunas como miembros de la Iglesia. El hombre que blandió el ensangrentado cinto de cuero durante toda la semana ocupa el domingo el púlpito y dice ser un ministro del dócil y humilde Jesús. El mismo hombre que me roba las

ganancias al final de cada semana, se encuentra conmigo como pastor el domingo por la mañana para mostrarme el modo de vida y el sendero de salvación. Él, que vendió a mi hermana para que la prostituyeran, se erige como piadoso defensor de la pureza. Él, que proclama el deber de leer la Biblia, me niega el derecho de aprender a leer el nombre de Aquel que me hizo. Él, devoto defensor del matrimonio, priva a millones de personas de su sagrada influencia y las abandona a los estragos de una corrupción total. Él, firme defensor del sacramento de la familia, es el mismo que dispersa a familias enteras, separando a maridos de mujeres, padres de hijos, hermanos de hermanas, dejando la cabaña vacía y el hogar desolado. Vemos al ladrón predicando contra el robo y al adúltero contra el adulterio. Se han vendido hombres para construir iglesias, mujeres para predicar el Evangelio y se han vendido niños recién nacidos para comprar Biblias a los pobres paganos. ¡Y todo ello en nombre de Dios y por la bendición de las almas! La campana del subastador de esclavos y la campana que llama a misa repican a la vez, y los amargos llantos del esclavo abatido son ahogados por los religiosos cánticos devotos de su piadoso amo. Las ceremonias religiosas y el renacimiento del tráfico de esclavos van a la par. La prisión del esclavo y la iglesia se alzan cercanas entre sí. El sonido de los grilletes y el crujir de las cadenas de una cárcel se pueden oír al mismo tiempo que el salmo piadoso y la solemne oración de la iglesia. Los que trafican con los cuerpos y almas de los hombres se instalan delante de un púlpito y ambos se ayudan mutuamente. El traficante da su oro manchado de sangre al servicio del púlpito y el púlpito, a cambio, le recubre su infernal negocio de ropaje cristiano. He aquí la religión aliada con el latrocinio, demonios vestidos de ángeles y el infierno ofrecido como si fuera el paraíso:

> ¡Dios justo! Y son estos,
> Estos los ministros de tu altar, ¡Dios de la justicia!
> Hombres cuyas manos, rezando y bendiciendo se posan
> Sobre el arca de luz de Israel.
>
> ¡Qué! ¿Predican y raptan hombres?
> ¿Dan las gracias y roban a tu afligido pobre?

¿Hablan de tu gloriosa libertad y después
Echan el pestillo a la puerta del cautivo?

¡Qué! Tus siervos,
Hijo clemente, los que quisiste salvar,
El desahuciado y el desterrado, encadenan ahora
Y saquean al esclavo.

¡Pilatos y Herodes amigos!
¡Sumos sacerdotes y gobernantes, como antaño, se juntan!
¡Dios justo y santo! ¿Es esta la Iglesia que presta
Fuerzas para expoliar la tuya?[50]

El cristianismo estadounidense es un cristianismo de cuyos devotos puede decirse verdaderamente como de los antiguos escribanos y fariseos, que:

> Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes bien, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres... aman los primeros asientos en las cenas, las primeras sillas en las sinagogas... y que los hombres los llamen: «Rabí, Rabí»... Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros. ¡Ay de vosotros, guías ciegos!, [o] que decís: «Si alguien jura por el templo, no es nada; pero si alguien jura por el oro del templo, es deudor». ¡Insensatos y ciegos!, porque ¿cuál es mayor, el oro o el templo que santifica al oro? También decís: «Si alguien jura por el altar, no es nada; pero si alguien jura por la ofrenda que está sobre él, es deudor». ¡Necios y ciegos!, porque ¿cuál es mayor, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? El que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él; y el que jura por el templo, jura por él y por el que lo habita; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que está sentado en él. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmáis la menta, el anís y el comino, y dejáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia... Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.[51]

Aunque oscuro y terrible, sostengo que es un cuadro estrictamente verdadero de la arrolladora masa de cristianos profesos de los Estados Unidos. Ellos, que

cuelan el mosquito y se tragan el camello.[52] ¿No es esto totalmente cierto sobre nuestras iglesias? Les horripilaría la idea de confraternizar con un ladrón de ovejas y, al mismo tiempo, abrazan en comunión al ladrón de hombres y me tachan a mí de ser infiel si les digo que me parece un pecado. Cumplen, con rigor fariseo, las formas externas de la religión y al mismo tiempo desdeñan las cuestiones de mayor peso de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Siempre están dispuestos a sacrificar, pero pocas veces a mostrar misericordia. Son ellos los que dicen amar a Dios, cuando nunca lo han visto, mientras odian a su hermano, al que sí han visto. Aman al pagano que está al otro lado del mundo. Pueden rezar por él, pagar para que tenga en sus manos una Biblia y misioneros que le instruyan, mientras que desprecian y desdeñan totalmente al pagano que está ante su puerta.

Tal es muy brevemente mi opinión sobre la religión de esta tierra; y para evitar cualquier malentendido debido al uso de términos generales, voy a aclarar que entiendo por religión de esta tierra la que se manifiesta en la palabra, hechos y acciones de esas instituciones que, tanto en el Norte como en el Sur, se llaman a sí mismas «Iglesia cristiana» y que están sin embargo unidas a los esclavistas. Es contra la religión tal y como la presentan estas instituciones contra la que he sentido el deber de testificar.

Concluyo estos comentarios copiando el siguiente retrato de la religión del Sur (que es por comunión y hermandad la religión del Norte), que afirmo sin temor que es un «reflejo de la vida», sin ninguna caricatura ni la más leve exageración. Se dice que lo esbozó, varios años antes de que comenzara la actual agitación antiesclavista, un predicador metodista del Norte que durante una estancia en el Sur tuvo una oportunidad de ver con sus propios ojos la piedad, los modos y la moral de los esclavistas «¿No los he de castigar por estas cosas?», dijo el Señor, «De tal nación, ¿no se vengará mi espíritu?».[53]

---

[49]1 La cita, en origen, es creación del poeta escocés Robert Pollok (1798-1827) y aparece en su libro *The course of time*, vii, i, 616; sin embargo, como ocurre con en otros muchos casos, la cita ha perdido su origen con el uso y pertenece ya al acerbo popular. (*N. del T*.)

[50] Se trata de un poema de John Greenleaf Whittier llamado «Clerical Oppressors». (*N. del T.*)

[51] *San Mateo.,* 23:4-28 (traducción Reina-Valera). (*N. del T.*)

[52] *San Mateo.,* 23:24. El texto completo reza: «¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y tragáis el camello!» (traducción Reina-Valera) (*N. del T.*)

[53] *Jeremías.,* 9:9. Citamos, levemente modificada para ajustarse a la versión de Douglass (por cierto, la *King James Bible*), la traducción Reina-Valera. La Reina-Valera íntegra es como sigue: «¿No los he de castigar por estas cosas? dice Jehová. De tal nación, ¿no se vengará mi alma?». (*N. del T.*)

Una parodia[54]

Santos y pecadores venid y escuchad
Cómo píos sacerdotes azotan a Nell y a Jack,
Compran mujeres y venden niños,
Predican del infierno de los impíos
Y cantan la unión celestial.

Balan, balitan y baliteanan como las cabras,
Se atracan de oveja negra y esquilan la lana
Se cubren la espalda de oscuros abrigos,
Y del cuello agarran al negro cautivo,
Y le ahogan por la unión celestial.

«Te llevan a la iglesia si echas un trago,
Y maldicen tu nombre si un cordero has robado;
Mientras despojan al viejo Tony, a Doll y a Sam,
De sus humanos derechos, del jamón y el pan;
Los secuestradores de la unión celestial.

Hablan en alto de la bondad de Cristo,
Y a su imagen en la tierra con cuerda atan
Y reprenden, y blanden el abominable cinto,
Y en el nombre de Señor con su hermano tratan
Para esposar la unión celestial.
Leen y cantan un canto sagrado,
Son plegarias sonoras de tiempo alargado,
Y enseñan lo recto y hacen lo equivocado,

Claman a multitud de hermanas y hermanos,
Con palabras de la unión celestial.

«Nos asombra que puedan cantar tales santos,
O para que el Señor les proteja le alaben tanto,
Los que gruñen, riñen, azotan y cantan,
Y que a sus esclavos y a Mammon[55] tanto se agarran,
En culpable y consentida unión celestial.

Plantan tabaco, maíz y centeno,
Y dirigen y roban y engañan de pleno
Y almacenan sus grandes tesoros en el cielo
Y alzan sus fustas y cintos al vuelo.
Con la esperanza de una unión celestial.

Al viejo Tony le parten el cráneo
Y predican y gruñen como el toro de Basán[56]
O el asno que rebuzna, llenos de maldad,
Y se apoderan de Jacob por la lana,
Y se la arrancan por la unión celestial.

Un ladrón de hombres impecable que
gruñe y vocifera,
Que vive de cordero, carne de vaca y ternera
Aunque nunca proporcione alivio
Al necesitado, al negro hijo de la pena,
Se engrandece con la unión celestial.

'No ames el mundo', dijo el predicador,
Y guiñó el ojo y la cabeza agachó;
De Tom y Dick y Ned se apoderó,
Y la comida, vestimentas y el pan les cercenó
Aunque ama todavía la unión celestial.

Dijo gimoteando otro predicador
Uno que por malo tiene roto el corazón:
Ha atado a la vieja Nanny a una encina,
Y esparció la sangre por todas las esquinas,
Y rezó por la unión celestial.

Otros dos abrieron sus quijadas de hierro,
Y agitaron las garras sus hijos ladronzuelos;
Criaron a sus hijos con fruslerías;
A costa del negro que su espalda se partía,
Para preservar la unión celestial.

Todo lo bueno de Jack otro lo cogía,
Y con ello a sus pecadores divertía,
Como lustrosas serpientes les vestía,
Y dulces pasteles en sus bocas metía;
y desciende así a la unión celestial.

Esperando sincera y honestamente que este pequeño libro sirva para arrojar un poco de luz sobre el sistema estadounidense de esclavitud y apresure la llegada del alegre día de la liberación de millones de hermanos encadenados, confiando fielmente en el poder de la verdad, el amor y la justicia para llevar a buen puerto mis humildes esfuerzos y para renovar mi solemne compromiso con la sagrada causa, subscribo esto con mi nombre,

Frederick Douglass
Lynn, Massachusetts,
8 de abril de 1845

---

[54] Parodia del himno popular conocido como «Heavenly Union». No hemos localizado al autor de la parodia (incluso hemos llegado a leer que no se descarta que fuera el mismo Douglass). (*N. del T.*)

[55] Mammon, en el Nuevo Testamento aparece como hijo de Lucifer. Es utilizado como arquetipo de la avaricia material. (*N. del T.*)

[56] Animal mitológico que aparece en los Salmos del Antiguo Testamento. (*N. del T.*)


Discursos

¿Qué significa el 4 de julio para un esclavo?[57]

El hombre que es capaz de dirigirse sin vacilar a un auditorio como el vuestro tiene sin duda los nervios más templados que los míos. No recuerdo haberme presentado nunca ante una asamblea con tanto miedo, ni con tantas dudas sobre mis capacidades, como en el día de hoy. Poco a poco me ha invadido un sentimiento poco propicio para el ejercicio de mis modestas dotes de orador, pues sé que la tarea que tengo por delante es de las que requieren de mucha reflexión y estudio previos para poder llevarse a cabo correctamente. Aunque sé que tales excusas suelen parecer vanas y superficiales, espero que tengáis la generosidad de no pensar así de las mías. Y si en algún momento pudiera parecer relajado, mi apariencia sería en todo caso muy poco fiel a la realidad. Por otro lado, la poca experiencia que tengo de hablar en público en las escuelas rurales no me será de gran ayuda en la presente ocasión.

Los periódicos y carteles han anunciado que yo iba a pronunciar un discurso para celebrar el 4 de julio.[58] Ciertamente, esto parece algo desmesurado y muy poco habitual para alguien como yo. Es verdad que ya he tenido a menudo el privilegio de hablar en esta magnífica sala[59] y dirigirme a muchos de los que me honran hoy con su presencia. Pero ni sus rostros familiares ni el conocimiento que creo tener del Corinthian Hall parece que puedan librarme del apuro que siento.

La verdad, damas y caballeros, es que entre este estrado y la plantación de la que escapé hay una distancia considerable, y ciertamente no son pocas las dificultades que hay que vencer para pasar de una al otro. Mi presencia aquí este día es para mí motivo de sorpresa y, en igual medida, de reconocimiento.

Por lo tanto, no os sorprenderá que mi intervención no parezca muy elaborada ni comience con un brillante exordio. Debido a mi poca experiencia y menor educación, no he podido reunir mis pensamientos más que de forma apresurada e imperfecta. Confiando en vuestra paciente y generosa indulgencia, me dispongo a exponerlos ante vosotros.

El objeto de esta celebración es el 4 de julio, día del aniversario de vuestra independencia nacional y de vuestra libertad política. Para vosotros, este día es el equivalente de la Pascua para el pueblo de Dios, la ocasión de recordar el día y los hechos de vuestra gran liberación y las señales y maravillas asociados a aquellos hechos y a ese día.[60] Esta celebración marca también el comienzo de un nuevo año en la vida de vuestra nación y conmemora que la república de América cumple hoy setenta y seis años. Me congratula, estimados conciudadanos, que vuestra nación sea tan joven. Setenta años es el tiempo de vida concedido a los hombres.[61] Sin embargo, las naciones miden sus años por milenios y, en consecuencia, vosotros aún no estáis más que en la infancia de vuestro desarrollo como nación. Y os reitero que me alegra que así sea. Este pensamiento constituye nuestra gran esperanza, una esperanza muy necesaria en estos tiempos en que oscuros nubarrones ensombrecen el horizonte. El reformista percibe los terribles rayos que anuncian futuros desastres, mas su corazón puede con toda justicia sentirse aliviado al recordar que América es joven, que aún tiene una edad en la que puede cambiar. ¿No puede acaso esperar que grandes lecciones de sabiduría, justicia y verdad guíen su destino? Si la nación fuera más vieja, el patriota quizá sentiría más tristeza en su corazón y puede que el reformista mostrara un semblante más preocupado; el porvenir del país se vería cubierto de un sombrío velo y la esperanza de sus profetas quedaría sumida en el dolor. Por ello, nos consuela pensar que América es joven aún. Los grandes ríos no se salen fácilmente de los cauces que han ido excavando en la tierra a lo largo de siglos. No hay duda de que a veces pueden crecer de forma tranquila y majestuosa e inundar el país, irrigando y fertilizando la tierra con sus misteriosas virtudes. Pueden también sufrir una crecida violenta y furiosa, y llevarse en sus tempestuosas corrientes la riqueza acumulada durante años enteros de duro trabajo. Pero siempre terminan por

volver a su cauce milenario, donde continúan fluyendo tan mansamente como siempre. Mas, aunque el río no pueda salirse de su cauce, puede no obstante secarse, y no dejar más rastro que unas cuantas ramas secas y algunas rocas erosionadas que dejarán constancia, a través del silbido de vientos abisales, de la siniestra historia de una gloria desvanecida. Lo que acabamos de describir en el caso de los ríos puede aplicarse también a las naciones.

Estimados conciudadanos, no me extenderé sobre todo lo que se evoca en este día. La historia dice simplemente que, hace setenta y seis años, los habitantes de este país eran súbditos británicos. La forma y el nombre de vuestro «pueblo soberano» (que hoy constituye vuestro mayor orgullo) aún no habían nacido, y estabais bajo el dominio de la corona británica. Vuestros Padres[62] consideraban al gobierno británico como la metrópolis, y a Inglaterra como su patria. Dicho gobierno, como sabéis, aunque situado a una distancia considerable de vuestro país, había impuesto a los hijos de sus colonias, en el ejercicio de sus prerrogativas parentales, las restricciones, cargas y limitaciones que, en su gran sabiduría, había juzgado justas, adecuadas y pertinentes.

Pero vuestros Padres, que no compartían la idea, tan de moda en nuestros días, de la infalibilidad del gobierno y del carácter absoluto de sus actos, se permitieron expresar su desacuerdo respecto a algunas de aquellas cargas y restricciones. En su exaltación, llegaron a declarar las medidas del gobierno injustas, poco razonables y opresivas, de manera que, en una palabra, se negaron a actuar dócilmente y a someterse a ellas. No será necesario que diga, estimados conciudadanos, que estoy enteramente de acuerdo con vuestros Padres en lo que se refiere a dichas medidas, aunque una afirmación así por mi parte no valga gran cosa. Tal afirmación no prueba nada, ciertamente, con respecto a cómo habría actuado yo si hubiera vivido durante la gran controversia de 1776. Decir *ahora* que América tenía razón e Inglaterra estaba equivocada es muy fácil y está al alcance de cualquiera. Tanto el pusilánime como el valiente pueden criticar abiertamente la tiranía que Inglaterra ejerció sobre las colonias americanas; incluso es de buen tono hacerlo. Pero hubo un

tiempo en el que pronunciarse en contra de Inglaterra y a favor de la causa de las colonias era una dura prueba sólo apta para espíritus valientes.[63] Entonces fueron tildados de insurrectos, agitadores, rebeldes y peligrosos. Tomar partido por el bien y en contra del mal, por el débil y en contra del fuerte, por el oprimido y en contra del opresor: ahí está el mérito, un mérito que, más que ningún otro, parece estar muy poco de moda en nuestros días. Porque la causa de la libertad puede verse pisoteada por aquellos mismos que se vanaglorian de los nobles actos de vuestros Padres. Pero prosigamos con nuestra argumentación.

Al sentirse dura e injustamente tratados por el gobierno de la metrópolis, vuestros Padres, esos hombres honestos y valerosos, intentaron una y otra vez obtener una solución por parte de Inglaterra. Reclamaron[64] y protestaron de manera digna, respetuosa y leal, y aunque su conducta fue absolutamente irreprochable, no surtió efecto alguno. Se les trató con una soberana indiferencia, con frialdad y desprecio. Y no obstante, perseveraron en su empeño, pues no eran hombres de los que miran atrás.

Igual que el ancla se fija con más firmeza cuanto más se balancea el barco en una tempestad, así la causa de vuestros Padres se fortaleció aún más al sufrir el desaire y la indiferencia de la Corona. Los mejores y más notables de entre los dirigentes británicos admiran la legitimidad de su monarquía, y con su más noble elocuencia, el senado británico acudió a socorrerla. Pero, con esa ceguera que parece propia de los tiranos desde que el Faraón y sus ejércitos fueran engullidos por el Mar Rojo,[65] el gobierno británico siguió perpetrando los mismos excesos que se le reprochaban.

Creemos que la propia Inglaterra admite ahora la insensatez de esa conducta. Esperemos que esta lección pueda servir de ejemplo a nuestros dirigentes actuales.

La opresión vuelve loco al más templado. Vuestros Padres eran hombres sabios, y aunque no se dejaron llevar por la locura, el trato recibido les enfureció. Se sintieron víctimas de graves injusticias que, en su condición de súbditos coloniales, no parecían tener ningún viso de solución. Pero los hombres valerosos siempre encuentran un remedio contra la opresión, y fue

entonces cuando nació la idea de una independencia total de las colonias con respecto a la Corona. Fue una idea asombrosa, mucho más de lo que hoy podamos imaginarnos, si echamos la vista atrás. Tal como he dejado entrever, todo aquello alarmó e inquietó a los más tímidos y apocados de aquella época.

Esta clase de individuos ha existido siempre (también entonces) y, sin ninguna duda, existirá en este mundo hasta el fin de los tiempos. Su actuación frente a cualquier gran cambio —cualquiera que sea la meta que se pretenda alcanzar o los errores que se desee corregir— siempre se podrá predecir con tanta precisión como la trayectoria de las estrellas. Estos hombres sienten auténtico terror ante cualquier tipo de cambio (excepto al intercambio monetario, el único del que son partidarios).

En tiempos de vuestros Padres, a este tipo de gente se les llamaba *Tories*, y esta palabra probablemente tenía un sentido equiparable al del término más moderno, aunque ligeramente menos eufónico, que a menudo encontramos aplicado en los periódicos a algunos de nuestros viejos políticos.[66]

Su oposición a este pensamiento, entonces considerado peligroso, era firme y decidida; no obstante, la alarmante idea de la revolución, a pesar del terror y de las expresiones de miedo de estos individuos[67] fue abriéndose camino, y el país la secundó.

El 2 de julio de 1776, el antiguo Congreso continental,[68] para disgusto de los amantes de lo fácil y los devotos de lo conveniente, dotó a aquella idea pavorosa de la autoridad que le confiere una sanción nacional en forma de resolución legal. Ya que en nuestros días difícilmente se toman resoluciones tan claras y nítidas como aquella,[69] leeré algunas de las líneas de ese documento para refrescaros la memoria y esclarecer algo mi relato:

> Hemos resuelto que estas colonias unidas *son*, y tienen pleno derecho a ser, Estados libres e independientes; que han liberado de cualquier obligación a la Corona británica; y que cualquier relación política entre ellas y el Estado de Gran Bretaña *queda*, y debe quedar, disuelta.[70]

Ciudadanos, vuestros Padres lograron que esta resolución se hiciera realidad. Alcanzaron su objetivo, y así vosotros podéis recoger hoy los frutos de su hazaña. La libertad que conquistaron os pertenece, y vosotros, en consecuencia,

podéis celebrar este aniversario como merece, porque el 4 de julio es el primer acontecimiento crucial en la historia de vuestra nación, el punto de anclaje de un destino, el vuestro, que aún está por cumplirse.

El orgullo y el patriotismo, al igual que la gratitud, os obligan a celebrarlo y mantener por siempre vivo su recuerdo. He dicho antes que la Declaración de Independencia es el *punto de anclaje* del destino de vuestra nación y, efectivamente, así es como yo la veo. Ese instrumento[71] contiene principios vivificadores: observadlos, sedles fieles siempre y en toda ocasión, en todo lugar, frente a cualquier forma de adversidad, cueste lo cueste.

Desde la gavia del navío de vuestro Estado se avistan nubes sombrías y amenazantes. Las tumultuosas corrientes dejan ver bajo el agua enormes arrecifes, como montañas en el horizonte. Que este *punto de anclaje* ceda, que esta *cadena* se rompa, y todo estará perdido. ¡Manteneos firmes y aferraos a este día y a los principios que representa con la misma firmeza con la que un marino golpeado por la tempestad se aferraría al mástil en mitad de la noche!

En nuestros días, el nacimiento de una nación siempre es un acontecimiento digno de interés, pero, más allá de consideraciones generales, hay circunstancias particulares que revistieron al advenimiento de esta república de un atractivo especial.

Cuando me pongo a pensar en ese espectáculo, me parece que todo en él fue sencillo, solemne y sublime.

En aquella época, la población del país no superaba la insignificante cifra de tres millones de habitantes. El país carecía de las municiones necesarias, la población era débil y dispersa y su territorio era un desierto aún sin conquistar. No había entonces ninguno de los medios de acuerdo y concertación que existen hoy en día. No se habían llegado a dominar por aquel entonces ni el vapor ni el relámpago; pasar del río Potomac a Delaware equivalía a un viaje de varios días. A pesar de estas dificultades, entre otras muchas, vuestros Padres se pronunciaron a favor de la libertad y de la independencia, y vencieron en su lucha.

Estimados conciudadanos, siento el mayor respeto por los Padres de esta

República. Los firmantes de la Declaración de Independencia eran hombres valerosos. Eran también hombres notables, tan eminentes, que dieron fama a esa gran época. No es habitual que una nación produzca al mismo tiempo tal cantidad de hombres verdaderamente ilustres. La posición desde la que me veo obligado a juzgarles no es ciertamente la más favorable y, sin embargo, no puedo dejar de sentir una gran admiración por sus grandes logros. Eran auténticos hombres de Estado, verdaderos héroes y patriotas y, por el bien que hicieron, por los principios que defendieron, quiero, con todos vosotros, honrar su memoria.

Vuestros Padres amaban su país por encima de sus propios intereses. Aunque esta no sea quizá la forma suprema de excelencia humana, convendremos en que se trata de una virtud muy poco frecuente que, cuando se manifiesta, ha de merecer todo nuestro respeto. Aquel que, provisto de razón, sacrifica la vida por su país, es alguien al que nadie puede despreciar. Vuestros Padres arriesgaron su vida, su fortuna y su más sagrado honor por su país, y el único interés que les movió a ello fue el amor a la libertad.

Eran hombres de paz; pero prefirieron la revolución antes que aceptar mansamente la servidumbre. Eran hombres de paz, pero no dudaron en luchar contra la opresión. Demostraron tolerancia, pero sabiendo que tiene un límite. Creían en el orden, pero no en el orden propio de la tiranía. Para ellos, nada que no fuese justo debía considerarse «sujeto a la ley». La justicia, la libertad y la humanidad eran su deseo *supremo*, y no la esclavitud ni la opresión. Tenéis todo el derecho a venerar la memoria de tales hombres. Fueron grandes en su tiempo y entre los de su generación, y su genio viril destaca más aún si lo comparamos con esta época degenerada.

¡Qué rigurosos, precisos y adecuados eran todos sus actos! ¡Qué lejos estaban de ser políticos de cortas miras! Su clarividencia política se extendía más allá del momento presente y alcanzaba el porvenir más lejano. Hicieron suyos principios eternos y los defendieron de manera tan gloriosa como ejemplar. Nunca olvidéis su ejemplo.

Plenamente conscientes de las dificultades futuras, creyendo firmemente en

la legitimidad de su causa, exponiéndose con todo su honor ante la curiosidad del mundo, pidiendo al cielo que diera fe de la sinceridad de sus actos, comprendiendo perfectamente la solemne responsabilidad que estaban dispuestos a asumir, midiendo con extraordinaria inteligencia los terribles obstáculos a los que habrían de enfrentarse, vuestros Padres, los Padres de esta República, de manera plenamente consciente y guiados por un glorioso patriotismo, construyeron los pilares de una nación, que no ha dejado de crecer majestuosamente a vuestro alrededor.[72]

Este día señala el aniversario de esta obra fundamental. Hoy asistimos a demostraciones de alegre entusiasmo. Las banderas y los estandartes ondean triunfantes al viento, el ajetreo de la vida comercial se ha detenido y hasta el mismo Mammon[73] parece haber abandonado su negocio en este día. El sonido agudo del flautín y el ritmo estruendoso del tambor se mezclan con el de miles de alegres campanas. Se reza, se entonan himnos, se pronuncian sermones en conmemoración de este día, mientras el paso vivo y marcial de esta populosa y gran nación resuena por todas las colinas, valles y montañas de un vasto continente y da fe de la emoción universal que suscita este acontecimiento: el jubileo de una nación.[74]

Estimados amigos y ciudadanos, no es preciso que vuelva sobre las razones de este aniversario. Muchos de vosotros las conocéis mejor que yo y podríais, de hecho, darme lecciones sobre esa materia. Es una rama del saber por la que quizá sentís un interés más profundo que quien os habla en este momento. Las causas que llevaron a las colonias a independizarse de la Corona británica han sido objeto de múltiples análisis e interpretaciones. Se han estudiado en vuestras escuelas públicas, se han relatado en las reuniones al calor de la chimenea, se han explicado en los púlpitos y se han proclamado en las asambleas legislativas, de manera que son para vosotros algo absolutamente familiar. Forman el corazón de vuestra poesía y elocuencia nacionales.

No olvido tampoco que, como pueblo, los americanos están extraordinariamente familiarizados con los hechos que hablan en su favor. Algunos consideran esto como una característica (tal vez una flaqueza) nacional. Es un hecho que los americanos no dejarán pasar la oportunidad de

descubrir todo aquello que, siéndoles poco costoso, pueda contribuir a otorgarles una mayor riqueza y reputación. No se me podrá acusar de calumniar a los americanos si digo que se puede confiar en ellos cuando se ocupan de algo que les concierne directamente.

En consecuencia, dejo la tarea de celebrar las gestas de vuestros Padres a otros caballeros cuya argumentación, de estilo más suave y mesurado, quizá resulte menos polémica que la mía.

---

[57] Discurso pronunciado en la sala *Corinthian Hall* en Rochester (Estado de Nueva York), publicado en Rochester por la editorial Lee & Mann en 1852 con el título *Oration, Delivered in Corinthian Hall, Rochester, July 5th, 1852*, cuyo título más comúnmente conocido es «What to the Slave is the Fourth of July?». Douglass incluyó extractos de este texto en el apéndice de su segunda autobiografía, *My Bondage and My Freedom*, con los títulos «What to the Slave is the Fourth of July?», *Autobiographies*, pp. 431-435 y «The Internal slave trade», *ibid*., pp. 436-439. (*N. del E.*)

[58] El 4 de julio es el día de la fiesta nacional de los Estados Unidos, en honor de la Declaración de Independencia del 4 de julio de 1776. (*N. del E.*)

[59] El *Corinthian Hall* de Rochester era una sala de conferencias inagurada muy recientemente, puesto que se construyó en 1849. Acogió a un gran número de conferenciantes de gran renombre: además de Douglass, que por aquel entonces residía en Rochester, a Ralph Waldo Emerson, Susan B. Anthony, Charles Dickens, William Lloyd Garrison, o William H. Seward. (*N. del E.*)

[60] Douglass recurre aquí al tipo de lenguaje heredado de la tradición bíblica, especialmente el del siglo xvii, cf. *Magnalia Christi Americana*, o *Histoire des merveilleuses oeuvres du Christ en Amérique,* de Cotton Mather, 1702, donde ciertos hechos o acontecimientos se interpretan como signos sobrenaturales investidos de una significación divina. Douglass quizá pensara en la extraordinaria coincidencia de la muerte de dos de los Padres fundadores más célebres, Thomas Jefferson (autor de la Declaración) y John Quincy Adams, el 4 de julio de 1826, justo cincuenta años después de la Declaración de Independencia, que parecía santificar aún más la fecha del 4 de julio. De forma más irónica, hay que mencionar que el presidente Zachary Taylor murió el 4 de julio de 1850 a consecuencia de una insolación sufrida durante la alocución que pronunció con ocasión de la fiesta nacional, a los pies del monumento erigido en la capital en honor a George Washington. Esta muerte prematura, en un momento en que el país vivía una situación muy tensa debido a la ley sobre los esclavos fugitivos (firmada en septiembre de 1850) se consideró un mal presagio para la Unión. (*N. del E.*)

[61] Alusión al *Salmo* 90, versículo 10, llamado «Oración de Moisés». Para las citas de la Biblia, hemos empleado la edición de la Biblioteca de Autores Cristianos, Nácar, Colunga, Madrid, 1984 (*N. del T.*)

[62] Se refiere a los *Founding Fathers*. Estos eran los líderes políticos que firmaron la Declaración de Independencia en 1776. (*N. del E.*)

[63] Douglass parafrasea el comienzo del primer artículo (diciembre de 1776) de *La crisis americana*,

del militante independentista y panfletario Thomas Paine; ver *El sentido común y otros escritos,* Madrid, Tecnos, 1990, pp. 174-175. (*N. del E.*)

[64] El derecho de recurrir ante el soberano formó parte integrante de la tradición política inglesa al menos desde la petición hecha en 1628 al rey Carlos I (que contenía la declaración de los derechos y libertades del pueblo). Este derecho fue adoptado en la Revolución francesa, que acuñó, mediante préstamo lingüístico, la palabra «pétitionner». (*N. del E.*)

[65] *Éxodo.*, 14, 26-28. Este texto, que evoca cómo se liberó a los hebreos de su esclavitud en Egipto, era una referencia esencial para los abolicionistas negros. (*N. del E.*)

[66] Douglass sin duda se refiere al término «Hunker», que designaba a los demócratas conservadores del Estado de Nueva York a finales de la década de 1840. En la década siguiente, dicho apelativo se aplicaba comúnmente en todos los Estados del Norte a la gran mayoría conservadora del partido demócrata, llamado Unionista, por oposición al bando antiesclavista. (*N. del E.*)

[67] La expresión inglesa que designa la guerra de Independencia de los EE.UU. es «American Revolution». (*N. del E.*)

[68] Cuerpo legislativo que gobernó las trece colonias hasta la proclamación de independencia en 1776. (*N. del E.*)

[69] Douglass piensa ciertamente en la política de compromiso que dominaba la vida política de la Unión desde al menos el Compromiso de Missouri (1820), y que había supuesto otro paso importante, junto con el Compromiso de 1850. (*N. del E.*)

[70] Se puede encontrar el texto de esta resolución, en el que la palabra «totalmente» (*totally*) aparece antes de «disuelta» (*dissolved*), en *Journals of the Continental Congress*, 1774-1789, ed. De W.C. Ford et al., Washington D.C., 1904-1937, vol. v, p. 507.

[71] Como se verá, Douglass elige un término técnico del ámbito jurídico y diplomático, «instrumento», en su significación de «acta auténtica, destinada a hacer valer derechos; original de una convención o tratado». (*N. del E.*)

[72] Una afirmación así estaba lejos de darse por supuesta en 1852, cuando el país iba tomando cada vez más la apariencia de la «casa dividida» que Abraham Lincoln (recordando un versículo del Evangelio de San Marcos, 3, 25) convirtió en el tema de uno de sus discursos más célebres, pronunciado en Springfield, Illinois, el 16 de junio de 1858. (*N. del E.*)

[73] Mammon: personificación de la riqueza considerada como una potencia que esclaviza al mundo. Ver el *Evangelio de San Mateo*, 6, 24: «Nadie puede servir a dos señores, pues o bien, aborreciendo al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas». (*N. del E.*)

[74] En buena lógica, el término «jubileo» no debería aplicarse a la celebración de un cincuentenario, como se hizo en los Estados Unidos en 1826. Que Douglass decidiese emplearlo en el septuagésimo aniversario de la Declaración de Independencia tiene probablemente relación con el hecho de que, en la tradición bíblica, se liberaban esclavos con ocasión de un jubileo; ver *Levítico*, 25, 10; no obstante, el versículo 25, 44, 46 demuestra que no se trata de una abolición de la esclavitud. Douglass busca entonces la temática bíblica relativa al Éxodo de Egipto. (*N. del E.*)

El presente

Mi objetivo, si es que acaso tengo alguno en este día, se refiere al presente. El tiempo propio de Dios y de su causa es el eterno presente.

> Desconfía del futuro por plácido que sea,
> Deja que el pasado entierre a sus muertos;
> Actúa, actúa en el presente vivo,
> Escucha a tu corazón, y déjate guiar por Dios.[75]

El pasado sólo nos importa en tanto puede sernos útil para el presente y el futuro. Estamos abiertos a los motivos y a las nobles acciones que aquel puede inspirarnos, pero lo que realmente cuenta es el momento presente. Vuestros Padres han vivido, han muerto y completado su obra, y lo han hecho, en lo esencial, correctamente. Pero vosotros no tenéis ningún derecho a disfrutar de la labor realizada por vuestros Padres, si vuestros hijos no pueden a su vez beneficiarse de la vuestra; no tenéis ningún derecho a dilapidar y arruinar la gloria que tanto esfuerzo costó a vuestros Padres con el único fin de encubrir vuestra indolencia. Como señala Sydney Smith,[76] los hombres no celebran la sabiduría y las virtudes de sus Padres sino para excusar su propia insensatez o vileza. Esta verdad no admite discusión: pueden citarse multitud de ejemplos, tanto próximos como lejanos, antiguos o modernos. Hace siglos, era corriente que los hijos de Jacob se jactaran de tener a «Abraham por padre», cuando hacía mucho que habían perdido la fe y el espíritu de Abraham.[77] Este pueblo, tan orgulloso de sí mismo, seguía invocando el nombre de Abraham mientras repudiaba los actos que habían conformado la gloria de este último. ¿Hace falta recordar que lo mismo ocurre hoy a lo largo y ancho de todo el país? ¿Habré de señalar que los judíos no son el único pueblo en cavar la tumba de los profetas[78] y llenar el sepulcro de justos? George Washington murió sin haber roto las cadenas que oprimían a sus esclavos.[79] Es nuestro deber recordar que su monumento[80] se erigió a costa de sangre humana y que

aquellos que trafican con los cuerpos y las almas de seres humanos proclaman a coro: «Tenemos a Washington por padre». ¡Qué desgracia que así sea! Porque ese es el caso.

> El mal que causan los hombres les sobrevive,
> El bien normalmente queda enterrado junto
> con sus huesos[81]

Estimados conciudadanos, permitidme preguntaros por qué se me ha pedido que hable hoy aquí. ¿Qué tengo que ver yo, o aquellos a quienes represento, con la independencia de vuestra nación? ¿Acaso los grandes principios de libertad política y de justicia natural incluidos en esta Declaración de Independencia se extienden también a nosotros? ¿Se me ha llamado, en consecuencia, para que lleve nuestra humilde ofrenda al altar de la nación y exprese nuestra más profunda gratitud por las bendiciones resultantes de vuestra independencia?

Placiera a Dios, tanto por vosotros como por nosotros, que estas preguntas pudieran responderse afirmativamente, porque mi tarea sería entonces más sencilla, y mi carga, más ligera y fácil de llevar. Pues, ¿quién puede haber tan frío que no se emocione con el sentimiento de una nación? ¿Quién es tan obtuso e ingrato que no acepte agradecido tan inconmensurables beneficios? ¿Quién tan necio y egoísta que, una vez libre del yugo de la esclavitud, no una su voz al concierto de aleluyas en el jubileo de una nación? Yo no soy ese hombre. En tal caso, el mudo podría expresarse con elocuencia y el «cojo saltar como un gamo».[82]

Pero esa no es la situación. Lo digo con la triste conciencia de lo mucho que nos separa. Yo no puedo sumarme a este glorioso aniversario. La grandeza de vuestra independencia no hace sino poner de manifiesto la distancia inconmensurable que nos aleja. Los logros que hoy rememoráis no son compartidos por todos. El rico legado de justicia, libertad, prosperidad e independencia que vuestros Padres os dejaron lo disfrutáis vosotros, no yo. La luz del sol que os dio vida y salud, a mí me trajo el látigo y la muerte. Este 4 de julio es vuestro, no mío. Vosotros podéis celebrarlo, mientras que para mí es

motivo de llanto. Arrastrar a un hombre encadenado hasta el interior del gran templo iluminado de la libertad y pedirle que se una a vuestros himnos de alegría sería una burla tan sacrílega como inhumana. Ciudadanos, ¿pretendéis acaso burlaros pidiéndome que hable en un día como este? Si así fuera, ya existiría un precedente de vuestra conducta. Y permitidme que os advierta del peligro que entraña imitar el ejemplo de una nación cuyos crímenes, que se elevaban hasta el cielo, fueron derribados por el aliento del Todopoderoso, que sepultó esa nación para siempre bajo las ruinas.[83] Hoy puedo recrear el lamento de un pueblo destrozado y golpeado por la desgracia.

> Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión.
>
> De los sauces que hay en medio de ella, colgábamos nuestras cítaras.
>
> Allí los que nos tenían cautivos nos pedían canciones; los que nos habían llevado atados, alegría; *Cantadnos algunos de los cantos de Sión*.
>
> ¿Cómo habíamos de cantar las canciones de Yavé en tierra extranjera? Si yo me olvidara de ti, Jerusalem, olvidada sea mi diestra.
>
> Péguese mi lengua al paladar, si no me acordara de ti.[84]

Ciudadanos, por encima de vuestra alegre festividad nacional, oigo los quejidos y el dolor de millones de hombres cuyas cadenas, ayer pesadas y crueles, hoy les resultan más intolerables aún por el clamor de júbilo que llega a sus oídos. Si hoy olvido, si no me acuerdo hoy de las heridas de estos hijos del dolor, «olvidada sea mi diestra y péguese mi lengua al paladar». Olvidarlos, pasar por alto su dolor y unirme a la cantinela general sería la más escandalosa y vil de las traiciones, y me convertiría en un réprobo ante Dios y ante el mundo. Ciudadanos, el tema de mi discurso es la esclavitud en América, y veré este día y sus características populares desde el punto de vista del esclavo. De ahí que, al identificarme con el esclavo americano, al hacer míos sus pesares, no dudo en afirmar con toda mi alma que el carácter y la conducta de esta nación no me han parecido nunca tan negros como en este 4 de julio. Ya consideremos los manifiestos del pasado o las declaraciones del presente, el comportamiento de esta nación parece igualmente indigno e inaceptable. América ha traicionado el pasado, traiciona el presente y se compromete solemnemente a traicionar el futuro. Al mantenerme en esta ocasión del lado

de Dios y del esclavo oprimido y sufriente, pretendo, en nombre de la humanidad ultrajada, en nombre de la libertad amordazada, en nombre de la Constitución y de la Biblia, tan despreciadas y pisoteadas, pretendo cuestionar y denunciar, de la forma más rotunda posible, todo aquello que contribuye a perpetuar la esclavitud, el gran pecado y la mayor vergüenza de América. «No seré ambiguo; no disculparé nada»;[85] emplearé el lenguaje más duro del que sea capaz y, sin embargo, no se me escapará ninguna palabra que cualquier hombre cuya mente no esté cegada por los prejuicios ni sea él mismo dueño de esclavos, no considere justa y verdadera.

Pero me parece oír a alguien en el auditorio decir: «Así es precisamente como tú y tus hermanos abolicionistas no vais a lograr producir una impresión favorable en la opinión pública. Si argumentaras más y denunciaras menos, si persuadieras más y reprendieras menos, tu causa tendría muchas más posibilidades de triunfar». A lo que yo respondo que, cuando todo está claro, no hay nada que discutir. ¿Qué artículo del credo antiesclavista queréis que argumente? ¿Sobre qué aspecto de la cuestión necesitan los hombres de este país que les ilumine? ¿Es preciso que intente demostrar que el esclavo es un hombre? Este punto ya está aceptado por todos y nadie lo pone en duda. Los mismos propietarios de esclavos así lo reconocen por medio de las leyes que dictan para gobernarlos. Lo reconocen también cuando castigan los actos de desobediencia por parte del esclavo. En el Estado de Virginia hay setenta y dos delitos que, de ser cometidos por un negro (no importa lo ignorante que pueda ser), le supondrían a este la pena de muerte; mientras que tan sólo dos de esos delitos acarrearían esa misma pena si se tratara de un blanco.[86] ¿Qué es eso sino el reconocimiento de que el esclavo es un ser responsable, dotado de inteligencia y sentido moral? Se admite así la condición humana del esclavo. Esta condición se le reconoce en el hecho de que los códigos vigentes en el Sur abundan en disposiciones que prohíben, bajo pena de multas y castigos severos, enseñar a leer y escribir a un esclavo. Cuando podáis demostrarme que alguna de esas leyes se aplica a las bestias del campo, entonces quizá consienta en discutir acerca de la condición humana del esclavo. Cuando los perros de vuestras calles, cuando las aves del cielo, cuando el ganado que pace en vuestros

campos, cuando los peces del mar y los reptiles que se arrastran sobre la tierra sean, también ellos, incapaces de distinguir a un esclavo de una bestia,[87] entonces, y sólo entonces, discutiré con vosotros acerca de si el esclavo es un hombre.

De momento, basta con afirmar la condición humana de la raza negra. Cuando labramos, plantamos y recolectamos, cuando utilizamos toda suerte de máquinas, construimos casas, puentes, barcos, trabajamos el latón, el hierro, el cobre, la plata y el oro; cuando sabemos leer, escribir y contar, cuando desempeñamos las funciones de empleados, comerciantes y secretarios, cuando hay entre nosotros abogados, doctores, sacerdotes, poetas, escritores, redactores, oradores y profesores; cuando estamos comprometidos en toda suerte de iniciativas en común con otros hombres, cuando buscamos oro en California, pescamos ballenas en el Pacífico, pastoreamos ovejas y ganado en las colinas, cuando vivimos, nos movemos, actuamos, pensamos, planificamos y vivimos en familia como maridos, mujeres e hijos y, sobre todo, cuando honramos y alabamos al Dios de los cristianos y vivimos con la esperanza de la vida eterna más allá de la tumba; ¿no es acaso sorprendente que nos veamos obligados a demostrar que nosotros también somos hombres?

¿Querríais que argumentara que el hombre tiene derecho a la libertad, que es dueño de su propio cuerpo? Vosotros mismos ya lo habéis declarado así.[88] ¿Debo acaso demostrar el carácter profundamente injusto de la esclavitud? ¿Es esta una cuestión reservada a los republicanos?[89] ¿Ha de resolverse según las reglas de la argumentación y la lógica, como si fuera un problema extremadamente difícil, que implicara una aplicación incierta del principio de justicia y fuera difícil de comprender? ¿Qué impresión daría yo hoy ante los americanos si diera una y mil vueltas a mi argumentación y planteara tesis, antítesis y síntesis para demostrar que todo hombre tiene un derecho natural a la libertad? Proceder así me haría parecer ridículo y sería un insulto a vuestra inteligencia. No hay hombre bajo la bóveda del cielo que no sepa que la esclavitud es mala *para él*.

Decidme, ¿debo acaso argumentar que es injusto convertir a los hombres en

animales, robarles la libertad, obligarles a trabajar sin salario, mantenerlos ignorantes de los lazos que les unen a los demás hombres, golpearles con palos, azotarlos con el látigo, cargar sus miembros con cadenas, perseguirlos con perros, venderlos en pública subasta, separarlos de su familia, arrancarles los dientes, causarles quemaduras, hacerles pasar hambre para que obedezcan y se sometan a sus amos? ¿Debo acaso argumentar que un sistema así, tan manchado de sangre, tan indigno, es injusto? No, no lo haré. Tengo cosas más importantes en qué emplear mi energía y mi tiempo que entrar en esos debates.

¿Qué queda, entonces, por demostrar? ¿Qué la esclavitud no es de origen divino, que no fue instituida por Dios, que nuestros doctores en teología se equivocan?[90] Pensar eso sería blasfemar. ¡Lo que es inhumano no puede ser divino! ¿Quién puede razonar partiendo de un presupuesto así? Que lo hagan quienes puedan; yo no soy capaz. El tiempo de ese debate ya pasó.

En un momento como este, sólo cabe la mordaz ironía, no el argumento racional. ¡Oh, si tuviera la capacidad y la posibilidad de llegar a toda la nación, vertería hoy todo un torrente de ácidas burlas, de duros reproches, de fulminantes sarcasmos y críticas severas! Porque no es luz, sino fuego, lo que necesitamos; no la ligera lluvia, sino el trueno. Necesitamos la tormenta, el huracán y el terremoto. Hay que agitar el espíritu de la nación, despertar su conciencia, romper sus convenciones, mostrar su hipocresía, proclamar y denunciar sus crímenes contra Dios y contra la humanidad.

¿Qué representa para el esclavo americano vuestro 4 de julio? He aquí mi respuesta: un día que le revela, más que ningún otro del año, la enorme injusticia y la crueldad de las que es víctima constante. Para él, vuestra celebración es una impostura, la libertad de la que tanto os vanagloriáis, una licencia impía, y vuestra grandeza nacional, pura vanidad. Vuestros gritos de júbilo son algo cruel y desprovisto de sentido, vuestra denuncia de los tiranos es de una impudicia descarada, vuestros gritos de libertad e igualdad, un vano simulacro; vuestros himnos y oraciones, vuestros sermones y acciones de gracia, toda vuestra solemnidad y vuestro alarde de religiosidad no son para el esclavo más que una fanfarronada, un fraude, un engaño, una impiedad y una

hipocresía, un fino velo con el que disimular unos crímenes que avergonzarían a una nación de salvajes. En este momento, no hay en la Tierra una nación más culpable de prácticas inhumanas y sangrientas que los Estados Unidos.

Llegad hasta donde podáis, buscad donde queráis, recorred todas las monarquías y despotismos del mundo antiguo, atravesad toda América del Sur, buscad allí cualquier tipo de abuso. Cuando hayáis encontrado el último, comparad vuestros descubrimientos con las prácticas habituales en esta nación y convendréis conmigo en que, en materia de barbarie, crueldad e hipocresía manifiesta, América no tiene rival.

El comercio interior de esclavos

Pensad en el comercio de esclavos en América que, según los diarios, es un negocio particularmente floreciente en el momento en que os hablo. El ex senador Benton[91] nos informa de que el precio de los hombres nunca ha sido tan elevado como ahora y menciona este hecho para demostrar que la esclavitud de momento no corre peligro. Este comercio es una de las particularidades de las instituciones americanas.[92] Se practica en todas las ciudades y localidades importantes a lo largo y ancho de media confederación, y quienes se dedican a este tráfico inhumano se embolsan cada año millones de dólares. Este comercio constituye una de las principales fuentes de riqueza de varios estados, y recibe —por contraposición al comercio exterior o internacional de esclavos— el nombre de «comercio interior de esclavos». No hay duda de que se llama así para enmascarar el horror que suscita la trata de esclavos. Hace mucho tiempo que el comercio de esclavos ha sido denunciado por los Estados Unidos como una forma de piratería.[93] Los más altos responsables de la nación han condenado este tráfico abominable de forma tajante. Para acabar con él, este país mantiene un escuadrón de barcos a lo largo de las costas africanas que le cuesta una auténtica fortuna, y por todo el país se puede denunciar abiertamente la trata de esclavos como un tráfico execrable e inhumano, contrario a las leyes de Dios y de los hombres. Hasta nuestros MÁS EMINENTES TEÓLOGOS admiten la necesidad de combatirlo y

erradicarlo. Con este fin, ¡algunos de ellos han consentido que sus hermanos de color (teóricamente libres) abandonen el país y vayan a establecerse a la costa este de África![94] No obstante, es un hecho ciertamente notable que, mientras los americanos vierten todo un arsenal de duras críticas contra quienes se dedican al comercio internacional de esclavos, quienes lo practican dentro de la Unión quedan libres de toda condena e incluso ven cómo su actividad se considera algo honorable.

Deteneos un momento y observad las prácticas de este comercio interior de esclavos: el comercio americano de esclavos, que cuenta con el apoyo de las autoridades políticas y religiosas de América. Veréis a hombres y mujeres criados como animales para su venta en el mercado. ¿Sabéis todos lo que es un tratante de ganado? Pues bien, yo voy a mostraros a un tratante de humanos.[95] Estos individuos viven en nuestros Estados sureños, recorren todo el país y llenan sus caminos con rebaños de ganado humano. Mirad cómo ese traficante de carne humana, armado con una escopeta, un látigo y un cuchillo de caza, conduce una compañía de un centenar de hombres, mujeres y niños, desde el lago Potomac hasta el mercado de esclavos en Nueva Orleans. Allí, estos desdichados serán vendidos individualmente o por lotes, según le convenga al comprador, y su destino será abastecer los campos de algodón y las letales fábricas de azúcar. Contemplad la siniestra procesión, avanzando penosamente a las órdenes de esa bestia cruel e inhumana. ¡Escuchad los gritos y los juramentos horribles y blasfemos de ese canalla cuando fustiga a sus pobres y aterrorizados cautivos! Fijaos en ese viejo de cabellos grises y ralos, en esa joven madre cuyos hombros desnudos están llenos de quemaduras a causa del sol y que vierte amargas lágrimas sobre el rostro del bebé que lleva en brazos. Mirad a esa muchacha de trece años, llorando, ¡sí!, llorando al pensar en la madre de cuyos brazos la han arrancado. El rebaño humano se mueve lentamente. El calor y la pena casi han consumido sus fuerzas. De repente, oís un ruido, como la descarga de una escopeta, los hierros y cadenas se entrechocan, ¡y un grito desgarrador hiere vuestros tímpanos y os estremece el alma! Ese ruido era el de un látigo, y el grito provenía de la mujer con su bebé, que había tropezado agotada por el peso de las cadenas y de su hijo. Ese latigazo en el hombro le

recuerda que debe seguir caminando. Seguid a este rebaño de esclavos hasta Nueva Orleans y acudid a la puja: veréis que se examina a los hombres como si fueran caballos, que los cuerpos de las mujeres son expuestos públicamente con tanta impudicia como brutalidad ante la mirada obscena de los negreros americanos. Ved cómo se vende y se dispersa este rebaño para siempre, y no olvidéis nunca los llantos que manan de esta multitud abatida. Decidme, ciudadanos, ¿en qué otro lugar se puede asistir a un espectáculo más atroz y demoníaco? Y sin embargo, lo que acabo de describir es sólo un pequeño episodio del comercio americano de esclavos, tal y como existe hoy en día, en este mismo momento, en la parte de los Estados Unidos donde se elaboran las leyes.[96]

Yo nací en medio de espectáculos tan horribles como ese, y por eso el comercio de esclavos en América es para mí una terrible realidad. Cuando era niño, la conciencia de ese horror a menudo me desgarraba el alma. Vivía en Phipot Street, en el barrio de Fell´s Point, en Baltimore,[97] y veía desde los muelles cómo los barcos negreros fondeaban en el puerto y atracaban en el río, con su cargamento de carne humana, a la espera de que vientos favorables les hicieran deslizarse suavemente a lo largo del río Chesapeake. Había por aquel entonces un gran mercado de esclavos en lo alto de Pratt Street, regentado por Austin Woldfolk[98]. Este enviaba a sus representantes a todos los condados y ciudades de Maryland, y la llegada de estos se anunciaba en todos los diarios y en folletos llamativos en los que podía leerse: «Se compran negros al contado». Estos hombres iban generalmente bien vestidos y aparentaban buenos modales, siempre dispuestos a beber, invitar y jugar. La suerte de un gran número de esclavos se ha jugado a una sola carta y muchos niños han sido arrancados de los brazos de sus madres después de un trato cerrado por individuos embrutecidos por el alcohol.

Acto seguido, los tratantes de carne humana reagrupaban a sus víctimas por docenas y los conducían encadenados hasta el depósito central de Baltimore. Una vez reunido el número suficiente, se fletaba un barco para escoltar este desdichado cargamento hasta Mobile o Nueva Orleans. Generalmente, los negreros aprovechaban la oscuridad de la noche para llevarlos de su prisión al

barco, ya que desde que surgió el movimiento antiesclavista era preciso actuar con prudencia.

En la más profunda calma y oscuridad de la noche, muchas veces me despertó el ruido de los pasos y los gritos estremecedores de las cohortes de hombres encadenados que pasaban bajo nuestras ventanas. Una gran angustia atormentaba mi corazón infantil y a menudo me consolaba, cuando al día siguiente lo comentaba con mi ama, oírle decir que se trataba de una práctica perversa, que a ella también le estremecía oír el crujir de las cadenas y esos gritos que partían el corazón.[99] Me alegraba encontrar a alguien que compartía mi sentimiento de horror.

Ciudadanos, este tráfico cruel se sigue practicando de forma activa, a esta misma hora, en esta República de la que tantos se vanaglorian. Cuando me quedo a solas con mi alma, distingo nubes de polvo elevándose sobre los caminos del Sur, escucho pasos ensangrentados, oigo el llanto desgarrador de la humanidad encadenada, arrastrada hacia el mercado de esclavos, donde las víctimas serán vendidas como *caballos*, *corderos* o *cerdos*, adjudicadas al mejor postor. Veo que en dichos mercados no se respetan los vínculos más sagrados; su único propósito es satisfacer la lujuria, el deseo o la rapacidad de los comerciantes de hombres, y mi alma se revuelve ante ese terrible espectáculo.

¿Es esta la tierra que amaron nuestros Padres?

¿Es esta la libertad que conquistaron con tanto esfuerzo?

¿Son estas las tierras que recorrieron?

¿Son estas las tumbas donde reposan?

Pero debo evocar aquí una situación aún más inhumana, vergonzante y escandalosa: en virtud de una ley votada por el Congreso americano hace menos de dos años,[100] la esclavitud se ha extendido por toda la nación en su versión más horrible e indignante. A resultas de dicha ley, se ha borrado la línea Mason & Dixon, el Estado de Nueva York se ha asimilado al de Virginia y el derecho a capturar, perseguir y vender hombres, mujeres y niños como esclavos ya no es una práctica legal propia sólo de ciertos Estados sino, en adelante, de

todos los que integran los Estados Unidos.[101] A partir de ahora, este derecho tiene el mismo campo de acción que la bandera estrellada y el cristianismo americano: allí donde estos alcanzan, el despiadado cazador de esclavos puede actuar impunemente. En esas tierras, el hombre ha dejado de ser algo sagrado y ha pasado a ser una mera presa para el cazador de esclavos. Como consecuencia del más infame y diabólico de los decretos humanos, la libertad y la condición misma de cada hombre están en peligro. Vuestra vasta república no es más que un coto para la caza del *hombre*, en el que no sólo se persigue a ladrones y delincuentes, sino también a hombres completamente inocentes. Vuestros legisladores han ordenado que todos los buenos ciudadanos se dediquen a esta caza diabólica.[102] Vuestro presidente, vuestro secretario de Estado, vuestros *lores*, vuestros *nobles* y eclesiásticos, imponen la perpetración de este crimen como un deber hacia Dios y hacia vuestra libre y gloriosa patria. En el transcurso de los dos últimos años, no menos de cuarenta americanos han sido acorralados y, sin previo aviso, encadenados y enviados lejos de su tierra, sufriendo las penalidades de la esclavitud y la tortura. Algunos de estos hombres tenían mujer e hijos a su cargo, pero nada de esto se tuvo en cuenta. El derecho del cazador sobre su presa está por encima del derecho conyugal y del resto de derechos vigentes en esta República, ¡incluyendo los derechos de Dios! Para los negros no hay ley, ni justicia, ni humanidad, ni religión. La *ley* sobre los esclavos fugitivos considera la misericordia como un crimen e implica sobornar al magistrado que los juzga. Un juez americano cobra diez dólares por cada víctima que condena a la esclavitud, y solamente cinco en caso contrario. De acuerdo con esta perversa ley, el testimonio de dos canallas basta para enviar al negro más decente y ejemplar a las garras implacables de la esclavitud. Su propio testimonio no tiene ningún valor, ni puede citar a ningún testigo en su defensa. El servidor de la justicia americana se ve obligado por ley a no escuchar más que a una sola de las partes: la correspondiente al opresor.[103] ¡Qué nunca se olvide este hecho terrible! ¡qué el mundo entero proclame que en la América cristiana, democrática, enemiga de reyes y tiranos y amante del pueblo, los tribunales están llenos de jueces que ejercen su cargo mientras son

abierta y manifiestamente *sobornados*, y que estos jueces tienen la obligación, a la hora de decidir sobre la libertad de un hombre *escuchar únicamente a sus acusadores*!

En lo que supone de violación flagrante de la justicia, de desprecio absoluto de los procedimientos judiciales, en su intención y en lo perverso de unas disposiciones hechas para engañar a quienes no tienen defensa, esta ley sobre los esclavos fugitivos no tiene parangón en la historia de la tiranía. Dudo que haya en la Tierra otra nación que pueda tener la suficiente impudicia y bajeza moral como para dictar una ley así. Si hay alguien en esta asamblea que no esté de acuerdo y se sienta capaz de rebatir mis afirmaciones, me gustaría debatir con él en el lugar y a la hora que le fueran más convenientes.

La libertad religiosa

Considero esta ley una de las más obscenas vulneraciones de la libertad religiosa que pueda imaginarse, y si las iglesias y los pastores de nuestro país no estuvieran tan estúpidamente ciegos ni se mostraran tan cruelmente indiferentes, también ellos opinarían así.

Porque, al mismo tiempo que dan gracias a Dios por disfrutar de libertad civil y religiosa, y del derecho a alabar a Dios según lo que les dicta su propia conciencia, guardan un silencio absoluto sobre una ley que despoja a la religión de su significación primera y le priva de todo su valor en un mundo sumido en la iniquidad. Si esta ley afectara a «*la menta, el anís o el comino*»,[104] si limitara el derecho a cantar los salmos, a tomar parte en la comunión o en tal o cual ceremonia religiosa, provocaría la ira de mil y un predicadores. Un clamor general se elevaría desde las iglesias exigiendo su abrogación, ¡una abrogación total e inmediata! Y eso no le convendría al político que pretendiera obtener el voto del pueblo sin incluir este punto en su programa. Es más, si no se diera debida respuesta a esta demanda, tendría lugar el advenimiento de una nueva Escocia en la historia de la libertad religiosa, y los austeros *Covenanters* de antaño serían condenados al olvido.[105] Cada iglesia contaría con un John Knox, desde cada púlpito se lanzarían sermones incendiarios y no se respetaría

a Fillmore[106] más de lo que Knox respetó a la bella, pero traidora, María Estuardo.[107] El hecho de que la Iglesia de nuestro país, salvo raras excepciones, no considere la «ley sobre los esclavos fugitivos» como una declaración de guerra contra la libertad religiosa, significa que para ella la religión es un mero ritual, una ceremonia vacía de sentido, y no un principio vital que exige de cada uno de nosotros bondad, justicia, amor y buena voluntad hacia el prójimo. Esa Iglesia prefiere el sacrificio a la misericordia, el cántico de salmos a las buenas obras, las ceremonias solemnes a la práctica de la virtud. Un culto llevado a cabo por gentes que se niegan a dar refugio a quienes no lo tienen, a dar pan a los hambrientos, a vestir a los que están desnudos y que obligan a acatar una ley que prohíbe esos mismos actos de misericordia, es una maldición y no un bien para la humanidad. La Biblia define a todas esas gentes como «escribas, fariseos, hipócritas, que pagan el diezmo de *menta, anís y comino* y olvidan la parte más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe».[108]

La responsabilidad de la Iglesia

Mas la Iglesia de este país, no contenta con permanecer indiferente ante las injusticias cometidas con los esclavos, toma partido por el opresor, y así se van construyendo los muros que protegen la esclavitud en América[109] y los escudos que amparan a los cazadores de esclavos en este país. Un gran número de los teólogos más elocuentes de esta nación, considerados la luz y guía de la Iglesia, han otorgado sin ningún pudor el reconocimiento oficial de la religión y de la Biblia a todo el sistema de la esclavitud en América. Han declarado que un hombre puede ser esclavizado, que la relación entre el amo y el esclavo es un decreto divino, que restituir un esclavo fugitivo a su amo es una clara obligación de todos los discípulos de nuestro señor Jesucristo y han intentado presentar ante todo el mundo esta horrible blasfemia como si fuera un deber cristiano.

Pero yo digo ¡viva la incredulidad!, ¡viva el ateísmo! ¡viva cualquier cosa antes que el evangelio tal y como lo predican esos teólogos! Hacen del prestigio

mismo de la religión un instrumento de tiranía y de barbarie y, de ese modo, confirman en su escepticismo religioso a más gente hoy que todos los escritos de los impíos Thomas Paine, Voltaire y Bolingbroke juntos.[110] Esos pastores, tan carentes de sentido de la justicia como desprovistos de corazón, convierten la religión en algo frío e inhumano, despojan al amor de Dios de su belleza y dan a su trono una apariencia monstruosa, horrible, repulsiva. Es una religión para los opresores, los tiranos, los ladrones de hombres y los sinvergüenzas. Ya no es esa «práctica religiosa pura e inmaculada», esa sabiduría divina que «es primeramente pura; luego pacífica, indulgente, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y sin hipocresía»,[111] sino que se ha convertido en una religión que favorece al rico en detrimento del pobre, que ensalza a los soberbios por encima de los humildes, que divide la humanidad en dos clases, los tiranos y los esclavos, que dice al hombre encadenado «no te rebeles» y al opresor «sigue oprimiendo». Es una religión hecha para quienes roban y esclavizan a la humanidad, una religión que convierte a Dios en un ser ante el que todos los hombres no son iguales, que le niega su condición de padre de la raza humana y desprecia el principio básico de la fraternidad de todos los hombres. Todo esto, lo decimos alto y claro, es verdad en lo que respecta a la mayor parte de la Iglesia, a la religiosidad imperante en nuestro país y en nuestra nación; una religión, una Iglesia y una forma de devoción que pretenden ser depositarias de la doctrina inspirada desde lo alto y que nosotros consideramos una abominación ante los ojos de Dios. Estas palabras de Isaías podrían aplicarse perfectamente a la Iglesia americana.

> No me traigáis más esas vanas ofrendas. El incienso me es abominable; neomenias, sábado, convocaciones festivas, las fiestas con crimen me son insoportables.
>
> Detesto vuestros novilunios, y vuestras convocatorias me son pesadas; estoy cansado de soportarlas.
>
> Cuando alzáis vuestras manos, yo aparto mis ojos de vosotros; cuando multiplicáis las plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre.
>
> Dejad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.[112]

Decididamente, la Iglesia americana es culpable si pensamos en lo que ha

hecho por apoyar la esclavitud; pero lo es más aún si consideramos los muchos medios de que dispone para hacer posible su abolición.

La Iglesia añade al pecado de obra, el de omisión. Albert Barnes tan sólo ha expresado lo que aparecerá como la simple verdad a cualquiera que esté mínimamente al tanto del estado actual de la cuestión, cuando declaró que «ningún poder al margen de la Iglesia conseguiría mantener viva la esclavitud más de una hora si no contara con el respaldo de aquella».[113]

Si la prensa religiosa, el clero, las escuelas dominicales, el sínodo, las grandes asociaciones eclesiásticas, misioneras, evangélicas y proselitistas del país, uniesen sus fuerzas contra la esclavitud y la caza de esclavos, todo este sistema criminal y sanguinario sería completamente aniquilado. El hecho de que no lo hagan les convierte en responsables de una de las prácticas más viles que pueda imaginarse.

Muy frecuentemente se nos ha pedido que, en nuestra lucha y en nuestras reivindicaciones contra la esclavitud, dejáramos a un lado a la Iglesia y al clero; pero yo os pregunto, *¿cómo* sería eso posible? Desde el mismo comienzo de nuestra campaña en pro de la manumisión[114] de la esclavitud, nos encontramos enfrente a la Iglesia y al clero de este país, dispuestos en formación de combate contra nosotros, y la única opción que nos queda es luchar o huir. ¿Podéis decirme si en el transcurso de los dos últimos años hemos sufrido ataque más mortal que el lanzado desde los púlpitos del Norte? Los cabecillas de la opresión: eso es lo que han demostrado ser los líderes de la teología americana —hombres reverenciados por su supuesta piedad y su profunda ciencia—. Los Lord[115] de Búfalo, los Spring[116] de Nueva York, los Lathrop[117] de Auburn, los Cox[118] y los Spencer[119] de Brooklyn, los Gannet[120] y los Sharp[121] de Boston, los Dewey[122] de Washington y otras eminencias de la teología de este país nos han predicado sin ningún pudor, contraviniendo totalmente la autoridad de Aquel por el que dicen haber sido llamados a ejercer su ministerio, y en contra del ejemplo de los hebreos y del testimonio de los apóstoles, nos han predicado, decía, «que debemos obedecer la ley de los hombres antes que la de Dios».[123]

Mi alma está harta de esa gran blasfemia; ¿cómo es posible creer que esos hombres son los «representantes y la imagen viva de Jesucristo»? Dejaré a otros el esclarecimiento de ese misterio. Quede bien claro, sin embargo, que cuando hablo de la Iglesia americana, pienso en la *gran mayoría* de las organizaciones religiosas de nuestro país. Hay excepciones, por las que doy gracias a Dios, y ciertamente encontramos hombres decentes repartidos por todos los Estados del Norte, de los que Henry Ward Beecher,[124] en Brooklyn, Samuel J. May,[125] en Siracusa y el estimado colega que está a mi lado en este estrado, son brillantes ejemplos. Y permítaseme también decir que a estos hombres incumbe la tarea de infundirnos la fe más profunda y los más nobles sentimientos y alentarnos en la misión de liberar al esclavo de sus cadenas.

La religión en Inglaterra y la religión en América

Es ciertamente sorprendente la diferencia entre la actitud de la Iglesia americana con relación al movimiento antiesclavista y la reacción que han tenido las Iglesias de Inglaterra respecto de un movimiento similar en su país. En Inglaterra, la Iglesia, fiel a su misión de mejorar y enaltecer la condición del ser humano, se puso rápidamente a la vanguardia de dicho movimiento, vendó las heridas del esclavo antillano y le ayudó a recobrar la libertad. En ese país, la cuestión de la emancipación era un asunto que estaba estrechamente ligado a la religión y se exigió la abolición de la esclavitud en nombre del humanitarismo y de la obediencia a la ley de Dios. Los Sharp,[126] los Clarkson,[127] los Wilberforce,[128] los Buxton,[129] los Burchell y los Knibb[130] eran tan célebres por su piedad como por su filantropía. Allí, el movimiento antiesclavista no contó con la oposición de la Iglesia, por la simple razón de que esta tomó partido por él: el movimiento antiesclavista de nuestro país dejará de estar enfrentado a la Iglesia cuando esta adopte una actitud favorable, y no hostil.

¡Americanos! Vuestra política y religión republicanas demuestran una incoherencia flagrante. Os jactáis de vuestro amor a la libertad, de la superioridad de vuestra civilización, de la pureza de vuestro cristianismo,

cuando todo el poder político de la nación (representado por los dos grandes partidos políticos) se compromete solemnemente a mantener y perpetuar la servidumbre de tres millones de vuestros compatriotas. Condenáis y criticáis a los reyes y tiranos de Rusia y Austria, estáis orgullosos de vuestras instituciones democráticas, mientras aceptáis de buen grado ser los *guardias e instrumentos* de los tiranos de Virginia y Carolina. Invitáis a vuestras costas a fugitivos que han sido víctimas de la opresión en el extranjero, los honráis con banquetes, les dedicáis grandes brindis y ovaciones, los aclamáis, lanzáis salvas en su honor, les ofrecéis protección y gastáis en ellos grandes cantidades de dinero;[131] pero en el caso de los fugitivos de vuestro propio país, os dedicáis a hacer pública su descripción y a perseguirlos, para después capturarlos, disparar sobre ellos y matarlos. Ensalzáis vuestra gran educación y refinamiento, y sin embargo mantenéis el sistema más bárbaro y atroz de los que jamás hayan manchado el carácter de una nación, un sistema nacido de la avaricia, fomentado por la soberbia y perpetuado por la crueldad. Derramáis lágrimas por la caída de Hungría, convertís la triste injusticia que la golpea en el tema principal de vuestros poetas, oradores y hombres de Estado, de tal forma que nuestros valerosos hijos se aprestan a tomar las armas para socorrerla y defender su causa contra sus opresores; pero, por lo que respecta a los infinitos males que aquejan al esclavo americano, os gustaría imponer el mayor de los silencios y considerar enemigo de la nación a aquel que osara hacer públicas esas injusticias. Os entusiasma la idea de libertad para Francia[132] o Irlanda[133], pero permanecéis impasibles cuando se trata de la libertad para los esclavos americanos. Disertáis con gran elocuencia sobre la dignidad del trabajo y, sin embargo, respaldáis un sistema que, en su misma esencia, llena de oprobio el propio trabajo. Sois capaces de exponeros ante el fuego de la artillería británica para combatir un impuesto de tres peniques sobre el té y, sin embargo, exprimís a los trabajadores negros de vuestro país para sacar de ellos hasta el último céntimo. Afirmáis creer que «Él hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la faz de la tierra»[134] y que Él ha ordenado a todos los hombres que se amen los unos a los otros, pero despreciáis (y os vanagloriáis de ello) a

todos los hombres cuyo color de piel es distinto del vuestro. Proclamáis ante el mundo entero, y el mundo entero os cree, que «juzgáis evidentes en sí mismas las verdades según las cuales Dios creó a todos los hombres iguales y les dotó de ciertos derechos inalienables, entre los que figuran el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad»;[135] y, sin embargo, mantenéis en la servidumbre (que, según el propio Thomas Jefferson, «es peor que siglos enteros de aquello contra lo que se rebelaron vuestros Padres»[136]) a *una séptima parte* de los habitantes de vuestro país.

¡Conciudadanos! No me extenderé más sobre las contradicciones de vuestra nación. La existencia de la esclavitud en este país convierte vuestro republicanismo en un simulacro, vuestra humanidad, en un falso pretexto y vuestro cristianismo, en una mentira. La esclavitud mina vuestra autoridad moral en el extranjero y corrompe a vuestros políticos dentro de vuestras fronteras. Socava los fundamentos de la religión y convierte vuestro nombre en objeto de las burlas y silbidos del mundo entero. La única amenaza seria para vuestra *Unión* es la fuerza verdaderamente antagonista en el seno de vuestro gobierno. Esa fuerza os impide avanzar, es contraria al progreso y la mayor enemiga de la educación; fomenta la soberbia y la insolencia, promueve el vicio, ampara el crimen. Es una maldición para la tierra que la acoge, y, sin embargo, os agarráis a ella como a la tabla de salvación más preciada. ¡Oh! ¡Tened cuidado! ¡Sí, tened cuidado! Un horrible reptil se enrosca en el corazón de vuestra nación; esta criatura venenosa crece en el seno de vuestra joven República. Por el amor de Dios, ¡arrancad de vuestro pecho este monstruo repugnante y que el peso de veinte millones de hombres lo aniquile para siempre!

La constitución

Pero a todo esto se objetará que lo que acabo de denunciar está de hecho garantizado y sancionado por la Constitución de los Estados Unidos, y que el derecho a capturar y perseguir esclavos es parte integrante de dicha Constitución tal y como fue elaborada por los ilustres Padres de esta República.

En ese caso, me atrevería a afirmar, sin importar lo que hubiese podido decir antes, que vuestros Padres actuaron con bajeza, con la más indigna de las bajezas

> Para engañarnos con el doble sentido de sus palabras,
> que llevan a nuestros oídos una promesa
> y luego destruyen nuestras esperanzas.[137]

Y diría que, lejos de ser los hombres honestos que alabé anteriormente, fueron los mayores impostores que jamás conoció la humanidad. Esa es la conclusión inevitable , y no hay modo de eludirla. Sin embargo, no estoy de acuerdo con quienes atribuyen dicha bajeza a los autores de la Constitución de los Estados Unidos y lo considero, cuando menos, un insulto a su memoria. No disponemos de tiempo para discutir en profundidad la cuestión constitucional y, además, yo no tengo la capacidad para hacerlo como sería debido. Este asunto ha sido tratado magistralmente por Lysander Spooner,[138] William Goodell,[139] Samuel E. Sewall[140] y, por último, pero no por ello de forma menos brillante, por Gerrit Smith[141]. En mi opinión, estos hombres han demostrado que no hay en la Constitución ninguna intención, por pequeña que sea, de defender la esclavitud.

¡Ciudadanos! Los habitantes del Norte nunca se han dejado engañar tanto como por este asunto del carácter pro-esclavista de la Constitución. No veo en ella ninguna justificación, autorización o sanción de algo tan horrible como la esclavitud,[142] sino más bien al contrario; interpretada correctamente, la Constitución es una gloriosa carta de libertad. Leed su preámbulo, considerad sus objetivos. ¿Acaso la esclavitud forma parte de ellos? ¿Ocupa su prefacio? ¿O acaso es su punto fundamental? Ni lo uno ni lo otro. Aunque no es mi intención debatir ahora este asunto,[143] permitidme que os pregunte si no es algo cuando menos singular que la Constitución, en caso de que quienes la elaboraron o aprobaron tuvieran como objetivo legitimar la esclavitud, no incluya en ninguno de sus apartados las palabras «esclavitud», «caza de esclavos», ni «esclavo». ¿Qué diríamos de un documento legal redactado con el objetivo de ceder unos terrenos a la ciudad de Rochester, pero en el que no se

hiciera mención alguna de dichos terrenos? Ahora bien, existen ciertas reglas de interpretación que permiten comprender correctamente todos los documentos jurídicos. Esas reglas están bien delimitadas, son sencillas y de sentido común, de tal forma que todos, vosotros y yo, podemos comprenderlas y aplicarlas sin haber pasado años enteros estudiando derecho. Considero absurda la idea según la cual la cuestión de la constitucionalidad o inconstitucionalidad de la esclavitud no sería apta para el común de los mortales. Creo que todo ciudadano americano tiene derecho a opinar sobre la Constitución, a difundir esa opinión y a utilizar todos los medios lícitos a su alcance para imponerla. Sin este derecho, la libertad de los ciudadanos americanos sería tan incierta como la de los franceses.[144] El ex vicepresidente Dallas[145] nos dice que la Constitución es algo a lo que ningún alma ni ningún corazón americano prestarán nunca la suficiente atención y dedicación, y añade que la Constitución, en su formulación, es clara, inteligible y está destinada al entendimiento sencillo y natural de nuestros conciudadanos. El senador Berrien[146] nos dice que la Constitución es la ley fundamental, de la que dependen todas las demás. Es la carta de nuestras libertades, y a cada ciudadano le concierne personalmente comprenderla en toda su profundidad. Los testimonios del senador Breese,[147] de Lewis Cass[148] y de muchos otros que podríamos citar, considerados universalmente juristas competentes, interpretan así la Constitución. En consecuencia, me parece que no peca de presuntuoso el ciudadano corriente que opina sobre este respecto.

Veámoslo, pues; coged la Constitución, leed lo que dice, y apuesto a que no encontraréis en ella una sola frase a favor de la esclavitud. Muy al contrario, se demostrará que contiene principios y objetivos totalmente contrarios a la existencia de aquella.

Ya he retenido demasiado tiempo a mi auditorio. Me gustaría, si se diera el caso, dedicar a este asunto un debate completo y ecuánime.

Permitidme simplemente decir, como conclusión, que, a pesar del sombrío retrato que acabo de hacer del estado de la nación, no he perdido la esperanza en este país. Ciertas fuerzas se han puesto en marcha y acabarán por eliminar completamente la esclavitud. «No se ha acortado la mano de Yavé para salvar»,

[149] y la esclavitud está condenada a desaparecer. Terminaré, pues, allí mismo donde empecé, con un punto de esperanza. Mi espíritu, además de encontrar razones para tener fe en la Declaración de Independencia, en los grandes principios que contiene y en el genio de las instituciones americanas, confía también en las tendencias manifiestas de nuestra época. Las naciones ocupan, unas respecto a otras, posiciones distintas a las que ocupaban en el pasado. En adelante, ninguna nación podrá abstraerse del mundo que la rodea y seguir el camino que abrieron sus Padres tranquilamente y sin interferencia alguna. Hubo, es cierto, una época en que eso era posible, en que las tradiciones establecidas podían vivir al margen del contexto y llevar a cabo su maligna obra con total impunidad y a la vista de toda la sociedad. Los encantos del saber estaban por entonces reservados a unos pocos privilegiados, mientras que la multitud estaba sumida en las tinieblas del espíritu. Pero los asuntos de la humanidad han sufrido un gran cambio; las ciudades fortificadas y los imperios han pasado de moda, el brazo del comercio ha abierto las puertas de la poderosa ciudad y la inteligencia penetra por fin hasta el último rincón del globo. El saber circula tanto bajo los mares como por encima de los océanos o sobre la tierra. El viento, el vapor y el relámpago son sus principales representantes. Los océanos han dejado de dividir las naciones para, por el contrario, empezar a unirlas (ir de Boston a Londres es ahora un viaje de placer). El espacio, por así decirlo, ha quedado abolido, y los pensamientos que se expresan a un lado del Atlántico resuenan muy nítidamente en el otro.

El lejano Pacífico, que antes tenía un aire de leyenda, ahora se extiende majestuoso ante nuestros pies. El Imperio Celeste, ese misterio secular, desvela poco a poco sus secretos. El *fiat* del Todopoderoso, «¡Hágase la luz!»,[150] no ha acabado de liberar toda su energía. Ninguna injusticia, ninguna indignidad, ya sea cometida por puro placer, juego o codicia, puede escapar a la omnipotencia de la luz. La práctica china de vendar los pies y calzarlos con zapatos de hierro debe parecer a todas luces algo contrario a la naturaleza.[151] *África debe despertar y ponerse la túnica que le queda por tejer* y «Etiopía se apresurará a presentar sus manos a Dios».[152] Sumándome a las fervientes aspiraciones de

William Lloyd Garrison,[153] terminaré con unas palabras que os animo a que repitáis conmigo:

¡Que Dios precipite el año de jubileo
Sobre el mundo entero!
Cuando se liberen de sus cadenas lacerantes,
Los oprimidos no tendrán que hincar las rodillas
Ni soportar el yugo de la tiranía
Como animales, nunca más.

Ese año llegará, y el reino de la libertad,
Para devolver al hombre sus derechos pisoteados.

¡Quiera Dios que esté cercano el día
En que la sangre humana deje de correr!

Que en todos los países
Se escuchen los llamamientos a la hermandad,
Y a la maldad se responda con el bien,
Y no con la venganza:
Ese día acabará con el odio
Y convertirá en fieles amigos a quienes antes eran rivales.

Dios quiera que esté próxima la gloriosa hora
En que nadie en la Tierra ejerza
Un poder despótico,
Ni se doblegue en presencia de un tirano,
Y en la que se reconozca a todos
La condición de humanos, pues iguales nacieron.
Esa hora nos llegará a cada uno, a todos,
Y liberará al esclavo de su prisión.
Hasta que lleguen ese año, día y hora,
Lucharé con toda mi mente, mi corazón y mis manos
Para romper las barreras y grilletes

Y privar al cazador de su presa,
¡Y que el cielo sea testigo!
Y, sea cual sea el peligro,
Nunca renunciaré al puesto
Que he elegido.

---

[75] Cita del poema «A psalm of life», 1838, del poeta más popular de la época, Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). (*N. del E.*)

[76] Sidney Smith (1771-1845). Fue pastor anglicano, ensayista y un orador muy reputado, que trabajó por la emancipación de los católicos y la reforma parlamentaria en Inglaterra. (*N. del E.*)

[77] Alusión al *Evangelio de San Lucas*, 3, 8, donde Juan Bautista dice a quienes vienen a él para que los bautice: «Haced, pues, dignos frutos de penitencia y no andéis diciéndoos: Tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios suscitar de estas piedras hijos de Abraham.»

[78] Alusión a *San Lucas*, 11, 47, versículo de la discusión de Cristo contra los fariseos y los doctores de la ley. (*N. del E.*)

[79] En la hora de su muerte, George Washington (1732-1799), héroe de la Guerra de Independencia y primer presidente de los Estados Unidos, tenía cerca de trescientos esclavos. En su testamento, expresó el deseo de que, tras la muerte de su mujer, esos esclavos obtuvieran la libertad. (*N. del E.*)

[80] Alusión al monumento en forma de obelisco erigido en Washington D.C., en el Mall, frente a la Casa Blanca, de 1848 a 1855, y de 1877 a 1884, en honor a George Washington, según los planos de Robert Mills. (*N. del E.*)

[81] William Shakespeare, *Julio César*, iii, 2. (*N. del E.*)

[82] Alusión a *Isaías* 35, 6. El capítulo 35 es una célebre evocación de los tiempos mesiánicos, donde se describe la promesa de una liberación en términos que debían ponérselo difícil a los esclavos negros americanos. (*N. del E.*)

[83] Tal como demuestra la cita del *Salmo* 137 que sigue a continuación, Douglass se refiere a la destrucción de Babilonia, tal como se describe en *Isaías*, 13-14 (ver especialmente 13, 19-20). (*N. del E.*)

[84] *Salmo* 137, 1-6. Como podrá verse, Douglass cita este salmo sin la división en versículos, y lo integra en su texto sin modificarlo ligeramente, tal como hace con el resto de citas. El *Salmo* 137, uno de los más célebres, era extraordinariamente popular entre la población afro-americana, que lo convirtió en el arquetipo del canto de protesta (*protest song*). (*N. del E.*)

[85] Cita de la célebre declaración de William Lloyd Garrison en el primer número de su periódico *The Liberator*, el 1 de enero de 1831: «Estoy decidido, no tergiversaré nada, no disculparé nada, no retrocederé un ápice, y seré escuchado.» Ver Prefacio, nota 1, p. 23. (*N. del E.*)

[86] A pesar de algunas variaciones, Douglass se basa sin duda en una obra del abolicionista Theodore Dwight Weld (1803-1895), *American Slavery As It Is: the Testimony of a Thousand Witnesses*, ed., The American Antislavery Society, Nueva York, 1839, p. 149, que compara los crímenes castigados con pena de muerte para los esclavos y para los blancos en diferentes Estados del Sur. Harriet Beecher Store

se inspiró en esta obra para escribir *La cabaña del Tío Tom*. (*N. del E.*)

[87] Douglass parafrasea aquí el *Génesis*, 1, 24-28, versículos estos que destacan la superioridad del hombre sobre los demás seres vivos. (*N. del E.*)

[88] En la Declaración de Independencia. (*N. del E.*)

[89] Douglass se refiere con ello a todos los americanos, apelando a la tradición republicana de los Estados Unidos, y no a los republicanos en el sentido partidista del término. El Partido Republicano, del que Douglass sería un fiel partidario, no se creó hasta 1854. (*N. del E.*)

[90] Había todo un colectivo de defensores de la esclavitud que extraían sus argumentos de la Biblia. Ver, especialmente, los textos de Thornton Stringfellow y Alexander McCaine en *A House Divided*, M. Lowance, cap. iii, «Biblical proslavery arguments», pp. 51-87. La Biblia servía asimismo de argumento a buen número de abolicionistas: ver, por ejemplo, los textos de Theodore Dwight Weld, James Freeman Clarke, Alexander McLeod y Robert Dale Owen en *ibid*., cap. iv, «Biblical antislavery arguments», pp. 88-115. (*N. del E.*)

[91] Thomas Hart Benton (1782-1858). Fue senador de Missouri de 1821 a 1851, y más tarde diputado de 1853 a 1855. En múltiples ocasiones, presentó el precio elevado de los esclavos como prueba de la solidez de la institución de la esclavitud en la Unión, como una manera de fundamentar sus ataques contra las aspiraciones secesionistas del Sur durante la década de 1850. (*N. del E.*)

[92] La formulación de Douglass se hace eco de la expresión «institución particular» (*peculiar institution*), eufemismo con el que los Estados del Sur designaban la esclavitud. (*N. del E.*)

[93] El Congreso de los Estados Unidos prohibió el comercio internacional de esclavos a partir del 1 de enero de 1808. A la prohibición siguió, no obstante, un tráfico de contrabando, contra el que los Estados Unidos no pudieron o no quisieron luchar más que de forma bastante poco eficaz. Con todo, la actuación de su flota de seis buques, destinados a la vigilancia de las costas africanas, permitió arrestar cerca de cuarenta barcos negreros entre finales de la década de 1830 y la guerra de Secesión. (*N. del E.*)

[94] Frederick Douglass era un enemigo declarado de las políticas de emigración de los negros americanos al África occidental (especialmente a Liberia), que habían sido propugnadas por diversas corrientes antiesclavistas desde la fundación de la *American Colonization Society* en 1816. Douglass se opuso en este punto a líderes afro-americanos muy influyentes, como el pastor presbiteriano Henry Highland Garnet (1815-1882), el pastor episcopaliano Alexander Crummell y Martin Delany (1812-1885). Acerca de los abolicionistas negros, ver *Black Abolitionists*, de B. Quarles. (*N. del E.*)

[95] De ese modo, Douglass apela a la imaginación visual de su auditorio, en un gesto característico de una época de gran proliferación de «Tom shows», espectáculos que, a través de todo el norte de los Estados Unidos, contribuyeron a difundir y consolidar el impacto causado por la novela de Harriet Beecher Store, *La cabaña del tío Tom* (1851-1852). Muchos abolicionistas estaban convencidos de que el despertar de la fe abolicionista vendría de la mano de lo visual tanto como de lo discursivo. (*N. del E.*)

[96] Douglass expresa el sentimiento, compartido por aquel entonces por los abolicionistas y por un número creciente de ciudadanos del Norte, de que era el Sur quien gobernaba el país (teoría del *Slave Power*). (*N. del E.*)

[97] Fell´s Point era el barrio de Baltimore dedicado a la construcción naval y al comercio marítimo desde mediados del siglo xviii; tras la guerra, se convirtió en el lugar de construcción de los famosos

clippers de Baltimore. Como cuenta en la *Narrative*, Douglass vivía en Philpot Street cuando se convirtió en el esclavo de Hugh Auld (en 1826-1833, y en 1836-1838), que trabajaba en la construcción naval, como calafateador, *ibid*., p. 74 de esta edición. (*N. del E.*)

[98] De hecho, se trata de Austin Woolfolk. Originario de Augusta (Georgia), se instaló en Baltimore en 1819, donde se convirtió en el comerciante de esclavos más conocido de la ciudad desde la década de 1820 a comienzos de la década siguiente. Enviaba entre 230 y 460 esclavos al año a los mercados de Nueva Orleans. (*N. del E.*)

[99] En los capítulos vi y vii de la *Narrative*, Douglass evoca la humanidad de su ama, Sophia Auld (producto de una familia metodista de ideas antiesclavistas), durante sus años en Baltimore, y señala el endurecimiento del corazón de su ama como una prueba de la naturaleza absolutamente perversa del sistema esclavista. (*N. del E.*)

[100] La ley sobre los esclavos fugitivos de 18 de septiembre de 1850, dispositivo esencial del Compromiso de 1850, obligaba a los Estados del Norte a colaborar en la captura de los esclavos fugitivos que se hubieran refugiado en su territorio. (*N. del E.*)

[101] Toda la historia y la vida institucional de los Estados Unidos se apoya en la estructura de Estado federal, que distingue claramente el nivel federal (los Estados Unidos) del nivel estatal (cada uno de los Estados que componen el país). (*N. del E.*)

[102] La ley sobre los esclavos fugitivos de 1850 obligaba a todos los ciudadanos a auxiliar a los propietarios de esclavos y a las fuerzas del orden en la captura de los fugitivos, y preveía sanciones para quienquiera que escondiera o ayudara a estos. (*N. del E.*)

[103] En realidad, la ley sobre los esclavos fugitivos de 1850 no precisaba el número de testigos necesarios para determinar que un individuo era un esclavo fugitivo, pero sí estipulaba que «en ningún juicio o vista […] el testimonio del presunto fugitivo podrá considerarse válido». Ninguna disposición contemplaba la posibilidad de que un presunto fugitivo pudiera contar con testigos susceptibles de cuestionar las afirmaciones del tribunal o de la orden de arresto, pero el juez o el comisario debían estar convencidos de que la persona que tenían ante sí era el esclavo fugitivo descrito en la orden de arresto. (*N. del E.*)

[104] Alusión al *Evangelio de San Mateo*, 23. (*N. del E.*)

[105] Los *Covenanters* son los presbiterianos escoceses que se opusieron al anglicanismo a partir del siglo xvi, impulsados por el reformador John Knox. La Iglesia presbiteriana es análoga a las Iglesias protestantes de la Europa continental. (*N. del E.*)

[106] Millard Fillmore (1800-1874). Presidente de los Estados Unidos de 1850 a 1853. Elegido vicepresidente de Zachary Taylor en 1849, se convirtió en presidente tras la muerte de este último. Como presidente, Fillmore había firmado la ley sobre los esclavos fugitivos y había hecho que se aplicara con todo el rigor, al tiempo que defendía el principio de la «soberanía popular» (es decir, que los colonos instalados en los territorios del Oeste fueran libres para decidir si querían o no tener esclavos). Estas posiciones le valieron la oposición de los abolicionistas, pero también de la mayoría del partido *whig* al que pertenecía. (*N. del E.*)

[107] John Knox (1513-1572, aprox.). Convertido a las ideas de la Reforma, hubo de exiliarse a Ginebra durante el reinado de la católica María Tudor. Tras su vuelta a Escocia en 1559, introdujo allí la Reforma, y pronunció violentos sermones contra la reina María Estuardo (1542-1587). Célebre por su

belleza y cultura, la católica María Estuardo, reina de Escocia de 1542 a 1567, comenzó dando muestras de cierta moderación, buscando el apoyo de los líderes protestantes para gobernar antes de alejarse de ellos. (*N. del E.*)

[108] *Evangelio de San Mateo*, 23, 23. (*N. del E.*)

[109] Esta expresión, en pleno corazón de un tema clásico del abolicionismo americano, parece hacer directamente referencia al panfleto de James G. Birney, *The American Churches: the Bulwarks of American Slavery,* [Las Iglesias americanas: las murallas de la esclavitud americana], 1842. (*N. del E.*)

[110] Thomas Paine (1737-1809), célebre panfletario de la Revolución francesa y americana, Voltaire (1694-1778) y el inglés Henry Bolingbroke (1678-1751) criticaron duramente a las Iglesias protestantes y católicas existentes y defendieron una forma de religión «natural» o deísmo que les granjeó la hostilidad de los partidarios de un cristianismo ortodoxo. (*N. del E.*)

[111] Douglass cita la *Epístola de Santiago*, 1, 27, y 3, 17.El llamamiento a «cumplir la palabra [de Dios]» (1,22) contenido en esta epístola tenía una reminiscencia particular para muchos abolicionistas. El versículo 1, 25 prosigue así: «mientras que quien atentamente considera la ley perfecta, la de la libertad, ajustándose a ella, no como oyente olvidadizo, sino como cumplidor, este será bienaventurado por sus obras». (*N. del E.*)

[112] *Isaías.*, 1, 13-17.

[113] Albert Barnes (1798-1870), pastor presbiteriano «reformista» de la Primera Iglesia Presbiteriana de Filadelfia durante casi cuarenta años y enemigo declarado de la esclavitud, aunque nunca perteneció a ninguna organización antiesclavista. Douglas cita su obra *An Inquiry into the Scriptural Views of Slavery,* ed. Perkins & Purves, Filadelfia, 1846, p. 383. (*N. del E.*)

[114] En este contexto, es importante señalar que en inglés el término empleado para designar la manumisión del esclavo era *redemption,* con lo que se hacía una clara referencia a la liberación del hombre a cargo de Jesucristo. (*N. del E.*)

[115] John Chase Lord (1805-1877). Pastor presbiteriano, autor de un sermón que tuvo una gran difusión en relación a la ley sobre los esclavos fugitivos, *«The Higher Law» in its application to the fugitive slave bill: a sermon on the duties men owe to God and to gouvernements,* Nueva York, 1851, en el que afirmaba que «la obediencia a los gobiernos, en el ejercicio de sus poderes legítimos, es un deber religioso, ordenado explícitamente por Dios mismo»; citado por H. Mayer, *All on Fire*, p. 413. (*N. del E.*)

[116] Gardiner Spring (1785-1873). Pastor presbiteriano de Brick Church en Nueva York de 1810 hasta su muerte. Al dar prioridad absoluta a la preservación de la Unión, se opuso a las llamadas a la desobediencia civil de los abolicionistas afirmando que «puesto que el gobierno es de origen divino, desobedecer sus leyes, equivale, en última instancia, a desobedecer a Dios.» (*N. del E.*)

[117] Leonard Elijah Lathrop (1796-1857). Pastor presbiteriano de Auburn, Nueva York, a partir de 1836. En un sermón pronunciado en 1850 con ocasión del Día de Acción de Gracias, afirmó que «tanto el patriotismo como la religión exigen que se obedezca la ley [sobre los esclavos fugitivos]». No obstante, en la versión que se publicó de este sermón, Lathrop añadió una nota en la que excusaba la desobediencia de la ley por motivos de conciencia «si el individuo acepta sufrir la sanción»: *A Discourse, Delivered at Auburn, on the Day of the Annual Thanksgiving*, L.E. Lathrop, 12 de diciembre de 1850, Auburn, 1850, p. 10, citada en *The Frederick Douglass Papers. Series One, vol.*

ii, p. 283, nota 5. (*N. del E.*)

[118] Samuel Hanson Cox (1793-1881). Pastor presbiteriano de la Primera Iglesia Presbiteriana de Filadelfia de Brooklyn (Nueva York) de 1837 a 1852. En un sermón pronunciado en Brooklyn en 1850 con ocasión del Día de Acción de Gracias, reiteró su desaprobación con respecto a la esclavitud, pero, basándose en un texto de la primera epístola de San Pedro (2, 13-16), insistió en la necesidad de obedecer la ley sobre los esclavos fugitivos votada en septiembre de 1850. Al denunciar las incitaciones a desobedecer dicha ley, defendió la idea de que los esclavos sólo podían ser liberados por sus amos, a cambio de una compensación económica. (*N. del E.*)

[119] Ichabod Smith Spencer (1798-1854). Pastor presbiteriano de la Segunda Iglesia Presbiteriana de Brooklyn, apodado «el Bunyan de Brooklyn» y próximo a las ideas de Gardiner Spring. El 24 de noviembre de 1850, pronunció un sermón titulado The *Religious Duty of Obediente to Law*, en el que justificaba el deber de obediencia a la ley sobre los esclavos fugitivos aprobada en septiembre de 1850. (*N. del E.*)

[120] Ezra Stiles Gannet (1801-1871). Pastor unitario del templo de Federal Street en Boston, fustigó frecuentemente a los abolicionistas radicales por su desprecio de la ley y sus llamamientos a la emancipación inmediata de los esclavos, porque consideraba que tales medidas llevarían a la desunión. En un sermón pronunciado en 1850, con ocasión del Día de Acción de Gracias, afirmó: «¡Que Dios impida que rompamos nuestra Unión! Sé que la esclavitud es una plaga moral y política, un pecado y una maldición; pero la desunión me parece una traición, no tanto al país como a toda la humanidad»; citado en «What to the Slave is the Fourth of July?», en *The Frederick Douglass Papers, Series One*, vol. ii, p. 380, nota 29. (*N. del E.*)

[121] Daniel Sharp (1806-1856). Pastor de la Tercera Iglesia Baptista de Boston durante cuarenta y un años. Según el *Boston Evening Transcript* del 29 de noviembre de 1850, pronunció su sermón de Acción de Gracias partiendo de la *Epístola de San Pedro a Tito*, 3,1: «Recuérdales que vivan sumisos a los príncipes y a las autoridades; que las obedezcan [...]». (*N. del E.*)

[122] Orville Dewey (1794-1882). Pastor unitario (y primo de Ralph Waldo Emerson). Ver *infra*, p. 82, nota 47. (*N. del E.*)

[123] Es la idea defendida en el sermón de Ichabod Spencer, aunque esta cita no atribuida no aparezca en su forma literal. Spencer criticaba cualquier apelación a una supuesta «ley superior» para negarse a obedecer una ley humana. (*N. del E.*)

[124] Henry Ward Beecher (1813-1887). Hermano del autor de *La cabaña del tío Tom*, Harriet Beecher Store, fue pastor de la Plymouth Church de Brooklyn (Nueva York) durante cuarenta años. Beecher, uno de los pastores más conocidos de aquella época, concebía la Iglesia como un instrumento de reforma social, y abordó en sus predicaciones los grandes problemas sociales y políticos de su tiempo, con tal fuerza e intensidad dramáticas que le convirtieron en uno de los oradores más importantes del siglo xix americano. Si bien fue un enemigo declarado de la esclavitud (llegó incluso a escenificar en su templo las subastas de esclavos para que sus fieles comprendieran la injusticia de ese sistema), consideraba que no había ningún fundamento constitucional que permitiera combatirlo en los Estados en los que ya existía, y defendía la idea de que su prohibición en los nuevos territorios conduciría a su abolición de una manera progresiva y pacífica.

[125] Samuel J. May, pastor en Siracusa (Nueva York) y cuñado de Bronson Alcott, uno de los trascendentalistas de Concord, había organizado con éxito la liberación de un esclavo fugitivo llamado

«Jerry» en Siracusa, en 1851; esta fue una de las más famosas operaciones de este tipo que siguieron a la votación de la ley sobre los esclavos fugitivos de 1850. Poco después, May y Alcott formaron parte del *Boston Vigilance Comittee* que luchó por lograr la liberación de Anthony Burns en 1854. (*N. del E.*)

[126] Granville Sharp (1735-1813). Abolicionista inglés, autor de *A Representation of the Injustice and Dangerous Tendency of Tolerating Slavery; or of Admitting the Least Claim of Private Property in the Persons of Men, in England,* ed. Benjamin White, Londres, 1769, una de las primeras grandes obras antiesclavistas en Inglaterra. (*N. del E.*)

[127] Thomas Clarkson (1760-1846). Abolicionista ingles, autor de *An Essay on the Slavery and Commerce of the Human Species, Particularly the African,* Londres, 1786, panfleto ilustrado contra el comercio de esclavos. (*N. del E.*)

[128] William Wilberforce (1759-1833). Célebre abolicionista ingles, líder de la causa antiesclavista en el Parlamento británico de 1787 a 1825. (*N. del E.*)

[129] Thomas Fowell Buxton (1789-1845). Abolicionista inglés, sucesor de Wilberforce en el Parlamento británico a partir de 1825. Lideró la campaña que culminó con la abolición de la esclavitud por parte del Parlamento en 1833. (*N. del E.*)

[130] Thomas Burchell (1799-1846) y William Knibb (1803-1845). Pastores baptistas, misioneros en Jamaica y militantes antiesclavistas. (*N. del E.*)

[131] Alusión a la visita triunfal a los Estados Unidos, en 1852, del patriota y revolucionario húngaro Lajos Kossuth (1802-1894), que luchó por la independencia de Hungría y tuvo una actuación destacada en la revolución de 1848 en aquel país. Convertido en gobernador de una república independiente, tuvo que dimitir y exiliarse en agosto de 1849, cuando el ejército austriaco, con el apoyo de tropas rusas, marchó sobre Hungría y desafió al ejército republicano. Kossuth recorrió los Estados Unidos de diciembre de 1851 a julio de 1852, buscando apoyo para la causa húngara y suscitando una gran expectación allí por donde pasaba. Visitó Concord el 11 de mayo de 1852. (*N. del E.*)

[132] Las revoluciones europeas de 1848 tuvieron una cierta repercusión entre los reformistas e intelectuales americanos; ver, L. Reynolds, *European Revolutions and the American Literary Renaissance*, Yale University Press, New Haven, 1988, y en particular entre los abolicionistas, puesto que la Segunda República, gracias al impulso de Victor Schoelcher se abolió definitivamente la esclavitud en las colonias francesas el 27 de abril de 1848. (*N. del E.*)

[133] Colonizada por Inglaterra, Irlanda, guiada por líderes como Daniel O´Connell, primero, y Parnell, después, luchó durante todo el siglo xix por obtener la independencia. Douglass hizo una gira de conferencias en las Islas Británicas entre 1845 y 1847, y visitó la celda donde había estado preso en 1843 O´Connell, conocido también por su oposición a la esclavitud (su apoyo había sido crucial en la votación en pro de la emancipación de los esclavos en el Imperio británico en 1833). (*N. del E.*)

[134] Paráfrasis de los *Hechos de los Apóstoles*, 17, 26. (*N. del E.*)

[135] Cita de la *Declaración de Independencia de los EE.UU*. (*N. del E.*)

[136] En una carta a Jean Nicholas Demeunier del 26 de junio de 1786, Thomas Jefferson escribía: «¡Qué máquina tan sorprendente e incomprensible es el hombre! Es capaz de sufrir el duro trabajo, el hambre, el látigo, la prisión o incluso la muerte para defender su libertad y, acto seguido, hacer caso omiso de las motivaciones cuya fuerza le había permitido resistir a través de tantas penalidades e imponer a su prójimo una esclavitud que en una sola hora produce más sufrimiento que siglos enteros

de aquello contra lo que él se había revelado al principio». J.P. Boyd, *Papers of Thomas Jefferson*, vol. x, p. 63; citado en «What to the Slave is the Fourth of July?», *The Frederick Douglass Papers. Series One*, vol. ii, p. 383, nota 42. (*N. del E.*)

[137] Douglass parafrasea a Shakespeare, *Macbeth*, acto v, escena viii, 20-22 (*habla Macbeth*). (*N. del E.*)

[138] Lysander Spooner (1808-1887). Jurista y enemigo declarado de la esclavitud, publicó la primera edición de su muy influyente obra *The Unconstitutionality of Slavery* en Boston, en 1845. En ella refutaba la interpretación pro-esclavista de la Constitución. Una edición aumentada apareció en 1847 y se convirtió en una fuente esencial para los militantes del Partido de la Libertad. Sobre las teorías de Spooner, ver A.S. Kraditor, *Means and End in American Abolitionism: Garrison and His Critics on Strategy and Tatics 1834-1850*, Lanham (MD), Ivan R. Dee, 1989, pp. 191-195. (*N. del E.*)

[139] William Goodell (1792-1878). Militante abolicionista, partidario de la acción política (apoyó de manera entusiasta al Partido de la Libertad), director o colaborador de diferentes periódicos, y autor de *Views of American Constitucional Law, in Its Bearing upon American Slavery*, Jackson & Chaplin, Utica [N.Y], 1844. (*N. del E.*)

[140] Samuel E. Sewall (1799-1888). Abogado, publicó en 1827 *Remaks on Slavery in the United States* y defendió activamente a los esclavos fugitivos capturados en Massachusetts. En 1843 fue candidato al cargo de gobernador del Estado de Nueva York por el Partido de la Libertad. (*N. del E.*)

[141] Una de las figuras señeras del abolicionismo en los Estados Unidos antes de la guerra de Secesión, Gerrit Smith (1797-1874), fue uno de los líderes del Partido de la Libertad, al que Douglass era muy afín por aquella época, cf. *infra*, pp. 84 y 95. Negó la constitucionalidad de la esclavitud en un gran número de escritos, cartas y folletos; ver, por ejemplo, *Letter of Gerrit Smith to S. P. Chase on the Unconstitutionality of Every Part of American Slavery,* Albany, 1847, y formó parte de los «Secret Six», las seis personas que apoyaron en secreto los proyectos del militante abolicionista y revolucionario John Brown en 1859. (*N. del E.*)

[142] En efecto, las palabras «esclavo» (*slave*) y «esclavitud» (*slavery*) no aparecían en la Constitución. No obstante, tres de sus disposiciones reconocían implícitamente la esclavitud (artículo i, secciones 2 y 9; artículo iv, sección 2). La persistencia de la esclavitud hizo que muchos americanos dudaran de que el fundamento político de su nación conjugara el derecho y la moral. Esa necesidad de que el derecho y la moral coincidieran era un punto común a todas las corrientes abolicionistas, independientemente de sus diferencias respecto de la Constitución y de los métodos propuestos para poner fin a la esclavitud. Douglass expresa aquí su creencia en la inconstitucionalidad de esta, lo cual supone un cambio absoluto con relación a las posiciones que defendía en su «época garrisoniana». (*N. del E.*)

[143] Douglass sigue paso por paso la argumentación de Spooner en *The Unconstitutionality of Slavery*, cuya relativa complejidad la habría hecho incompatible con las circunstancias y los objetivos de su discurso. (*N. del E.*)

[144] Alusión al golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte del 2 de diciembre de 1851, que marcó el final definitivo de las esperanzas nacidas de la Revolución de 1848. (*N. del E.*)

[145]106 George Mifflin Dallas (1792-1864). Perteneciente al Partido Demócrata, fue vicepresidente en el gobierno de James Polk (1845-1849), y expresó su apoyo al Compromiso de 1850 y a la ley sobre los esclavos fugitivos en una carta publicada en el *New York Times* el trece de octubre de 1851, en la que

insistía en la necesidad de respetar la Constitución. (*N. del E.*)

[146] El senador de Georgia John McPherson Berreen (1781-1856). Apodado «el Cicerón americano» debido a su elocuencia, fue también considerado uno de los mayores constitucionalistas durante la década de 1840. En 1849, su «Address to the People of the United States» abogó por un compromiso sobre la cuestión de la esclavitud. Más tarde votó la ley sobre los esclavos fugitivos y se opuso a la abolición del comercio de esclavos en el distrito de Columbia y a la entrada de California en la Unión si en este Estado se prohibía la esclavitud. Pasó los últimos años de su vida organizando el partido Know-Nothing. (*N. del E.*)

[147] Sydney Breese (1800-1866). Demócrata de Illinois, fue senador entre 1843 y 1849; en general, defendió las mismas posiciones que Lewis Cass, de Michigan, sobre las cuestiones relativas a la constitucionalidad de la esclavitud, a la soberanía popular y a limitar la autoridad del Congreso en materia de esclavitud. (*N. del E.*)

[148] Lewis Cass (1782-1866). Fue gobernador civil y militar del territorio de Michigan de 1813 a 1831. Antes de convertirse en Ministro de Defensa entre 1831 y 1836, durante la presidencia de Andrew Jackson, y como tal, fue responsable de la aplicación de la *Indian Removal Act* de 1830, que organizaba la deportación de numerosas tribus indias (como los *Cherokees*) hacia los territorios del Oeste. Candidato demócrata en las elecciones presidenciales de 1848 (que perdió frente al *whig* Zachary Taylor), fue uno de los principales defensores del principio de la soberanía popular y consideraba que la cuestión de la esclavitud era responsabilidad de los gobiernos territoriales y no del Congreso. (*N. del E.*)

[149] Douglass parafrasea (abreviándolo) el versículo 59, 1 de *Isaías*: «He aquí que no se ha acortado la mano de Yavé para salvar ni se ha hecho duro su oído para oír.» (*N. del E.*)

[150] *Génesis.*, 1, 3. (*N. del E.*)

[151] Alusión a la utilización de vendas por parte de ciertas mujeres chinas para comprimir sus pies y forzarles a crecer a lo alto, más que a lo largo o ancho. Esta práctica está espléndidamente descrita en una obra de la viajera alemana Ida Pfeiffer (1797-1858), *A Lady´s Voyage Round the World*, publicada en Nueva York en enero de 1852. Hay edición española en la editorial Barrabes. (*N. del E.*)

[152] *Salmos.*, 68, 32. (*N. del E.*)

[153] William Lloyd Garrison, «The triumph of freedom», *The Liberator*, 10 de enero, 1845. (*N. del E.*)

Cómo escapé de la esclavitud[154]

En el primer relato de mi experiencia como esclavo, escrito hace casi cuarenta años, he explicado al público las que considero muy buenas razones para no revelar cómo me escapé. Básicamente, esas razones eran, primero, que una narración como esa podría, mientras existiera la esclavitud, ser utilizada por el amo en contra del esclavo e impedir en un futuro la huida de cualquiera que empleara los mismos medios que yo. La segunda razón reforzaba aún más si cabe mi silencio: la publicación de ciertos detalles hubiera puesto en peligro las vidas y los bienes de quienes me ayudaron. En el Estado de Maryland, el ser cómplice en la fuga de un esclavo se castigaba con penas tan duras y severas como el asesinato. Muchos hombres de color, como Charles T. Torrey, cuyo único delito fue ayudar a un esclavo fugitivo, murieron en prisión. La abolición de la esclavitud, tanto en mi Estado natal como en el resto del país, y el tiempo transcurrido desde entonces, hacen que la precaución de la que antes hablaba ya no sea necesaria. Pero incluso después de la abolición de la esclavitud, a veces he pensado en suscitar aún más curiosidad con el argumento de que, cuando aquella existía, había buenas razones para no desvelar cómo me escapé y que, puesto que la esclavitud había dejado de existir, ya no había ninguna razón para contarlo. No obstante, dejaré de lado ese argumento e intentaré satisfacer hasta donde pueda esa curiosidad ciertamente lógica. Quizá habría accedido antes a ese deseo si mi huida hubiera incluido episodios heroicos o espectaculares, pero siento decir que no tengo mucho que contar a ese respecto; sin embargo, he de decir que el valor y el coraje, capaces, si era necesario, de hacer frente y desafiar a la traición y a la muerte para alcanzar la libertad,

fueron características esenciales de mi aventura. Mi éxito se debió más a mi disposición que a mi audacia, a la suerte más que al valor. Los medios para escaparme me los proporcionaron los mismos que dictaban leyes para someterme y encadenarme más firmemente a mi condición de esclavo.

Era costumbre en el Estado de Maryland exigir que los negros libres tuvieran lo que se llamaba «papeles de libertad». En esos documentos se especificaba el nombre, edad, color, altura y complexión del hombre libre al que pertenecían, junto con cualquier marca o cicatriz que pudieran ayudar a identificarlo. Pero ese sistema tenía un punto débil: siempre se podía encontrar a más de un hombre que se ajustara a una misma descripción general. De ahí que muchos esclavos pudieran escapar haciéndose pasar por el titular de uno de esos documentos. A menudo, esto se hacía del modo siguiente: un esclavo, que se ajustaba más o menos a la descripción física que figuraba en los documentos, los alquilaba o los pedía prestados a alguien hasta que, gracias a ellos, podía escapar a un Estado libre, y más tarde se los devolvía a su dueño por correo o cualquier otro medio. Esta operación era arriesgada tanto para el uno como para el otro. Una equivocación por parte del fugitivo al enviar los documentos de vuelta comprometería a su benefactor, y el descubrimiento de que esos papeles estaban en manos de la persona equivocada pondría en peligro tanto al fugitivo como a su amigo. Por lo tanto, era un acto de confianza suprema por parte de un hombre negro y libre arriesgar su propia libertad para que otro pudiera conquistar la suya. Y a pesar de ello, se hacía con bastante frecuencia y se descubría muy pocas veces. Yo no tenía la suerte de parecerme a ninguno de mis amigos libres lo bastante como para ajustarme a la descripción que figuraba en sus documentos. Pero tenía un amigo —marinero— que disponía de un salvoconducto especial que, en cierto modo, cumplía la misma función de los «papeles de libertad» (contenía una descripción del titular y certificaba que era un marino americano libre). El documento portaba en su encabezamiento la imagen del águila americana, lo cual le daba a su vez la apariencia de un escrito con valor legal. Cuando tuve el documento en mis manos, pude comprobar que no describía a su titular con excesivo detalle. De hecho, retrataba a un hombre de piel mucho más oscura que yo, y un examen más detallado de esos

papeles me hubiera supuesto el arresto inmediato.

Con el fin de evitar ese temible escrutinio por parte de los revisores del tren, acordé con Isaac Rolls, un cochero de Baltimore, subir mi equipaje al tren de Filadelfia justo en el momento de su salida y saltar al vagón con el tren en marcha. Si hubiera ido a la estación y hubiera intentado comprar un billete, inmediatamente habría tenido que pasar un control más exhaustivo, y no hay duda de que me habrían arrestado. Al escoger este plan, tuve en cuenta el traqueteo del tren y la lógica prisa del revisor en un tren lleno de pasajeros, y confié en que mi capacidad y habilidad para hacerme pasar por un marinero, tal como constaba en mi salvoconducto, harían el resto. Un elemento a mi favor era la buena consideración en que se tenía por aquel entonces en Baltimore y en otros puertos marítimos a «aquellos que se echaban a la mar». El lema «Comercio libre y derechos para los marineros» expresaba a la perfección el sentir general de la nación. Yo me había vestido como un marino: llevaba puesta una camisa roja, un sombrero de lona y una corbata negra anudada de manera suelta y descuidada. El conocimiento que tenía de los barcos y del oficio de marinero me fue de gran ayuda, puesto que sabía lo que era un barco desde la proa a la popa y de la quilla al mástil, y podía hablar como un «viejo lobo de mar». Todo iba bien de camino a Havre de Grace antes de que el revisor entrara en el vagón de los negros para recoger los billetes y examinar los documentos de los pasajeros de color. Ese fue un momento crítico en esta historia. Todo mi futuro dependía de la decisión de aquel revisor. Y no obstante, a pesar de la agitación que sentía mientras tenía lugar ese ritual, mi apariencia era la de la un hombre confiado y tranquilo. El revisor empezó a hacer su trabajo y fue comprobando los documentos de varios hombres de color antes de llegar a mí. Su tono era áspero y sus modales bruscos, hasta que me llegó el turno y entonces, por extraño que parezca, y para mi sorpresa y alivio, su actitud cambió por completo. Al ver que no me apresuraba a mostrarle los «papeles de libertad», tal como habían hecho las otras personas de color del vagón, me dijo en un tono amable que contrastaba con el que había empleado con los demás:

—Supongo que tiene los documentos de libertad—. A lo que respondí:

—No, señor; nunca los llevo cuando voy a embarcarme.

—Pero llevará algo que demuestre que es un hombre libre, ¿no?

—Sí —respondí—. Tengo un documento sellado con el águila americana con el que podré recorrer el mundo entero.

En ese momento, saqué del fondo de mi gran bolsillo de marinero el salvoconducto del que hablé antes. Un simple vistazo al documento le fue suficiente, cogió mi billete y siguió con su trabajo.

Ese fue uno de los momentos más angustiosos que he vivido nunca. Si el revisor hubiera examinado los papeles más de cerca, se habría dado cuenta de que correspondían a una persona cuyo aspecto no se correspondía conmigo, y en ese momento habría tenido que arrestarme y enviarme de vuelta a Baltimore en la siguiente estación. Pero cuando se fue, convencido de que todo estaba regla, y a pesar del gran alivio que sentí, me di cuenta de que aún corría un gran peligro: todavía estaba en Maryland, y me podían prender en cualquier momento. En el tren vi a algunas personas que me habrían reconocido vestido de cualquier otra forma y temí que, aun «disfrazado» de marinero, pudieran identificarme e informar al revisor, que entonces me examinaría con más detenimiento, lo que sería fatal para mí.

Aunque yo no era un asesino huyendo de la justicia, me sentía probablemente igual de miserable. El tren iba a gran velocidad si tenemos en cuenta la época en la que todo esto ocurría, pero la angustia hacía que a mí me pareciera que avanzaba mucho más lentamente. Los minutos me parecieron horas y las horas, días, durante toda esa etapa de mi viaje. Después de Maryland, debía atravesar Delaware —otro Estado donde la esclavitud era legal y en el que los cazadores de esclavos aguardaban a sus presas, ya que era en el interior del Estado, y no en sus fronteras, donde esos depredadores se mostraban más activos y atentos. Las fronteras entre los Estados donde la esclavitud era legal y aquellos donde estaba prohibida eran los puntos más peligrosos para los fugitivos. El corazón de un zorro o un ciervo perseguido por una jauría de perros hambrientos no latiría más fuerte ni aceleradamente que el mío desde que salí de Baltimore hasta que llegué a Filadelfia. Por aquel entonces, en Havre de Grace el río Susquehanna se cruzaba a bordo de un

ferry, en el que me encontré con un joven de color llamado Nichols, que a punto estuvo de delatarme. Él trabajaba en el barco pero, en vez de ocuparse de sus propios asuntos, insistió en que me conocía y me hizo algunas preguntas comprometidas, como hacia dónde me dirigía, cuándo tenía previsto regresar, etc. Me libré de mi antiguo e inoportuno amigo en cuanto pude y me fui a otra parte del barco. Cuando hubimos cruzado el río, me encontré frente a un nuevo peligro. Hacía tan sólo unos días, yo había estado trabajando en un barco en el astillero del señor Price, en Baltimore, bajo las órdenes del capitán McGowan. Pues bien, hubo un momento en el que se cruzaron los dos trenes, el que iba al norte y el que se dirigía al sur, de tal forma que el segundo se detuvo en las vías situadas justo enfrente del primero; y ocurrió que el capitán MacGowan estaba sentado junto a una ventana desde la que podía reconocerme, y de hecho así hubiera sido si me hubiera mirado en algún momento. Afortunadamente, debido a las prisas, no me vio; y los trenes no tardaron en separarse rumbo a sus respectivos destinos. Pero esa no fue la única vez en que me salvé de milagro. Un herrero alemán al que conocía bastante venía conmigo en el tren y me miraba muy fijamente, como si pensara que me había visto antes en alguno de sus viajes. Estoy convencido de que me reconoció, pero no fue capaz de delatarme. Sea como fuere, me vio escapar y no dijo nada.

El último lugar realmente peligroso para mí —de hecho, el lugar que más temía— era Wilmington. En esta ciudad, dejamos el tren y tomamos el barco a vapor hacia Filadelfia. Al cambiar de uno a otro de nuevo tuve miedo de que me arrestaran, pero nadie me molestó, y poco después me encontraba en el amplio y hermoso Estado de Delaware, donde rápidamente puse rumbo hacia Quaker City. Cuando esa misma tarde llegué a Filadelfia, pregunté a un hombre de color cómo podía subir hasta Nueva York. Me mandó a la estación de la calle William, hacia donde me dirigí para coger el tren esa misma noche. Llegué a Nueva York el martes por la mañana, tras haber completado mi viaje en menos de veinticuatro horas.

Mi vida como hombre libre empezó el tres de septiembre de 1838. La

mañana del cuatro de ese mismo mes, después de un viaje extremadamente arriesgado y angustioso, pero culminado con éxito, me encontraba por fin en la gran ciudad de Nueva York como HOMBRE LIBRE, uno más que añadir a la multitud humana que, como las agitadas olas de un mar turbulento, iba y venía entre los altos muros de Broadway. Aunque deslumbrado por las maravillas que encontraba a cada paso, no podía dejar de pensar en lo extraño de mi situación. Por el momento, mis sueños de juventud y mis esperanzas como adulto se habían visto realizados. Los lazos que me habían tenido sujeto al «viejo amo» se habían roto. Ahora, ningún hombre tenía derecho a llamarme su esclavo ni a reclamar ningún dominio sobre mí. Me hallaba en el desorden del mundo exterior, listo para probar suerte junto al resto de sus ajetreados habitantes. Me han preguntado muchas veces qué sentí cuando pisé por primera vez tierra libre. Pues bien, hay pocas cosas en mi vida de las que pueda hablar más satisfactoriamente. Un nuevo mundo se había abierto ante mí. Si la vida es algo más que respirar y sentir circular la sangre, yo viví en un sólo día más de lo que viví en todo un año como esclavo. Fueron unos momentos de tanta alegría y excitación que apenas pueden describirse con palabras. En una carta escrita a un amigo poco después de llegar a Nueva York, le decía: «Sentí lo que debe de sentir alguien que escapa de una cueva llena de leones hambrientos». Se pueden describir la angustia y el dolor, al igual que la oscuridad y la lluvia; pero la alegría y la dicha, como el arco iris, son todo un reto para quien quiera describirlos con la pluma. Durante diez o quince años, yo había arrastrado una pesada cadena que no había conseguido romper; no sólo era un esclavo, sino que estaba condenado a serlo de por vida. Aunque me convertí en marido, en padre y en anciano, a lo largo de todo ese tiempo, desde el nacimiento a la muerte, de la cuna a la sepultura, me había sentido desgraciado. Todos los esfuerzos que había hecho anteriormente para lograr la libertad no sólo habían fracasado, sino que parecían haber apretado aún más mis cadenas, dificultándome la huida. Desorientado, confuso y desanimado, a menudo me había preguntado si, después de todo, mi situación no sería obra de Dios y obedecería a un objetivo mayor; si así fuera, ¿acaso no era mi deber aceptarla? De hecho, durante mucho tiempo se había ido librando en mi

interior un combate entre la conciencia clara de lo que es justo y las intrincadas argumentaciones de la teología y la superstición. Mientras aquella me aconsejaba luchar con todas mis fuerzas por la libertad, estas me compelían a seguir siendo un mísero esclavo-prisionero de por vida, condenado por algún delito en el que no había tenido arte ni parte. Pues bien, ese combate había terminado; me había librado de mis cadenas, y ese triunfo me trajo una dicha indescriptible.

Pero no duró mucho mi alegría, puesto que aún no estaba a salvo de las garras de los cazadores de esclavos. Pronto comprendí que Nueva York no era un refugio tan libre y seguro como me había imaginado, y de nuevo me sentí invadido por una terrible sensación de soledad e incertidumbre. Pocas horas después de mi llegada, me arriesgué a citarme en la calle con un fugitivo al que había tratado bastante en mis tiempos de esclavo. La información que me proporcionó me alarmó. El fugitivo en cuestión era conocido en Baltimore como «Jake, el de Allender», pero en Nueva York llevaba un nombre más respetable, «William Dixon». Legalmente, Jake era propiedad del doctor Allender y, en una ocasión, Tolly Allender, el hijo del doctor, había intentado capturar al señor Dixon, pero había fracasado por falta de pruebas que sustentaran su reclamación. Jake me contó los pormenores de su aventura y por cuán poco escapó de tener que volver a sufrir la esclavitud y la tortura. Me contó que Nueva York estaba por aquel entonces lleno de gentes del Sur que volvían de los balnearios del Norte; que la gente de color de Nueva York no era de fiar; que se contrataba a individuos de nuestro mismo color para delatarnos por un puñado de dólares; que siempre había hombres a quienes se pagaba por encontrar fugitivos; que no debía contarle a nadie mi secreto; que no debía pensar en ir a los muelles o a cualquier pensión para hombres de color, porque esos lugares estaban estrechamente vigilados; que él mismo no podía ayudarme; y, de hecho, mientras hablaba conmigo parecía temer que yo pudiera ser un informante o un chivato. Supongo que esa era la razón por la que parecía querer despedirse de mí y, con su brocha de pintor en la mano, no tardó en desaparecer para ir a buscar trabajo.

El panorama descrito por el pobre «Jake» fue para mí un jarro de agua fría. El

poco dinero que tenía se agotaría pronto y, al ser peligroso ir a buscar trabajo a los muelles y no tener contactos en ningún otro lugar, las perspectivas no eran precisamente muy halagüeñas. Comprendí que era conveniente mantenerme alejado de los astilleros, porque, en caso de que me persiguieran (como estaba seguro de que sucedería), sería allí donde primero me buscaría el señor Auld, mi «amo», al ser mi oficio el de calafateador. Me parecía que se me cerraban todas las puertas. Me encontraba en medio de un océano de personas como yo, y aún así me sentía un perfecto extraño para todos ellos. No tenía hogar, amigos, dinero, crédito, trabajo, ni ninguna idea clara de qué dirección tomar o dónde buscar ayuda. En momentos tan difíciles como esos, un hombre tiene que pensar en algo más que en su recién estrenada libertad. Mientras deambulaba por las calles de Nueva York y dormía más de una noche entre los barriles de alguno de sus muelles, yo era en realidad libre —de la esclavitud—, pero no tenía comida ni techo. Guardé mi secreto tanto como pude, pero finalmente me vi obligado a buscar a alguien que me ayudara sin aprovecharse de mi miseria para delatarme. Así encontré a un marinero llamado Stuart, un hombre bueno y generoso que, desde su humilde casa en la calle Centre, me vio parado en la acera de enfrente, cerca de la prisión de Tombs. Cuando se acercó a mí, me aventuré a decirle algo que inmediatamente hizo que se interesara por mí. Me permitió dormir en su casa y a la mañana siguiente me acompañó a ver al señor David Ruggles, secretario del Comité de Vigilancia de Nueva York, que trabajaba junto a Isaac T. Hooper, Lewis y Arthur Tappan, Theodore S. Wright, Samuel Cornish, Thomas Downing, Philip A. Bell, y otros grandes hombres de aquel tiempo. Ninguno de ellos (excepto el señor Bell, que aún vive y es redactor y director de un periódico llamado *El Ascensor*, en San Francisco), están ya con nosotros. Una vez me puse en manos de estos hombres valientes y buenos, me sentí mucho más seguro. Estuve escondido varios días en casa del señor Ruggles, durante los cuales la que más tarde sería mi mujer acudió a mi llamada desde Baltimore para compartir conmigo las pesadas cargas de la vida. Ella era una mujer libre, y vino tan pronto como recibió la buena noticia de que yo me encontraba sano y

salvo. Nos casó el reverendo J.W. Pennington, por aquel entonces un conocido y respetado sacerdote presbiteriano. Yo no tenía dinero para pagar la boda, pero a él le bastó nuestro agradecimiento.

El señor Ruggles fue el primer agente del Ferrocarril Subterráneo[155] que conocí después de llegar al Norte y, de hecho, fue el único con el que tuve algo de relación hasta que yo mismo me convertí también en miembro de esa organización. Cuando se enteró de que mi oficio era el de calafateador, rápidamente decidió que el mejor lugar para mí era New Bedford, en Massachusetts. Me dijo que allí se hacía la puesta a punto de muchos barcos balleneros, lo que me permitiría ejercer mi oficio y salir adelante. Así que, en el día de mi boda, cogimos nuestro pequeño equipaje y subimos al barco de vapor *John W. Richmond* que en aquel tiempo era uno de los que iban de Nueva York a Newport, Rhode Island. Hace cuarenta y tres años, a los pasajeros de color no se les permitía viajar en camarote, ir a popa ni aproximarse a las palas de un barco a vapor. Sólo les estaba permitido, hiciera el tiempo que hiciera —frío o calor, lluvia o sol—, pasar la noche en cubierta. Por injusto que fuera ese reglamento, en aquel momento no nos importó; habíamos tenido que viajar en condiciones mucho peores en otras ocasiones. Llegamos a Newport a la mañana siguiente y, poco después, una vieja diligencia, en cuyos costados se podía leer «New Bedford» pintado en grandes letras amarillas, bajó hasta el muelle. Yo no tenía dinero suficiente para pagar el billete y me quedé sin saber muy bien qué hacer. Afortunadamente para nosotros, había dos cuáqueros a punto de subir a la diligencia —mis amigos William C. Taber y Joseph Ricketson— que rápidamente se dieron cuenta de nuestra situación. El señor Taber se dirigió a mí y, con gran serenidad, me dijo:

—Suban.

Nunca me he alegrado tanto de obedecer una orden. Poco después estábamos de camino a nuestro nuevo hogar. Cuando llegamos a *Stone Bridge*, los pasajeros se apearon para desayunar y pagar sus billetes al conductor. Nosotros no desayunamos y, cuando el conductor nos pidió los billetes, le dije que se los pagaría cuando llegáramos a New Bedford. Esperaba alguna objeción por su

parte, pero no dijo nada. No obstante, cuando llegamos a New Bedford, cogió nuestro equipaje, incluyendo tres libros de música —dos de ellos colecciones de Dyer y uno de Shaw—, y los sostuvo en la mano hasta que pude recuperarlos pagándole lo que le debía por el viaje. Lo cual no tardó en producirse, ya que el señor Nathan Johnson no sólo me recibió con gran afecto y hospitalidad, sino que, cuando se enteró de lo sucedido con nuestro equipaje, inmediatamente me prestó dos dólares con los que pude saldar mi deuda con el cochero. El señor y la señora Johnson vivieron hasta una edad avanzada, y ahora descansan en paz. Siempre les agradeceré todo lo que hicieron por mí. No sólo «me acogieron sin saber nada de mí» y «me alimentaron cuando estaba hambriento», sino que me enseñaron cómo ganarme la vida honradamente. Así, quince días después de mi viaje desde Maryland, me encontraba sano y salvo en New Bedford como un ciudadano más de la gran comunidad de Massachusetts.

Ya en mi nueva vida como hombre libre, y una vez que el señor Johnson me aseguró que no debía tener miedo de que me capturaran en esa ciudad, tuve que plantearme una cuestión menos importante: la de qué nombre adoptaría a partir de entonces en mi nueva identidad de hombre libre. Mi adorada madre me había puesto el largo y pretencioso nombre de Frederick Augustus Washington Bailey. No obstante, cuando vivía en Maryland, yo había prescindido del «Augustus Washington» y lo había dejado en «Frederick Bailey». En mi viaje de Baltimore a New Bedford, había salido con el nombre de Bailey y había adoptado después el de Johnson, para poder ocultarme mejor de los cazadores de esclavos; pero en New Bedford me di cuenta de que la familia Johnson ya era lo suficientemente numerosa como para causarles más confusión a la hora de identificarse, por lo que cambiar de nombre parecía lo más conveniente. Nathan Johnson, mi anfitrión, insistió mucho en que era necesario, y me pidió ser él quien eligiera un nuevo nombre para mí, a lo cual accedí; el me puso mi nombre actual —por el que se me ha conocido en los últimos treinta o cuarenta años— Frederick Douglass. El señor Johnson había estado leyendo *La dama del lago*,[156] y le gustaba tanto su protagonista que

quiso que yo llevara su nombre. Al leer ese maravilloso poema, yo mismo he pensado a menudo que, considerando la extraordinaria hospitalidad y el carácter valeroso de Nathan Johnson —y a pesar de ser negro— él encarnaba mucho mejor que yo las virtudes del Douglas de Escocia. Estoy seguro de que si algún cazador de esclavos hubiera irrumpido en su domicilio con el fin de capturarme, Johnson hubiera actuado como el héroe «de fuerte brazo».

Puede que al lector le haya sorprendido la imagen que de algún modo me había forjado de la situación social y económica de la gente del Norte. No tenía realmente idea de la prosperidad, refinamiento, iniciativa y alto grado de civilización de esta parte del país. Mi manual escolar,[157] prácticamente el único libro que tenía, no me había iluminado gran cosa respecto a la sociedad norteña. Me habían enseñado que la esclavitud era el fundamento de toda riqueza y, con esta idea básica, llegué a la lógica conclusión de que la pobreza debía ser la condición general de las gentes de los Estados Libres. En la región de la que yo venía, los blancos que no tenían esclavos solían ser personas pobres e ignorantes, y se les llamaba despectivamente «basura blanca». Yo creía, en consecuencia, que en el Norte me encontraría con una situación análoga, pero la realidad es que no podía haber desembarcado en un lugar de los Estados Unidos donde hubiera encontrado tantas diferencias, no ya con la forma de vida del Sur, sino con la situación de la gente de color, como las que encontré en New Bedford. Me quedé atónito cuando el señor Johnson me dijo que no había nada en las leyes o en la Constitución de Massachusetts que impidiera a un hombre de color ser gobernador del Estado, si el pueblo así lo quería. En New Bedford, los hijos de los negros iban a las escuelas públicas con los hijos de los blancos, aparentemente sin ninguna objeción por parte de nadie. Para disipar el miedo que tenía a ser de nuevo capturado y convertido en esclavo, el señor Johnson me aseguró que ningún cazador de esclavos podría actuar en New Bedford; puesto que en esa ciudad había hombres que arriesgarían la vida para librarme de un destino así.

Cinco días después de mi llegada, me puse ropa de trabajo y fui a los muelles a buscar empleo. Cuando bajaba por la calle Union vi una gran pila de carbón delante de la casa del reverendo Eprahim Peabody, el sacerdote unitario. Fui a

la puerta de la cocina y me ofrecí para meter y almacenar ese carbón en su casa.

—¿Cuánto me cobrará? —preguntó su esposa.

—Lo que usted quiera pagarme, señora.

—Está bien, puede recogerlo —dijo.

No llevaba mucho realizando esa tarea cuando esa encantadora mujer puso en mi mano dos monedas de medio dólar. Para poder comprender la emoción que me embargó cuando toqué el dinero, y al comprender que ningún amo me lo quitaría —que era mío, que mis manos me pertenecían y podían hacerme ganar más monedas como esas—, es necesario haber sido en cierto modo también esclavo. Mi siguiente trabajo fue vigilar un balandro en el embarcadero de *Uncle Gid. Howland*, con un cargamento de combustible para Nueva York. No sólo era un hombre libre, sino un trabajador libre, y ningún «amo» me esperaba al final de la semana para arrebatarme lo que tanto me había costado ganar.

La temporada de pesca había empezado tarde y había mucho trabajo. Había que poner a punto los barcos balleneros, y se necesitaba mucha madera para almacenarlos. Serrar esa madera se consideraba un buen trabajo. Con la ayuda de mi viejo amigo Johnson (que Dios bendiga su memoria) me hice con una sierra y un dólar y decidí probar suerte serrando madera. Cuando entré en una tienda para comprar una cuerda con la que atar la sierra al marco, pedí cuerda por valor de un *fip*. El hombre que estaba tras el mostrador me miró fijamente y dijo:

—Usted no es de aquí—. Yo me asusté y pensé que me habían descubierto. Un *fip* en Maryland equivalía a seis con veinticinco céntimos, lo que en Massachusetts se denominaba *fourpence*. Pero mi equivocación con los nombres de las monedas no tuvo mayores consecuencias, y me fui a trabajar tranquilo y animado, con mi sierra y mi dólar. Era un oficio nuevo para mí, pero nunca trabajé tanto ni tan bien en la plantación de Covey, el negrero, como lo hice por mi cuenta en mis primeros años como hombre libre.

A pesar del sentimiento de humanitarismo y justicia que predominaba en New Bedford hace treinta o cuarenta años, aquel lugar no estaba

completamente exento de prejuicios raciales o relacionados con el color de la piel. La influencia beneficiosa que ejercieron los Roach, Rodman, Arnold, Grinnell y Robeson no caló en todas sus gentes. Pude comprobar el grado de tolerancia de aquella sociedad cuando pedí trabajo en el sindicato de mi oficio, donde se me rechazó sin contemplaciones. Ocurrió que el señor Rodney French, un empresario adinerado, conocido por su antiesclavismo, estaba preparando un barco ballenero que precisaba mucho trabajo de calafateo y revestimiento. Yo tenía cierta experiencia en ambos oficios y le pedí trabajo al señor French. Él, que era un hombre generoso, me contrató, así que me dirigí al barco inmediatamente. Seguía órdenes suyas, pero cuando llegué a cubierta, donde había otros calafateadores trabajando, se me dijo que todos los blancos dejarían el barco tal como estaba si yo hacía el más mínimo intento por desempeñar mi trabajo. Ese trato cruel, egoísta e inhumano no me pareció entonces tan brutal y escandaloso como me lo parece hoy. La esclavitud me había hecho acostumbrarme a tantas penalidades que los problemas cotidianos me parecían nimiedades. Si hubiera podido ejercer mi oficio, podría haber ganado dos dólares al día, pero como trabajador no-cualificado sólo cobraba uno. No obstante, la conciencia de ser un hombre libre, y no un esclavo, me hizo sobrellevar con buen ánimo esta y otras restricciones que tuve que sufrir en New Bedford y otros lugares del territorio libre de Massachusetts. Por ejemplo, aunque los niños de color iban a la escuela y recibían un buen trato por parte de los profesores, el Liceo de New Bedford, hasta varios después de mi llegada a esa ciudad, no permitía que ninguna persona de color asistiera a las conferencias que se daban en su sala. Y esta prohibición se mantuvo hasta que hombres como Charles Sumner, Theodore Parker, Ralph Waldo Emerson y Horace Mann[158] se negaron a dar ninguna conferencia allí mientras esa norma siguiera vigente.

Cuando comprendí que no podría ganarme la vida con mi oficio en New Bedford, me dispuse para trabajar en cualquier cosa que surgiera. Serré madera, trabajé en la mina, recogí la basura de los patios traseros de las casas, trabajé en los muelles cargando y descargando barcos y limpiando los camarotes.

Más tarde, conseguí un empleo estable en una fundición que era propiedad

del señor Richmond. Mi trabajo allí consistía en soplar los fuelles, manejar la grúa y vaciar los tanques en los que se hacían los moldes; en ocasiones era un trabajo duro y sacrificado. La mayor parte de lo que se producía tenía con ver con la construcción y reparación de barcos, y en las épocas de más trabajo la fundición funcionaba de día y de noche. A menudo trabajaba todos los días laborables de la semana, incluyendo dos noches. Mi capataz, el señor Cobb, era un buen hombre, y más de una vez me protegió de los abusos a los que me quiso someter algún compañero. Durante toda esa época dispuse de muy tiempo para desarrollarme intelectualmente. Trabajar duro, noche y día, encima de una caldera lo bastante caliente como para hacer que el metal fluyera como el agua, favorece más a la acción que al pensamiento; pero a veces me llevaba un periódico al puesto que estaba cerca de los fuelles y leía mientras realizaba la acción de bajar y subir la pesada barra que servía para inflar y desinflar el fuelle. Era un intento por alcanzar el conocimiento en condiciones difíciles, y ahora, después de tantos años, lo recuerdo con cierta complacencia y me asombra haber sido tan tenaz y perseverante en algo que no fuera el sustento diario. Ciertamente, no vi en la conducta de quienes me rodeaban nada que me inspirara ese interés por aprender: se dedicaban únicamente al trabajo manual. Me enorgullece poder decir que, mientras trabajé en la fundición, no hubo queja ninguna contra mí por no hacer bien mi trabajo. Poco después de irme yo, el fuelle que manejaba con la sola fuerza de mis brazos empezó a funcionar con un motor a vapor.

---

[154] Quiero agradecer a Elena Eguía sus útiles aclaraciones sobre términos y conceptos de los escritos de Douglass y sobre el propio fenómeno esclavista estadounidense. (*N. del T.*)

[155] El Ferrocarril Subterráneo (*Underground Railroad*) era una organización clandestina formada tanto por antiguos esclavos como por activistas blancos con el objetivo de ayudar a los esclavos afroamericanos a escapar de las plantaciones. Esta organización se llama así porque sus miembros empleaban términos ferroviarios para referirse a sus actividades. El Ferrocarril Subterráneo logró liberar a miles de esclavos y se convirtió en un emblema del movimiento abolicionista. (*N. del T.*)

[156] Ver capítulo xi p. 165. (*N. del E.*)

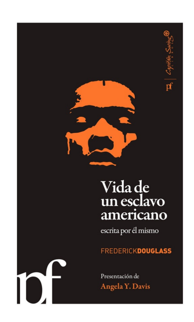
[157] Ver capítulo vii., p. 88. (*N. del E.*)

[158] Charles Sumner (1811-1874) y Horace Mann (1476-1859). Fueron ambos hombres de Estado y defensores del abolicionismo. Desarrollaron su carreta política, principalmente, en el estado de

Massachussets. Theodore Parker(1810-1860) y Ralph Waldo Emerson (1803-1882), también defensores del abolicionismo, fueron dos notables ensayistas de la época, así como miembros del movimiento que se ha dado en llamar «los transcendentalistas» y de la *Unitarian Church*. (*N. del T.*)

Índice

Vida de un esclavo americano



La narración de la Vida de Frederick Douglass fue un best-seller desde su publicación en 1845. El autor describe su recorrido vital como esclavo desde una plantación de Maryland hasta su aclamada fuga a Massachussets en 1838, donde se convirtió en un ardiente abolicionista y un valiente defensor de los derechos de la mujer. Apasionadamente escrito, a menudo usando el golpe de imágenes bíblicas, nos encontramos ante uno de los máximos exponentes de las denominadas «narraciones de esclavos»; un texto impresionante no sólo por su valor histórico y testimonial, sino por su acertado análisis de las relaciones entre amos y esclavos y por su indiscutible consistencia literaria.

Frederick Douglass Maryland (EEUU), 1818 - 1895.
Uno de los autores afroamericanos más importantes de su época y de toda la historia de los EE.UU.
Este escritor, editor y militante abolicionista estadounidense, conocido como El Sabio de Anacostia o El León de Anacostia, nació hacia el año 1818 en una plantación de Maryland, hijo de una esclava y, presumiblemente, de un hombre blanco, que tal vez sería su amo. Entre la ciudad y el campo, a veces cedido en arrendamiento como peón, su vida transcurrió de amo en amo hasta que en 1838 disfrazado de marinero, logró huir a Nueva York. Instalado en Massachussets, se unió a la causa abolicionista y dio conferencias testimoniales por todos los estados del Norte.
Durante la Guerra de Secesión participó en el reclutamiento de soldados negros para el ejército del Norte. Posteriormente desempeñó diversos cargos administrativos y fue cónsul de E.U.A. en Haití.
La narración de la Vida de un esclavo de Frederick Douglass fue un best-seller desde su publicación en 1845.

Título original: *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an american slave (1845)*

© De la traducción: City Lights Books
© Traducción del libro: Carlos García Simón, Íñigo Jáuregui Eguía
Edición en ebook: junio de 2019

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-120426-5-8

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.